
LA ESCANDALOSA
PROPUESTA
para el DUQUE
CRESSIDA BLYTHEWOOD

Cressida Blythewood

La Escandalosa Propuesta para el Duque

Copyright © 2024 by Cressida Blythewood

All rights reserved. No part of this publication may be reproduced, stored or transmitted in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, scanning, or otherwise without written permission from the publisher. It is illegal to copy this book, post it to a website, or distribute it by any other means without permission.

This novel is entirely a work of fiction. The names, characters and incidents portrayed in it are the work of the author's imagination. Any resemblance to actual persons, living or dead, events or localities is entirely coincidental.

First edition

This book was professionally typeset on Reedsy
Find out more at reedsy.com

Contents

1. Prólogo

2. Un Juego No Tan Inocente

3. Atrapada en la Mira de Cupido

4. El Pretendiente Inesperado

5. Reflexiones de Medianoche

6. El Regalo del Escándalo

7. Susurros en el Jardín

8. Las Especulaciones de las Hermanas

9. El Peso de lo No Dicho

10. Una Cita para Recordar (y Posiblemente Desmayarse)

11. Sueños del Mañana

12. Las Ondas del Romance

13. Una Verdad a Medias

14. Una Propuesta con Otro Nombre

15. Promesas Más Allá de la Practicidad

16. La Expectativa

17. Los Votos en Silencio

18. Las Promesas en La Oscuridad

19. Tés, Tacto y Bombas de Relojería

20. La Tensión no Dicha

21. La Fábrica de Chismes

22. Bajo la Superficie

23. Una Noche de Consecuencias Imprevistas

24. Un Descubrimiento Impactante

25. El Creciente Secreto

26. Déjà Vu

27. Huyendo de la Verdad

28. La Casa Vacía

29. La Verdad Revelada

30. El Punto de Quiebre

31. El Peso del Silencio

32. La Larga Lucha

33. Una Red de un Secreto

34. El Peso del Arrepentimiento

35. La Sabiduría de una Hermana

36. Un Momento Demasiado Tarde

37. El Nacimiento de una Hija

38. Una Decisión Familiar

39. La Reflexión Final

About the Author

1

Prólogo

Mi madre siempre decía que el salón de la duquesa Abernathy era un lugar donde las reputaciones iban a morir. O, si tenías suerte, a resucitarse como el Tato, solo que con más chismes y menos plumas. Mientras me sentaba en el gran salón, rodeada de cortinas de terciopelo y paredes forradas de retratos ancestrales, no podía evitar sentir que me estaban llevando a hacerme el harakiri.

El juego de la noche era “El susurro de Cupido”, un nombre que sonaba engañosamente dulce, como un bombón envenenado. En realidad, estaba diseñado para dejarnos en pelotas—metafóricamente hablando, claro. El objetivo era sacar papeletas con tareas secretas, cada una más humillante que la anterior. La diversión de la duquesa, al parecer, consistía en ver a las jóvenes retorcerse bajo el peso de las expectativas sociales.

Podía sentir su mirada sobre mí cuando metí la mano en el cuenco de plata ornamentado y saqué mi papeleta. Mi corazón latía con fuerza contra mis costillas, no por la emoción, sino por ese miedo familiar que se me había instalado en el cuerpo desde que la fortuna de mi familia se había reducido a nada más que un título de marqués y una finca en ruinas.

El apellido Whitford llevaba consigo una historia larga, ilustre y, lamentablemente, costosa. Mi padre, el marqués de Danbridge, había heredado más deudas que sentido común, y mi madre, aunque poseía toda la gracia y dignidad de su posición, tenía poco que ofrecer en términos de conocimientos financieros. Eso me dejaba a mí, Beatrice Whitford, y a mis tres hermanas menores—Amelia, Charlotte y Lydia—haciendo malabares por las traicioneras aguas del ton con nada más que nuestro encanto desvanecido y vestidos que parecían sacados de un mercadillo.

Amelia, la mayor después de mí, era una belleza con cabello como oro hilado y un temperamento a juego: brillante, alegre y completamente ajena a las frías realidades de nuestra situación. Charlotte era la callada, siempre con la nariz metida en un libro, con pensamientos que

estaban en la luna de Valencia lejos de los salones de baile y los salones de té que frecuentábamos. Lydia, la más joven, era la chispa, con ingenio agudo y una lengua aún más afilada, sin paciencia para las pretensiones de la sociedad.

Era mi tarea asegurar un futuro para todas ellas, una carga que pesaba más que una vaca en brazos. Cada invitación, cada compromiso social, era otra oportunidad—o eso me recordaba mi madre a diario. Y así, aquí estaba, participando en un juego que no prometía más que hacerme pasar un mal rato.

Desdoblé el pequeño papel, conteniendo el aliento mientras leía las palabras: *Confiesa tu amor a alguien que creas que te rechazará.*

Me quedé mirando el papel, esperando haberlo leído mal. Seguramente, esto era una broma. Pero no, las palabras permanecieron tercamente iguales, riendo en mi cara. ¿Confesar amor? ¿A alguien que me rechazaría?

2

Un Juego No Tan Inocente

En el momento en que desdoblé ese maldito papelito, supe que mi noche iba a irse al garete. "*Confiesa tu amor a alguien que creas que te rechazará*." Las palabras me devolvieron la mirada, burlándose de mí con su imposible exigencia. ¿Pero esto qué es, una broma? ¿Quién inventaba semejantes cosas? ¿Y cómo es que me tocó a mí, siendo la más gafe del lugar?

Prácticamente podía escuchar la satisfacción altanera de la duquesa Abernathy mientras nos observaba sacar nuestro destino de ese cuenco de plata que parecía tan inocente. Seguro que se estaba partiendo de risa por dentro. Era parte de su gran plan, por supuesto. Nada le agradaba más que vernos a las jóvenes sudar la gota gorda bajo el peso de nuestras propias expectativas sociales.

La sala era una grandiosa obra, un vestigio de otra época, cuando el nombre de la familia Whitford aún inspiraba respeto y no lástima. Las paredes estaban cubiertas con pesadas cortinas de terciopelo, del tipo que puede ahogar cualquier sonido—útil para conversaciones discretas o, en mi caso, para tragarse los gritos de angustia que amenazaban con salir de mi garganta. Los retratos ancestrales que adornaban las paredes parecían mirarme con desaprobación, como si también supieran en qué aprieto me encontraba.

El juego de la noche, "El susurro de Cupido," era una trampa mortal disfrazada de entretenimiento inocente. Cada una de nosotras debía sacar una papeleta, y cada papeleta contenía una tarea que, aunque aparentemente inocente, estaba diseñada para despojarnos de nuestra dignidad de una u otra forma. La idea, por supuesto, era ver quién podía aguantar el tipo bajo el escrutinio del ton—quién podía desempeñar su papel con mayor gracia mientras el suelo temblaba bajo sus pies.

Al recorrer la sala con la mirada, mis ojos se posaron en la propia duquesa, sentada en una gran silla cerca de la chimenea, sus ojos afilados brillando con diversión apenas contenida. Vivía

para momentos como este, donde podía montar el escenario y ver cómo los actores tropezaban con sus papeles. Y esta noche, la función era para mí, la actriz estrella.

Tenía que elegir a alguien a quien confesarle mi amor. Pero no a cualquier persona—tenía que ser alguien que me rechazara. Alguien que no se tomara en serio mi declaración, que la desestimara con una risa y un gesto de la mano, dejándome con mi dignidad intacta y el juego concluido.

Prácticamente podía oír la risa de la duquesa retumbando en mi cabeza.

Mis ojos escudriñaron la sala, buscando un candidato adecuado. No serviría cualquier hombre—esto requería mano izquierda. Tenía que ser alguien que no me tomara en serio, alguien que desestimara mi declaración como la broma inocente que pretendía ser.

Como si fuera por señal, la puerta del salón se abrió, y Edmund Fairchild entró. El momento era casi demasiado perfecto, como si una mano invisible lo hubiera guiado allí solo para fastidiarme aún más.

Alto, de cabello oscuro y exudando una confianza natural, Edmund era el perfecto retrato de un caballero serio. También era el hermano mayor de mi mejor amiga, Isabella, y por lo tanto, me conocía demasiado bien. Pero esa familiaridad era precisamente lo que lo convertía en la elección ideal. Nos conocíamos desde hacía años—el tiempo suficiente para que me viera como nada más que “Beatrice, la amiga callada y práctica de Isabella”.

Ya podía imaginar cómo iría: haría mi confesión, y él levantaría una ceja, tal vez soltaría una risita ante lo absurdo de todo. Luego diría algo cortés pero despectivo, y ambos seguiríamos adelante, sin mayores complicaciones.

Sí, Edmund Fairchild era exactamente lo que necesitaba.

El peso de las expectativas de mi familia me pesaba como un saco de piedras mientras enderezaba los hombros y me dirigía al otro lado de la sala. Mi madre me mataría si se enterara de esto, pero me recordé a mí misma que todo esto era parte del juego. Nada más.

Y venga, Beatrice, ¿qué podría salir mal?

Decisión tomada, me cuadré y comencé a cruzar la sala. Mi corazón latía con fuerza en mi pecho, como un martillo neumático, pero me obligué a concentrarme en la tarea. Cuanto antes terminara con esto, antes podría retirarme al relativo refugio de un rincón tranquilo y esperar a que la noche terminara.

Cuando me acerqué a Edmund, él me vio y me saludó con una cortés inclinación de cabeza, su expresión indescifrable. Por un breve momento, dudé, preguntándome si realmente estaba

tomando la decisión correcta. Pero entonces recordé la mirada en los ojos de la duquesa cuando saqué mi papeleta—el brillo de anticipación que sugería que le encantaría verme fracasar.

Nada de rajarse ahora. Hoy no, duquesa. Hoy no.

—Señor Fairchild —comencé, con una voz más firme de lo que me sentía por dentro—. Me pregunto si podría tener una palabra con usted.

Él me miró con una curiosidad que casi daba risa, como si no pudiera imaginar qué podría querer de él.

—Por supuesto, señora Beatrice. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Bueno, verá, hay algo que he estado queriendo decirle —hice una pausa, reuniendo el poco valor que me quedaba—. Me he dado cuenta de que… he desarrollado ciertos sentimientos hacia usted.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire entre nosotros, y por un momento pensé que había calculado mal. Edmund no sonrió, no se rió, ni siquiera parpadeó. Simplemente me miró, entrecerrando los ojos ligeramente, como si tratara de discernir si estaba hablando en serio.

—Ya veo —dijo lentamente, sin mover ni un músculo.

El pánico me subió desde los pies hasta la cabeza. ¿Por qué no decía nada? ¿Dónde estaba el rechazo educado, la negativa amable en la que había contado?

—¿Usted… ve? —repetí, con mi confianza haciéndose añicos.

—Sí —respondió, y luego, para mi absoluto horror, continuó—. De hecho, señora Beatrice, creo que yo podría sentir lo mismo.

Me costó todo el autocontrol que tenía no quedarme seca ahí mismo.

¿Qué acababa de hacer?

Podía sentir los ojos de todos en la sala clavándose en mi espalda como cuchillos, quemando mi piel. No me atreví a mirar a mi alrededor, pero podía percibir la respiración contenida, el creciente murmullo de susurros que estaba a punto de estallar en pleno cotilleo.

Mientras miraba a Edmund en un silencio atónito, su expresión seguía siendo exasperantemente calmada, como si toda esta situación fuera pan de cada día. Pero no lo era. Era un desastre.

¿Y lo peor? No estaba completamente segura de que estuviera bromeando.

—Bueno —dije débilmente, tratando de reunir lo poco de dignidad que me quedaba—, supongo que eso es… inesperado.

—En efecto —convino él, y ahí estaba: una sonrisa enigmática asomando en la comisura de su boca, del tipo que te hace preguntarte si te está tomando el pelo o no—. ¿Lo discutimos más a

fondo?

Mi mente daba más vueltas que un carrusel, y el suelo bajo mis pies se tambaleaba como si estuviera en un barco en plena tormenta. Esperaba un juego, algo ligero e intrascendente. Pero ahora, empezaba a darme cuenta de que el juego había cambiado, y ya no estaba segura de las reglas.

Esto era malo. Muy, muy malo.

Pero ya no había vuelta atrás. No con toda la sala observándonos, esperando el siguiente movimiento en este inesperado drama. Y cuando Edmund me condujo fuera del salón, su mano cálida y firme contra mi espalda, no podía quitarme de encima la sensación de que acababa de entrar en algo mucho más peligroso que un simple juego de salón.

La noche apenas comenzaba, y me temía que lo peor estaba por llegar.

3

Atrapada en la Mira de Cupido

La habitación se encogió. Quiero decir, sentía como si las paredes se me echaran encima, exprimiendo hasta la última bocanada de aire. Me costaba respirar, me costaba pensar, mientras las palabras de Edmund se repetían en mi cabeza. Había aceptado mi ridícula, improvisada declaración de amor, y lo había hecho con la clase de calma que me hacía preguntarme si estaba soñando. O flipando en colores. O ambas cosas.

Su voz era suave—exasperantemente suave—cuando dijo: —¿Lo hablamos con más calma?

Como si estuviéramos planeando una fiesta en el jardín. Como si toda esta farsa no pudiera potencialmente convertir mi vida entera en el tipo de escándalo que te deja en boca de todo el mundo. Lo hizo sonar tan natural como escoger flores para un centro de mesa, y la facilidad con la que lo hizo solo aumentaba el caos que se gestaba dentro de mí.

¿Iba en serio o era una vacilada? Si lo era, había que reconocerlo, estaba haciendo un excelente trabajo manteniendo una cara seria.

Me quedé allí, clavada en el lugar como una tonta, mientras mi mente daba más vueltas que un carrusel, buscando mil posibles explicaciones, ninguna de las cuales tenía sentido. A mi alrededor, los otros ocupantes de la sala se desdibujaban en una masa borrosa e indistinta de ojos curiosos y conversaciones susurradas. Podía sentir su atención como agujas punzantes contra mi piel, afiladas e invasivas. Estaban acechando, buitres ansiosos por el momento en que tropezara, cayera y fuera despedazada por los cuchillos del cotilleo.

¡Madre mía, la que me espera! Mi madre iba a matarme.

Los rumores se propagarían más rápido que la pólvora, y ya podía ver los titulares en los periódicos de chismes: *Señora Beatrice Whitford, la hija desesperada de un marqués en declive, se arrastra ante un soltero elegible*. O peor aún, *Pobre y desesperada Beatrice Whitford, mendigando por un poco de afecto*.

El estómago se me retorció. No había manera de que esto terminara bien. Tenía que agarrar las riendas de la situación antes de que se saliera completamente de control.

Me giré hacia Edmund, luchando por mantener mi expresión neutral y fracasando estrepitosamente. Mi intento de sonrisa fue más bien una mueca, pero forzadamente dejé salir las palabras de todos modos.

—Gracias, señor Fairchild —dije, mi voz apenas un susurro. Tenía que salir de esto sin heridas, de alguna manera—. Por no humillarme.

Las cejas de Edmund se fruncieron, su expresión era de genuina confusión, como si le hubiera dicho que los cerdos vuelan.

—¿Humillarte? Me temo que no entiendo, señora Beatrice.

Mi ya tambaleante sonrisa se desinfló. ¿A qué jugaba? Seguramente sabía que todo esto era parte del juego, ¿no? Seguramente solo me estaba complaciendo, como se complace a un niño que finge ser un príncipe.

—Quiero decir —continué, tragando contra la sequedad de mi garganta—, gracias por seguir el juego. Me ha evitado una gran vergüenza.

Pero en lugar de la comprensión o incluso una risa ligera que esperaba, la expresión de Edmund permaneció seria, su mirada fija en la mía con una intensidad que hizo que mi corazón diera un vuelco en el pecho.

—Me temo que lo has entendido mal, señora Beatrice. No he seguido ningún juego. Quise decir lo que dije.

La habitación dio un giro. O tal vez fue solo mi mundo. De cualquier manera, de repente me sentí mareada, como si hubiera dado un paso al borde de un precipicio sin darme cuenta. Las palabras no se asentaban—no podían asentarse—porque no tenían sentido. Se suponía que esto era un juego, solo un juego tonto e intrascendente para divertir a la duquesa y a su círculo de aristócratas aburridos. Edmund no se suponía que me tomara en serio. No se suponía que lo dijera en serio.

—¿Lo… lo dijiste en serio? —logré balbucear, las palabras raspando mi garganta como piedras afiladas. Seguro que era una broma más, ¿no? Otro giro en esta locura que no había anticipado.

Pero Edmund, para mi desgracia, asintió tranquilamente, como si esto fuera lo más natural del mundo.

—Por supuesto —dijo, y ahí estaba de nuevo esa sonrisa—suave e hipnótica, como si fuera partícipe de un secreto que el resto de nosotros no conocía—. ¿Por qué no lo haría?

¡Por qué no lo haría! Había mil razones por las que no debía hacerlo, empezando por el hecho de que solo lo había elegido porque estaba segura de que no me tomaría en serio. Porque estaba segura de que se reiría y ambos podríamos seguir adelante con nuestras vidas sin consecuencias duraderas.

Pero ahora, con el peso de sus palabras colgando como una espada sobre mí, la habitación parecía vibrar con una intensidad que rozaba la histeria. Los murmullos a nuestro alrededor se hicieron más fuertes, como el zumbido creciente de abejas en una colmena, y sabía—sabía—que si no hacía algo pronto, esto se convertiría en la comidilla del mes antes de que terminara la noche.

Pero, ¿qué podía hacer? ¿Negarlo a la cara de todos? ¿Reírme como si fuera una broma? Ambas opciones parecían igualmente desastrosas. Estaba atrapada, enredada en la trampa que yo misma había tendido, y no había forma de salir de esto sin que mi reputación se fuera al garete.

—Bueno —dije, con la voz temblando a pesar de mis mejores esfuerzos por mantenerla ligera—, ciertamente me ha tomado por sorpresa, señor Fairchild. No esperaba esto.

—Me lo imaginaba —respondió, con esa enigmática sonrisa aún dibujada en sus labios. Las comisuras de su boca se curvaron de una manera que hizo que mi corazón diera un pequeño, traicionero y estúpido salto, algo para lo que realmente no tenía tiempo en este momento—. Pero dije lo que sentía, señora Beatrice. Tal vez deberíamos seguir hablando de esto en un sitio más discreto.

Las palabras “en un sitio más discreto” me hicieron entrar en pánico. ¿Qué podría querer discutir en privado? Mi mente iba a mil por hora, imaginando cientos de posibles escenarios, cada uno más aterrador que el anterior, pero antes de que pudiera pensar en una sola respuesta viable, Edmund ya me estaba ofreciendo su brazo, el perfecto retrato de cortesía galante.

Su sonrisa se amplió mientras extendía su brazo, y por un breve momento, me sorprendió lo absolutamente hipnótica que era—suave, casi tierna, como si encontrara la situación entretenida, pero de una manera amable en lugar de cruel. Era el tipo de sonrisa que podría hacer que una mujer hiciera algo imprudente, como caer en sus redes.

Miré a mi alrededor, con el pulso martilleando en mis oídos. Cada par de ojos parecía fijado en nosotros, la anticipación en el aire era tan densa que resultaba difícil respirar. Prácticamente podía ver cómo las mentes comenzaban a girar, hilando historias escandalosas antes de que ocurriera algo. Si me negaba a tomar su brazo, sería un rechazo público—una escena que no podía permitirme. Pero si lo aceptaba, estaría caminando directo hacia lo desconocido con un hombre al que no terminaba de comprender.

Así que, en el fondo, no me quedaba otra.

Con un suspiro tembloroso, coloqué mi mano en su brazo, tratando de ignorar la manera en que sus músculos se tensaban ligeramente bajo mis dedos. El calor de su piel traspasaba la tela de su chaqueta, dándome la estabilidad suficiente para seguir adelante. Edmund me condujo hacia las puertas de la terraza, alejándonos de las miradas curiosas y las especulaciones susurradas del *ton*, y no podía sacudirme la sensación de que acababa de caer en una trampa que yo misma había tendido.

El aire fresco de la noche me golpeó como un cubo de agua helada cuando salimos al exterior, el silencio de la terraza un contraste brutal con el zumbido del salón. No pude evitar sentir una sensación de fatalidad inminente cuando la puerta se cerró con un clic detrás de nosotros. El juego, que había comenzado como una broma inofensiva, había cobrado vida propia —y no estaba segura de poder controlarlo más.

Pero cuando Edmund se volvió para mirarme, con sus ojos brillando con algo que no podía nombrar, una cosa era cierta: lo que sucediera después, no sería para nada inocente.

Y quizá, muy en el fondo, una parte de mí no estaba del todo segura de querer que lo fuera.

4

El Pretendiente Inesperado

El trayecto de regreso desde el salón de la duquesa Abernathy fue un verdadero caos mental. Las calles de Londres, usualmente tan familiares, pasaron como en una nebulosa mientras la carreta avanzaba con estruendo, las ruedas resonando sobre los adoquines. Apenas percibí lo que veía por la ventana: los faroles parpadeantes, los pocos transeúntes apresurándose por la acera. Mi mente estaba en otro lado, atrapada en un bucle interminable de confusión, repitiendo los eventos de la noche una y otra vez hasta marearme como en un carrusel.

¡Edmund Fairchild había aceptado mi declaración de amor!

No la había desestimado como un juego tonto, no se había reído como yo esperaba, sino que la aceptó con una calma y seriedad que me dejó completamente desconcertada. Y luego me había llevado afuera, lejos de las miradas curiosas del *ton*, y me miró de una manera que hizo que mi corazón hiciera cosas extrañas, revoloteantes—que no tenía derecho a hacer.

No había podido entenderlo en ese momento, y ciertamente no podía entenderlo ahora, horas después, cuando llegué a la mansión Whitford. La casa se alzaba ante mí, su familiar fachada no me ofrecía ningún consuelo mientras bajaba de la carreta y sentía el aire fresco de la noche. El lacayo me ayudó a bajar, pero mis piernas estaban inestables, como un flan, y mis pasos vacilaban mientras subía los escalones de la entrada y atravesaba la puerta.

—Señora Beatrice, bienvenida de vuelta —entonó el mayordomo con su habitual solemnidad mientras tomaba mi capa.

—Gracias, Jacob —respondí, mi voz sonando más lejana que una campana en el monte, incluso para mis propios oídos—. ¿Mis hermanas están aún despiertas?

—Así es, mi señora. Creo que están en el salón.

Por supuesto que lo estaban. Mis hermanas eran más noctámbulas que los búhos, cada una a su manera peculiar. Amelia, con su radiante belleza y su inquebrantable alegría, solía quedarse

despierta hasta tarde para cepillarse su dorado cabello junto al fuego, tarareando suavemente para sí misma. Charlotte, siempre la estudiosa, normalmente estaba acurrucada con un libro, con la nariz metida en sus páginas mientras se perdía en algún mundo fantástico. Y Lydia, la más joven y rebelde, sin duda estaría paseando por la sala, haciendo comentarios mordaces sobre el estado de la sociedad y todo lo que estaba mal con ella.

Respiré hondo, preparándome para el inevitable interrogatorio mientras me dirigía al salón. La puerta estaba entreabierta, y podía oír sus voces dentro: los tonos melodiosos de Amelia, los murmullos suaves de Charlotte y los comentarios afilados como cuchillos de Lydia.

—Y realmente, ¿cuál es el punto de estas interminables reuniones sociales? —decía Lydia cuando entré en la habitación—. Todo es solo postureo y charla vacía.

—No todo, querida —respondió Amelia con una sonrisa que podría deshacer un iceberg—. Algunas cosas son bastante encantadoras, ¿no crees? La música, el baile…

—El tostón de siempre —replicó Lydia, cruzando los brazos sobre el pecho y lanzando una mirada de odio al fuego como si la hubiera ofendido personalmente.

—Lydia, no todo el mundo encuentra la sociedad tan tediosa como tú —intervino Charlotte sin apartar la vista de su libro—. Algunas personas realmente la disfrutan.

—¿Disfrutarla? Es todo solo… ¡Oh, Bea! ¡Has vuelto! —Los ojos penetrantes de Lydia me vieron de pie en el umbral, y su expresión se suavizó—solo un poco—mientras descruzaba los brazos—. ¿Cómo fue el salón? Déjame adivinar, más de lo mismo, ¿no?

Dudé, sin saber cómo responder. ¿Cómo podía explicar lo que había sucedido? ¿Que un simple y ridículo juego se había convertido en algo que ni siquiera podía empezar a comprender? ¿Que Edmund Fairchild, de todas las personas, había aceptado mi confesión como si fuera lo más serio del mundo?

—Fue… movidito —logré decir, entrando por completo en la habitación—. La duquesa Abernathy presentó un nuevo juego: *El susurro de Cupido*.

—¿Un juego? —Los ojos de Amelia brillaron de interés mientras dejaba a un lado su cepillo y se volvía hacia mí—. ¡Qué delicia! ¿De qué tipo de juego se trataba?

—Del tipo que te hace preguntarte qué demonios está pasando —murmuré para mí misma, pero luego suspiré y expliqué—. Todas teníamos que sacar una papeleta con tareas secretas. La mía era confesar amor a alguien que creyera que me rechazaría.

Las cejas de Lydia se arquearon, y ella intercambió una mirada con Charlotte, que finalmente había levantado la vista de su libro.

—¿Y a quién elegiste? —preguntó Lydia, su tono una mezcla de curiosidad y algo que sonaba sospechosamente a diversión.

—A Edmund Fairchild —respondí, intentando mantener mi voz lo más neutral posible.

Hubo un momento de silencio atónito, y luego Lydia estalló en carcajadas.

—¿Edmund Fairchild? Bea, no podrías haber escogido un candidato más perfecto. El hombre es tan serio como un sermón; por supuesto que vería a través de un juego tonto como ese.

—Eso es justamente lo que pasa —dije, sintiendo cómo la confusión volvía a apoderarse de mí—. No lo vio. Lo pilló al vuelo.

Mis tres hermanas me miraron, con expresiones que variaban entre el asombro, la incredulidad y, en el caso de Lydia, una diversión apenas contenida.

—¿Qué hizo qué? —preguntó Charlotte, con la voz incrédula.

—Lo aceptó —repetí, sintiéndome más desconcertada a cada segundo—. No se rió, no lo desestimó. Asumió mi declaración como si fuera completamente seria.

La boca de Amelia formó una perfecta “O” de sorpresa, y Charlotte dejó su libro a un lado, frunciendo el ceño, pensativa. Lydia, sin embargo, soltó un bufido y negó con la cabeza.

—Venga ya, debes estar bromeando.

—No lo estoy —insistí, dejándome caer en una silla junto al fuego—. Yo tampoco lo entiendo. Es como si… como si lo dijera en serio.

—Pero estabas bromeando —dijo Charlotte, más como una afirmación que como una pregunta—. ¿No es así?

—Por supuesto que sí —respondí, aunque las palabras sonaron más flojas que una cuerda suelta incluso para mis propios oídos—. Era solo un juego.

—Un juego que él no se dio cuenta de que estaba jugando —murmuró Amelia, con los ojos abiertos de preocupación—. Oh, Bea, ¿qué vas a hacer?

—¿Qué voy a hacer? —repetí, como si la respuesta estuviera oculta en la propia pregunta—. Ni idea. Pensé que se reiría y seguiríamos adelante con nuestras vidas. Pero ahora…

—Pero ahora es complicado —terminó Lydia por mí, con un tono inusualmente serio—. Si él cree que hablabas en serio…

Un nudo de temor se instaló en mi estómago.

—Si cree que fui sincera, esto podría convertirse en un desastre. No pretendía que llegara tan lejos.

—Pero, ¿por qué te tomaría en serio? —preguntó Charlotte, pensativa—. Edmund Fairchild es más listo que el hambre, no es tonto. Debe haber sabido que era un juego.

—Eso es lo que pensé —respondí, pasándome una mano por el cabello con frustración—. Pero había algo en la forma en que me miraba, algo en su voz… Era como si hubiera estado esperando que lo dijera.

La sala cayó en silencio mientras todas reflexionábamos sobre las implicaciones. Mis hermanas, que solían tener algo que decir sobre todo, estaban inusualmente calladas, cada una perdida en sus propios pensamientos.

Finalmente, Amelia habló, su voz suave pero firme.

—Quizá no sea tan malo como crees, Bea. Quizá solo esté siguiendo el juego, y más tarde ambos os echéis unas risas.

—O tal vez —añadió Lydia, entrecerrando los ojos—, tiene otras intenciones.

Me estremecí al pensar en ello, mi mente recorriendo todos los posibles escenarios, ninguno de ellos bueno. ¿Y si Edmund tenía algún motivo oculto? ¿Y si ahora esperaba algo de mí? La mera idea hacía que la piel se me erizara de inquietud.

—No sé lo que está pensando —admití, sintiendo el peso de las miradas de mis hermanas sobre mí—. Pero sé que tengo que averiguarlo antes de que esto se convierta en un escándalo de verdad.

—Bea —dijo Amelia con dulzura, extendiendo la mano para tomar la mía—, te ayudaremos. Pase lo que pase, lo resolveremos juntas.

Le apreté la mano, agradecida por su inquebrantable apoyo, aunque el temor seguía carcomiéndome por dentro. Había arrastrado a mi familia a este lío, y no tenía idea de cómo sacarnos de él. Pero una cosa estaba clara: no podría enfrentarme a esto sola.

5

Reflexiones de Medianoche

La cama estaba cálida, las mantas pesadas y reconfortantes, pero mi mente estaba lejos de estar en paz. Clavaba la vista en el dosel sobre mí, sus pliegues oscuros reflejaban la agitación dentro de mí. Había repasado los eventos de la noche tantas veces en mi cabeza que ya no tenían coherencia, como una obra de teatro que se cae a pedazos. No importaba cómo lo analizara, las mismas preguntas me acosaban, arrastrándome más y más hacia un pozo de confusión y temor.

Edmund Fairchild había aceptado mi declaración de amor. No como una broma, no como parte del juego en el que nos habían forzado, sino con una sinceridad que me daba pavor. Y ahora me quedaba la pregunta que me había estado atormentando desde entonces: ¿qué demonios se suponía que debía hacer ahora?

La vela junto a la cama parpadeaba débilmente, proyectando un pequeño charco de luz que apenas rompía las sombras. La habitación estaba en silencio—demasiado silencio, como el ojo de un huracán—con solo el crujido ocasional de la casa asentándose y el suave roce de las páginas del libro de Charlotte al pasar de hoja. Ella estaba acostada a mi lado, absorta en su lectura, pero podía sentir su atención puesta en mí, esperando a que estuviera lista para hablar.

Suspiré profundamente, finalmente volteándome hacia ella.

—Charlotte, ¿qué voy a hacer?

No respondió de inmediato. En lugar de eso, marcó la página de su libro con un dedo y giró la cabeza para mirarme, su expresión calmada pero inquisitiva.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir, ¿qué voy a hacer con Edmund? —Las palabras salieron a trompicones, como si se hubieran estado acumulando detrás de una presa que finalmente se rompió—. ¿Y si piensa

que hablaba en serio? ¿Y si cree que he estado jugando con él todo este tiempo? ¿Y si… qué pasa si él hablaba en serio?

Charlotte me estudió por un momento, sus ojos agudos captando cada matiz de mi expresión. Luego cerró su libro y se giró de lado, para quedar completamente frente a mí.

—Bea, creo que la pregunta que deberías hacerte no es qué vas a hacer con Edmund, sino qué quieres tú hacer.

Sus palabras me hicieron detenerme.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir —dijo suavemente—, que estás tan preocupada por lo que Edmund piensa, por lo que podría estar esperando, que no te has detenido a considerar lo que tú quieres. ¿Te importa él de verdad? ¿Hay alguna parte de ti que quiera que esto sea real?

Mi mente corría, buscando una respuesta, pero lo único que encontraba eran más preguntas.

—No lo sé —admití—. Nunca he pensado en Edmund de esa manera. Es el hermano de Isabella; siempre ha sido alguien que conozco, alguien familiar, pero nunca imaginé que me vería como algo más que una amiga.

Los ojos de Charlotte se suavizaron con comprensión.

—Y ahora puede que lo haga. Eso es lo que te da miedo, ¿no?

Asentí, sintiendo un nudo formarse en mi garganta.

—Sí. ¿Y si cree que he estado jugando con él? ¿Y si piensa que lo he estado engañando? Nunca quise herirlo, Charlotte, pero no sé cómo deshacer este entuerto.

—No tienes que deshacer nada —dijo Charlotte con firmeza—. Pero sí necesitas averiguar cómo te sientes con respecto a él. Si hay una posibilidad de que él hablara en serio esta noche, entonces les debes a ambos ser honesta con tus sentimientos.

Ser honesta con mis sentimientos. La idea era aterradora. Había pasado tanto tiempo enterrando mis propios deseos, mis propios sueños, bajo el peso de mis responsabilidades hacia nuestra familia. Nunca había habido espacio para pensar en el amor o el matrimonio, no cuando cada decisión que tomaba estaba teñida por la necesidad de asegurar nuestro futuro.

—Incluso si lograra averiguar lo que siento —dije, con la voz apenas por encima de un susurro—, ¿qué entonces? ¿Y si se lo digo y decide que no quiere saber nada de mí? ¿Y si todo esto ha sido solo un malentendido?

Charlotte extendió su mano y tomó la mía con suavidad, su toque cálido y reconfortante.

—Bea, no puedes vivir tu vida con miedo a los “y si”. Siempre has sido tan cuidadosa, siempre pensando en lo que vendrá, planificando para todos los posibles resultados. Pero a veces,

tienes que jugártela. Tienes que dejarte sentir algo, aunque dé miedo.

Apreté su mano, mientras el miedo y la incertidumbre me revolvían las tripas.

—¿Y si hago el ridículo? ¿Y si ya la he liado parda?

—No has arruinado nada —dijo Charlotte con una pequeña sonrisa—. Y en cuanto a hacer el ridículo, bueno, eso es parte de la vida, ¿no? Todos cometemos errores, pero aprendemos de ellos. Y si Edmund es tan serio como piensas que podría ser, entonces apreciará tu honestidad, incluso si es incómodo al principio.

Cerré los ojos, intentando imaginar cómo sería esa conversación—intentando imaginarme admitiendo ante Edmund que no sabía cómo me sentía, que estaba tan confundida como él podría estarlo. La idea hacía que mi estómago diera vueltas, pero también había un destello de algo más, algo que se parecía sospechosamente a la esperanza.

—¿Y si se mosquea? —pregunté, con la voz pequeña—. ¿Y si piensa que he estado jugando con sus sentimientos?

—Entonces se lo explicas —dijo Charlotte con simplicidad—. Le dices la verdad. Que todo empezó como un juego, pero que ahora no estás segura de qué es. Si le importas tanto como crees que podría ser, lo entenderá.

Me mordí el labio, sintiendo el peso de la noche caerme encima.

—Solo tengo tanto miedo de tomar la decisión equivocada. ¿Qué pasa si le digo la verdad y todo se desmorona?

La expresión de Charlotte se suavizó, y se inclinó hacia mí, su voz era suave.

—Bea, siempre has sido tan fuerte, tan decidida a protegernos, pero no tienes que cargar con este peso sola. Pase lo que pase, lo resolveremos juntas. No tienes que hacer esto por nosotras, por la familia. No tienes que amargarte por nuestro bien.

Abrí los ojos, encontrando su mirada.

—Pero os quiero tanto. Quiero cuidar de vosotras, asegurarme de que todas estéis a salvo y felices.

—Lo sabemos —dijo Charlotte, apretando mi mano—. Y nosotras también te queremos. Pero no tienes que sacrificar tu felicidad por nosotras. Que me quede para vestir santos, me da igual, Bea. Preferiría verte feliz que observar cómo te obligas a hacer algo que no quieres solo porque crees que nos ayudará.

Las lágrimas comenzaron a acumularse en mis ojos, una mezcla de gratitud y culpa amenazando con desbordarse.

—¿Y si no hay otra salida? ¿Y si esta es la única manera de asegurar nuestro futuro?

Charlotte negó con la cabeza, su expresión decidida.

—Siempre hay una opción. Y te prometo que encontraremos otra manera si es necesario. Pero no hagas esto; no te empujes a algo que no te hace sentir bien solo porque piensas que es tu única opción.

Asentí, dejando que las lágrimas finalmente se desbordaran y rodaran por mis mejillas. Charlotte me envolvió en un abrazo suave, y me aferré a ella, con el corazón dolido por todo lo que había estado guardando dentro.

—¿Y qué hay de Isabella? —preguntó en voz baja, después de un largo momento—. ¿Te ayudaría hablar con ella? Quizá pueda ofrecerte alguna perspectiva.

Sacudí la cabeza, solo pensar en confesarle a Isabella lo que había hecho hacía que mi estómago se encogiera.

—No puedo, Charlotte. No puedo decirle a Isabella que le he confesado un amor falso a su hermano. ¿Qué pensaría de mí?

Charlotte no insistió en el tema, simplemente me sostuvo más fuerte.

—Entonces no se lo diremos. Pero necesitas hablar con alguien, Bea. No puedes cargar con esto sola.

—Lo sé —susurré, con la voz temblorosa—. Pero ni siquiera sé por dónde empezar.

Charlotte suspiró suavemente, pasando una mano reconfortante por mi cabello.

—Empiezas por respirar, Bea. Tómatelo con calma, pasito a pasito. Lo resolveremos juntas.

Asentí, sintiendo cómo la tensión en mi pecho empezaba a ceder, aunque solo un poco.

—Gracias, Charlotte. No sé qué haría sin ti.

—Estarías bien —dijo con una pequeña sonrisa tranquilizadora—. Eres más fuerte de lo que crees.

Mientras yacía allí, en sus brazos, con las lágrimas disminuyendo poco a poco, no pude evitar preguntarme si tenía razón. Quería creer que todo saldría bien, que no necesitaba preocuparme tanto. Pero el miedo seguía ahí, acechando en el fondo de mi mente, susurrando que estaba a punto de cometer el mayor error de mi vida.

Pero quizás—solo quizás—Charlotte tenía razón. Quizá podría resolver esto, y no tendría que enfrentarlo sola.

6

El Regalo del Escándalo

La mañana después de mi desastre monumental en el salón de la duquesa Abernathy, el mundo parecía haberse desviado de su eje. El Londres que conocía—sus calles tranquilas, los sonidos familiares de la ciudad despertando—estaba ahora cubierto por una nube negra de fatalidad inminente. Mi corazón estaba pesado mientras descendía la gran escalera de nuestra casa, el crujido de cada escalón un recordatorio de que me dirigía a lo que solo podía describirse como un interrogatorio.

Cuando entré en la sala de desayunos, la atmósfera ya era tensa. Mi madre estaba sentada a la cabecera de la mesa, sosteniendo delicadamente su taza de té, aunque no estaba bebiendo. Mi padre, el marqués de Danbridge, estaba sentado a su lado, con el ceño fruncido de esa manera que siempre hacía cuando pensaba demasiado en algo—usualmente en el estado de nuestras finanzas. Frente a ellos, mis tres hermanas estaban sentadas en fila, sus expresiones variaban desde la curiosidad hasta la preocupación.

—Beatrice —dijo mi madre en cuanto entré en la habitación, con la voz tensa y precisa—. Tenemos que hablar.

Ahí estaba. Las palabras que había estado temiendo. Podía sentir los ojos de todos en la habitación sobre mí, cada mirada con una expectativa distinta. Los de Amelia estaban llenos de curiosidad inocente, los de Charlotte con una comprensión silenciosa, y los de Lydia con un toque de diversión rebelde, como si secretamente disfrutara de la idea de que alguien, cualquiera, sacudiera la monotonía de nuestras vidas.

Respiré hondo y me senté en la mesa, la silla raspando contra el suelo de una manera que me hizo estremecer.

—¿Sí, madre?

—¿Te importaría explicar lo de anoche? —preguntó mi padre, con la voz cargada de

preocupación—. Ya hemos oído rumores de un escándalo, y quiero saber la verdad antes de que esto vaya a más.

Mi estómago se encogió al oír la palabra "escándalo", que reverberaba en mi mente como una campana que anunciaba la fatalidad. Por supuesto, había llegado a esto. Lo sabía, pero enfrentarlo ahora, con el futuro de mi familia en juego, lo hacía mucho más real.

—Yo… —Mi voz vaciló, pero me obligué a continuar—. Era parte de un juego: El susurro de Cupido. Teníamos que sacar papeletas y cumplir una tarea. La mía era confesar amor a alguien que creyera que me rechazaría.

Los ojos de mi madre se entrecerraron, y dejó su taza con un suave tintineo.

—¿Y elegiste al señor Fairchild?

—Sí —admití, sintiendo el peso de las palabras caer como una losa en el fondo de mi estómago—. Pensé que lo desestimaría, que vería lo que era: un juego tonto.

—Pero no lo hizo —intervino Charlotte en voz baja, sus ojos encontrándose con los míos al otro lado de la mesa.

—No, no lo hizo —confirmé, con la voz pequeña—. Aceptó mi declaración. Y ahora… ahora todos piensan que lo he ridiculizado.

—Todos piensan que lo has cazado al vuelo, querrás decir —dijo Lydia sin rodeos, con su aguda mirada atravesando mis defensas—. Los rumores no solo son sobre ti haciendo el ridículo, Bea. Se preguntan si has engañado intencionadamente al señor Fairchild.

—Lydia —la reprendió mi madre, aunque no se podía negar que sus palabras tenían peso.

Pero no era solo la idea de un escándalo lo que me hacía sentir como si el suelo se hubiera desmoronado bajo mis pies. Era la idea de Edmund mismo—la forma en que me había mirado, la forma en que había aceptado mi declaración con esa calma tan irritante. ¿Qué significaba todo esto? ¿Estaba siguiendo el juego, o había iniciado algo que no podría controlar?

—¿Y qué piensas hacer al respecto? —preguntó mi padre, su tono cargado con la responsabilidad que siempre parecía abrumarlo—. Esto no puede seguir así, Bea. Tienes que cortar los rumores antes de que hagan más daño.

—Me disculparé —dije rápidamente, tomando la decisión en ese momento—. Iré a ver a Edmund y le explicaré todo. Le diré que solo era un juego, que nunca quise que esto sucediera.

La expresión de mi madre se suavizó un poco, aunque la tensión en la sala seguía siendo palpable.

—Esa es la decisión correcta, Beatrice. Tienes que arreglar esto.

—Lo haré —prometí, aunque la idea de enfrentarme a Edmund de nuevo hacía que mi corazón latiera con ansiedad. ¿Qué diría? ¿Estaría enfadado? ¿Se reiría de mí por haber caído en este juego ridículo? O, lo que era peor, ¿se sentiría decepcionado?

—Bien —dijo mi padre con un asentimiento, como si el asunto estuviera resuelto—. Pero hazlo rápido, antes de que los rumores corran más de la cuenta.

Asentí, aunque el nudo de temor en mi estómago solo se apretaba más y más.

—Iré hoy mismo.

—Espera —dijo Amelia, con la voz suave e incierta—. ¿Y si el señor Fairchild iba en serio? ¿Y si realmente tiene sentimientos por ti?

La pregunta quedó suspendida en el aire, y por un momento, nadie habló. Mi corazón dio un vuelco ante la posibilidad, pero rápidamente la aparté de mi mente.

—No puede ser —dije, más para mí misma que para los demás—. Solo era un juego. Tiene que serlo.

Mis hermanas intercambiaron miradas, pero antes de que alguien pudiera decir algo más, se oyó un golpe en la puerta. El mayordomo, Jacob, entró en la habitación con la misma calma eficiente de siempre, aunque su presencia en ese momento parecía tener un peso inusual.

—Perdonen la interrupción, mi señor, mi señora —dijo Jacob con una pequeña reverencia—, pero acaba de llegar un paquete para señora Beatrice.

—¿Para mí? —pregunté, confundida.

—Sí, mi señora —respondió Jacob, extendiendo un pequeño paquete elegantemente envuelto —. Lo trajo el lacayo del señor Fairchild. Dijo que era solo para sus ojos.

Mi corazón dio otro vuelco, y sentí cómo todas las miradas de la habitación se volvían hacia mí una vez más. El nudo de temor en mi estómago se transformó en algo más, algo que se parecía peligrosamente a la esperanza, aunque tenía demasiado miedo de llamarlo así.

—¿El señor Fairchild? —La voz de mi madre estaba cargada tanto de curiosidad como de preocupación—. ¿Qué podría haberte enviado?

Dudé, sin saber qué decir o hacer. No me esperaba esto, no esperaba nada de Edmund, salvo quizás un frío rechazo. Pero ahora, con el pequeño paquete en mis manos, mis emociones eran un caos de confusión, miedo y algo peligrosamente cercano a la emoción.

—Ábrelo —instó Lydia, con tono ansioso—. Vamos, veamos qué es.

Miré a mis padres, quienes asintieron dándome permiso, aunque también parecían cautelosos respecto a lo que el regalo podría significar. Con dedos temblorosos, desaté la cinta y desenvolví

con cuidado el delicado papel. Dentro había una pequeña caja de terciopelo, del tipo que usualmente contiene joyas.

Tragué saliva, sintiendo que el aire me faltaba mientras abría la caja. Dentro, anidada sobre una cama de satén, había un broche sencillo y elegante: una pequeña rosa dorada con una perla en el centro. Era hermoso, delicado y totalmente inesperado.

También había una nota, cuidadosamente doblada bajo el broche. La desdoblé con cuidado, mis manos temblando levemente mientras leía las palabras escritas con la elegante caligrafía de Edmund:

señora Beatrice,

Espero que este pequeño obsequio la encuentre bien. Me doy cuenta de que nuestra conversación de anoche pudo haber sido más de lo que anticipaba. Sepa que soy sincero en mis palabras y que me gustaría hablar con usted cuando esté lista. Hay mucho que discutir, y creo que es importante que ambos entendamos lo que ha sucedido.

Suyo,

Edmund Fairchild.

Me quedé mirando la nota, las palabras se mezclaban en mi cabeza mientras mis emociones se arremolinaban en todas direcciones. Sincero en sus palabras. Hay mucho que discutir. ¿Qué significaba todo esto?

—¿Beatrice? —La voz de Charlotte era suave, sacándome de mis pensamientos—. ¿Qué dice?

Le entregué la nota, incapaz de encontrar las palabras. Mientras la leía, sus ojos se agrandaron levemente, y me miró con una mezcla de sorpresa y algo parecido al aliento.

—Él… quiere hablar contigo —dijo en voz baja.

Asentí, sintiéndome más confundida que nunca.

—Sí. Pero, ¿qué significa todo esto? ¿Realmente cree que yo hablaba en serio?

—Tal vez —ofreció Amelia, con la voz llena de asombro—. O tal vez él es el que está hablando en serio.

La idea era demasiado abrumadora para procesarla, y solo pude quedarme allí sentada, mirando el broche como si tuviera todas las respuestas a las preguntas que giraban en mi mente. ¿Qué esperaba Edmund de mí? ¿Era esto solo otra capa del juego, o me había topado con algo real, algo para lo que no estaba preparada?

—Sea lo que sea —dijo mi madre, con una voz firme pero no carente de amabilidad—, necesitas reunirte con él. Pero recuerda, Beatrice, no tienes que disculparte si lo que sientes es

sincero.

¿Mi corazón? ¿Sincero? La sola idea parecía absurda dadas las circunstancias, pero al mirar el broche, la nota y los rostros preocupados de mi familia, me di cuenta de que no tenía elección. Tendría que enfrentarme a Edmund de nuevo, para descubrir qué significaba todo esto.

Pero si saldría de esa reunión con respuestas o con más confusión, estaba por verse.

7

Susurros en el Jardín

La finca Fairchild era aún más imponente a la luz del día, su grandiosa fachada de piedra suavizada por la cálida luz dorada del sol de la tarde. No había estado aquí en años, no desde que Isabella y yo jugábamos a ser las protagonistas de algún gran romance en los jardines. Ahora, sentía como si estuviera entrando en una de esas historias, pero sin tener una idea clara de cómo terminaría.

El trayecto en carruaje había sido un torbellino de energía nerviosa, con mi mente girando en torno a todas las posibles formas en que podría desarrollarse esta reunión. La nota de Edmund había sido clara—quería hablar conmigo, discutir lo que había sucedido—, pero ¿y eso qué significaba exactamente? ¿Esperaba algo de mí? ¿O era simplemente un intento de aclarar las cosas?

Mientras descendía del carruaje, traté de controlar mi respiración, recordándome que solo se trataba de una conversación. Nada del otro mundo, me decía. Sin embargo, mi corazón se negaba a obedecer, galopando en mi pecho mientras me acercaba a la entrada.

El mayordomo me condujo por la casa con una eficiencia práctica, y agradecí su silencio. Mis nervios estaban tensos, y lo último que necesitaba era una conversación trivial. En su lugar, me concentré en el sonido de mis pasos resonando suavemente sobre los suelos pulidos, el aroma de las flores frescas flotando en el aire y la suave calidez del sol filtrándose por las grandes ventanas.

Finalmente, llegamos a un par de puertas francesas que daban al jardín.

—El señor Fairchild la espera allí, mi señora —dijo el mayordomo con una respetuosa inclinación antes de retirarse.

Dudé un momento, mi mano temblando como un flan sobre la manija de la puerta. Esto era todo. Ya no había vuelta atrás. Tomé una profunda respiración y empujé las puertas, saliendo al

jardín.

La escena que me recibió era de una belleza serena. El jardín era una vasta extensión de verdor, salpicada de flores en cada tono del arcoíris. Un sendero de piedra serpenteaba a través del paisaje, conduciendo a un rincón apartado donde había una pequeña mesa y sillas de hierro forjado bajo un gran roble.

Y allí, de pie junto a la mesa de espaldas a mí, estaba Edmund Fairchild.

Se giró al oír la puerta cerrarse detrás de mí, y por un momento, nuestras miradas se cruzaron a la distancia. Su expresión era inescrutable, pero había algo en su mirada, algo que me hizo contener la respiración.

—Señora Beatrice —me saludó con una pequeña inclinación formal, su voz tan suave y compuesta como siempre—. Gracias por venir.

—Señor Fairchild —respondí, logrando una sonrisa educada a pesar del remolino dentro de mí—. Gracias por invitarme.

Señaló hacia la mesa, indicándome que me sentara. Lo hice, alisando nerviosamente mis faldas mientras él tomaba asiento frente a mí. El silencio que siguió estaba cargado de una tensión no expresada, el aire entre nosotros denso con todas las palabras que aún no se habían dicho.

Finalmente, Edmund rompió el silencio.

—Supongo que tenemos mucho de qué hablar.

—Sí —coincidí, aunque no tenía idea de por dónde empezar. Mi mente era un revoltijo de pensamientos y emociones, cada uno luchando por dominar—. Yo… quiero disculparme, señor Fairchild, si le he causado algún malestar. No era mi intención liarla.

Él inclinó ligeramente la cabeza, estudiándome con esos intensos ojos oscuros.

—No hay necesidad de disculparse, señora Beatrice. Entiendo que los eventos en el salón fueron inesperados, por decir lo menos. Pero debo admitir que me sorprendieron sus palabras.

Sentí cómo me subía el rubor a las mejillas, aunque no podía decir si era por vergüenza o por algo más.

—A mí también me sorprendió —confesé—. Nunca esperé… bueno, nunca esperé que me tomaras en serio.

—¿Y por qué no iba a hacerlo? —preguntó, inclinándose ligeramente hacia delante, con la mirada fija—. ¿Por qué no iba a tomarte en serio, Beatrice?

El sonido de mi nombre en sus labios me hizo estremecer, y luché por mantener la compostura.

—Porque… porque solo era un juego. Nunca pensé que esto iría en serio.

—Y, sin embargo —continuó, su voz suave pero insistente—, se sintió real, ¿a que sí? Para los dos.

Tragué saliva, incapaz de apartar la mirada de la suya. Tenía razón. Había algo en ese momento—algo que iba más allá del juego, algo que se había sentido sorprendentemente genuino. Pero, ¿cómo podía admitirlo ahora, cuando ni siquiera estaba segura de mis propios sentimientos?

—Su señoría —comencé, las palabras temblaban en mis labios—, no sé qué pensar. No sé qué significa todo esto. Nunca imaginé que… que usted pudiera sentir algo por mí.

Su expresión se suavizó, una leve sonrisa asomando en las comisuras de su boca.

—Quizá eso es porque nunca te has permitido imaginarlo.

La verdad en sus palabras me golpeó como un puñetazo. Tenía razón. Había pasado tanto tiempo pensando en mí misma como alguien sin importancia, alguien destinado a desaparecer en el fondo, que nunca había considerado la posibilidad de que alguien como Edmund pudiera verme—verme de verdad.

—¿Y usted? —pregunté, con la voz apenas un susurro—. ¿Qué espera de todo esto?

Edmund extendió la mano por encima de la mesa, tomando la mía. Su toque era cálido, reconfortante, y sentí cómo la confusión en mi corazón comenzaba a asentarse en algo más claro, algo más fuerte.

—Quiero conocerte de verdad —dijo, con una voz baja y sincera—. Quiero saber quién eres, Beatrice, no solo como la amiga de Isabella, sino como tú misma. Y si eso significa que debemos tomarnos esto con calma, descubrir lo que ambos queremos… entonces eso es lo que haremos.

El mundo pareció reducirse a ese único punto de contacto: su mano sosteniendo la mía, la suave presión de sus dedos contra mi piel. Era un gesto tan simple, y sin embargo, se sentía como lo más profundo del mundo.

—Su señoría —comencé, mi voz temblando bajo el peso de todo lo que quería decir pero no encontraba palabras para expresar—, no sé qué es esto. No sé lo que estoy haciendo. Pero quiero descubrirlo.

Su sonrisa se amplió, y por primera vez vi un destello de algo parecido a la esperanza en sus ojos.

—Pues entonces, lo descubrimos juntos.

La tensión que había estado acumulándose dentro de mí pareció desvanecerse, reemplazada por una sensación de paz, aunque tentativa. Por primera vez desde aquella fatídica noche en el

salón, sentí que estaba en terreno firme otra vez—todavía incierta, todavía llena de preguntas, pero ya no temerosa de enfrentarlas.

Nos quedamos allí sentados un rato más, hablando de todo y de nada: del jardín, de Isabella, del futuro. Fue todo tan fácil, tan natural, y me descubrí sonriendo más de lo que había hecho en semanas. Fuera lo que fuera esto entre nosotros, era real, y ya no le tenía miedo.

A medida que el sol comenzaba a descender en el cielo, proyectando largas sombras sobre el jardín, Edmund finalmente se levantó, ofreciéndome su mano para ayudarme a levantarme.

—¿Te acompaño de vuelta a la casa?

Asentí, tomando su mano y dejando que me guiara por el sendero de piedra. El aire era fresco, el aroma de las flores flotaba en la brisa, y sentí una calma apoderarse de mí, una calma que no sabía que necesitaba.

Cuando llegamos a las puertas francesas, Edmund se detuvo, girándose hacia mí.

—Beatrice —dijo, su voz suave—, gracias por venir hoy. No te haces una idea de lo mucho que significa para mí.

—Gracias a usted por invitarme —respondí, sintiendo un calor en el pecho que no tenía nada que ver con el sol poniente—. Me alegra que hayamos hablado.

—A mí también —dijo con una sonrisa que hizo que mi corazón se pusiera a mil—. Estoy deseando que llegue nuestra próxima charla.

Con eso, presionó un ligero beso en el dorso de mi mano, un gesto tan simple, pero tan lleno de promesas. Luego abrió la puerta para que entrara. Al hacerlo, no pude evitar mirarlo una vez más, sintiendo cómo una sensación de anticipación crecía dentro de mí.

Quizás esto no era el desastre que había temido. Quizá, solo quizá, esto era el principio de algo nuevo, algo que ni siquiera me había atrevido a imaginar.

Y por primera vez en mucho tiempo, me permití tener esperanza.

8

Las Especulaciones de las Hermanas

El camino de vuelta desde la finca Fairchild fue un auténtico vaivén de emociones. Mi corazón latía erráticamente en mi pecho, alternando entre la inquietud y una emoción que no lograba nombrar. Seguía repitiendo en mi cabeza las palabras de Edmund: su tono suave, la calidez en sus ojos cuando tomó mi mano. Era todo demasiado para procesar, y aun así no podía dejar de sonreír.

Cuando llegué a la mansión Whitford, el sol ya empezaba a ponerse, bañando todo con una cálida luz dorada. Me dirigí al salón, donde sabía que estarían mis hermanas, incapaz de contener la emoción que me hervía por dentro. Tenía que contarles. Tenía que compartir lo que había sucedido, para conocer sus opiniones—aunque ya sabía que Lydia tendría al menos cinco teorías distintas, cada una más descabellada que la anterior.

Al entrar en la sala, las encontré a las tres exactamente donde esperaba: Amelia estaba sentada junto a la ventana, cepillando su largo cabello dorado, Charlotte estaba acurrucada en un sillón con un libro en el regazo, y Lydia paseaba de un lado a otro, con sus ojos agudos moviéndose rápidamente mientras rumiaba el pensamiento que ocupara su mente en ese momento.

—¡Bea! —exclamó Lydia en cuanto me vio, con los ojos llenos de curiosidad—. ¡Ya estás de vuelta! Entonces, ¿cómo ha ido? ¿Qué ha dicho? ¿Estaba furioso? ¿O acaso…?

—Lydia —interrumpió Charlotte, con un tono suave pero firme—, déjala que respire.

No pude evitar reír, un sonido que se sentía más ligero que el aire.

—Fue… creo que fue bien.

—¿Bien? —repitió Amelia, con los ojos muy abiertos mientras dejaba su cepillo a un lado—. ¿Cómo que “bien”? ¿Qué ha dicho?

Me moví para sentarme en el sofá, abrazando uno de los cojines bordados contra mi pecho

mientras intentaba encontrar las palabras.

—No estaba enfadado conmigo —comencé, al recordar el comportamiento sereno de Edmund, lo que me llenó de calidez—. De hecho, fue… comprensivo. Dijo que quería hablar conmigo, entenderme mejor. Y luego dijo… que quería descubrir qué es esto que hay entre nosotros.

La boca de Lydia se abrió de par en par, y de inmediato se dejó caer en el sofá a mi lado, con una expresión de mezcla de sorpresa y deleite.

—¿En serio? ¿Edmund Fairchild realmente dijo eso?

Asentí, sintiendo cómo mis mejillas se sonrojaban de vergüenza y emoción.

—Lo dijo. Dijo que quería tomarse las cosas con calma, conocerme, no solo como la amiga de Isabella, sino a mí, tal cual.

Amelia soltó un pequeño grito de alegría y prácticamente voló por la habitación para unirse a nosotras en el sofá, rodeándonos con los brazos tanto a mí como al cojín que seguía abrazando.

—¡Oh, Bea, eso es maravilloso! Debe importarle mucho si te dijo eso. Quiero decir, Edmund Fairchild no es del tipo que dice cosas que no siente.

—Ni que pierde el tiempo en algo que no le interesa —añadió Charlotte, con una sonrisa cómplice en los labios—. Bea, esto podría ser algo real.

Hundí mi rostro en el cojín, intentando reprimir la sonrisa de felicidad que se me escapaba.

—No lo sé —murmuré, aunque mi corazón estaba eufórico—. Todo es tan inesperado. Nunca imaginé…

—¿Nunca imaginaste qué? —insistió Lydia, dándome un codazo—. ¿Que Edmund Fairchild, el siempre serio y estirado, realmente pudiera tener sentimientos por ti?

—¡Lydia! —protesté, aunque no podía borrar la sonrisa de mi rostro—. No es así, o al menos, no sé si lo es. Solo… hablamos. Eso es todo.

Amelia soltó una risita, dándome un pequeño apretón.

—Oh, Bea, ¡estás radiante! Nunca te había visto así antes. ¿Será que te has encandilado?

—¡No lo estoy! —insistí, aunque las palabras sonaron vacías incluso para mí misma—. Es solo que… es tan diferente de lo que esperaba. Es amable, considerado, y me hizo sentir… segura.

Charlotte ladeó la cabeza, con la mirada pensativa.

—Parece que él ve algo en ti que quizás tú aún no has visto en ti misma.

Me mordí el labio, con un pensamiento que era a la vez emocionante y aterrador. ¿Podría ser cierto? ¿Podría Edmund Fairchild, de entre todas las personas, ver algo en mí que yo no había

osado reconocer?

—Y te envió ese hermoso broche —añadió Lydia, con un tono burlón—. ¡Vamos, Bea, prácticamente te está tirando los trastos!

—Para ya, Lydia —dije, aunque no pude ocultar el rubor que subía por mi cuello—. Solo está siendo educado. Además, es demasiado pronto para pensar en algo así.

—¿Demasiado pronto? ¡Anda, ya! —declaró Lydia, lanzándome un abrazo juguetón—. ¡Esto es prácticamente un cortejo! Apuesto a que ya está eligiendo qué color de corbata ponerse en tu boda.

—¡Lydia! —reí, empujándola suavemente mientras mi corazón se desbocaba ante la idea—. Estás fatal.

—Tal vez —admitió Lydia con una sonrisa traviesa—, pero reconoce que es una idea tentadora. Imagínalo: Beatrice Fairchild, la señora de la casa. Suena bien, ¿no?

Solté un gemido, ocultando mi rostro en el cojín de nuevo.

—Eres imposible.

Amelia me dio una palmadita en la rodilla, con una voz suave y tranquilizadora.

—Lydia solo está bromeando, Bea. Pero sinceramente, parece que a Edmund realmente le importas. Y si te ha dicho que quiere tomarse las cosas con calma para conocerte mejor, eso va en serio.

Asomé la cabeza por detrás del cojín, con el corazón latiendo entre una mezcla de esperanza e incertidumbre.

—¿De verdad lo crees?

Charlotte asintió, su expresión suave y alentadora.

—Claro que sí. Y creo que deberías dejarte disfrutar de esto, Bea. Llevas tanto tiempo preocupándote por nosotras y la familia que ahora… quizás sea hora de pensar en ti, en lo que te hace feliz.

Feliz. La palabra se sentía extraña, casi indulgente. Había pasado tanto tiempo dejando de lado mi propia felicidad, enfocándome en mis deberes, en mis responsabilidades, que la idea de encontrar la felicidad para mí misma me parecía hasta inverosímil.

Pero mientras estaba allí, rodeada de mis hermanas, sus palabras de aliento y apoyo envolviéndome como una cálida manta, sentí que algo cambiaba dentro de mí. Quizá, solo quizá, podría permitirme tener un poco de esperanza. Quizá podría dejarme creer que esto—lo que sea que fuera—podría ser real.

Apreté el cojín con más fuerza, una pequeña y vacilante sonrisa asomando en mis labios.

—Supongo que no pasa nada por ver a dónde nos lleva esto.

Amelia sonrió radiante, con sus ojos azules brillando de alegría.

—¡Esa es la actitud, Bea! Solo da un paso a la vez. ¿Quién sabe? Puede que este sea el principio de algo maravilloso.

—O al menos el comienzo de algo que nos mantenga entretenidas —añadió Lydia con un guiño—. Y si Edmund te da algún quebradero de cabeza, ya sabes que estamos aquí para ponerle en su sitio.

Me reí, sintiéndome más liviana de lo que me había sentido en días.

—Gracias, chicas. No sé qué haría sin vosotras.

—Probablemente algo sensato y aburrido —bromeó Lydia, ganándose un suave manotazo de mi parte.

Mientras la conversación derivaba hacia otros temas, el calor en mi pecho permanecía, un suave resplandor que parecía infundirlo todo a mi alrededor con una nueva luz. Por primera vez en mucho tiempo, me permití creer que algo bueno podría salir de esto, algo más que otra responsabilidad o deber.

Y mientras abrazaba el cojín contra mi pecho, sintiendo la suavidad de la tela contra mi piel, no pude evitar pensar en la sonrisa de Edmund, en la forma en que sus ojos me miraron cuando dijo que quería conocerme mejor. Quizá, solo quizá, esto no era un simple juego; tal vez este fuera el inicio de algo de verdad.

Por ahora, me permitiría soñar.

9

El Peso de lo No Dicho

El jardín nunca se había sentido tan asfixiante. El aire mismo parecía más denso, cargado de recuerdos de una conversación que lo había cambiado todo. Me quedé junto a las rosas, sus colores vibrantes apagados por el peso de mis pensamientos. Aquí es donde había estado Beatrice, donde me había mirado con esos ojos grandes y confiados, sin saber lo profundamente que sus palabras habían atravesado la coraza que había construido durante tanto tiempo.

Su cabello rubio, de color miel, había captado la luz del sol aquel día, haciéndola parecer casi etérea. Siempre lo había notado, por supuesto: cómo enmarcaba su rostro, cómo contrastaba con el suave rosa de sus mejillas cuando sonreía. Y esos hoyuelos… Siempre me habían parecido encantadores, de una forma lejana, desapegada. Después de todo, para mí ella solo era la amiga de Isabella. La callada, la práctica. La que parecía contentarse con quedarse en segundo plano mientras otros tomaban el protagonismo. La respetaba por eso, pero nunca había pensado en ella más allá de esa simple relación. No hasta aquel día.

Su confesión me había tomado por sorpresa. Declaró sus sentimientos con una sinceridad que me dejó momentáneamente sin palabras. Respondí casi en piloto automático, siguiendo el juego como siempre lo hacía, no porque sintiera lo mismo, sino porque era conveniente. Su confesión me ofrecía una solución, una salida al nudo cada vez más apretado de las expectativas sociales que colgaban alrededor de mi cuello. Todo había comenzado en aquel maldito té con la Reina e Ian.

El té con la Reina siempre era un evento grandioso, más una actuación que una tarde relajada. La sala era una oda a la opulencia: hojas de oro, mármol pulido y una serie de ventanas que dejaban entrar la luz del sol como oro líquido. Mi tía, la Reina, estaba sentada a la cabecera de la mesa, tan imponente como siempre. Tenía una manera de mirarte que te hacía sentir como

si pudiera ver a través de tu alma. Junto a ella, recostado como si el lugar le perteneciera, estaba el príncipe Ian.

Ian era el más joven, el alborotador, y el que siempre parecía salirse con la suya. Con su cabello oscuro cayendo justo sobre sus ojos y esa sonrisa perpetuamente divertida, era una contradicción: mitad pícaro, mitad encantador. Tenía ese don de hacer que todo el mundo se sintiera cómodo, incluso cuando les lanzaba pullas sin piedad.

—Entonces, Edmund —dijo Ian, reclinándose en su silla y mirándome con esa insoportable sonrisa—, ¿cuándo oiremos repicar las campanas por ti?

Había sentido el peso de ambas miradas sobre mí: la expectante de la Reina y la burlona de Ian. La conversación había girado, como a menudo lo hacía, hacia cuestiones de deber y matrimonio. El duque Bastian se había casado recientemente, y ahora había rumores sobre su adorable hijo, el heredero perfecto para continuar con el apellido de la familia. La Reina me lanzó una mirada cálida pero llena de expectativas, como si estuviera deseando que tomara el mismo camino que Bastian.

Sonreí educadamente, midiendo mis palabras con cuidado.

—Estoy seguro de que llegará el momento, tía.

En verdad, no tenía intención de casarme. Ni por amor, y mucho menos para engendrar un heredero. La sola idea me revolvía el estómago. Pero no podía decir eso, por supuesto. ¿Cómo podría decirles que no deseaba heredar el título, que tenía la intención de dejar todo al hijo de Isabella, mi sobrino? Era una decisión nacida del amor y la culpa, una forma de asegurarme de que Isabella, quien se había casado sin riqueza ni título, tuviera alguna medida de seguridad.

Sin embargo, el matrimonio significaba hijos. Y los hijos complicaban los mismos planes que había puesto en marcha. Eran planes que me tenían amarrado a un sentido del deber, pero también planes que dejaban poco espacio para la felicidad personal. Así que di la respuesta que ellos querían escuchar.

—Sí, claro, encontraré una esposa, tía.

La Reina había sonreído, complacida, e Ian había soltado una carcajada, inclinándose como si fuera a impartirme una gran sabiduría.

—Bueno, primo, será mejor que te pongas las pilas. Hay muchas damas elegibles esperando llamar tu atención.

—Oh, seguro que sí —respondí con una sonrisa burlona, siguiendo el juego como siempre lo hacía—. Pero aún no he dado con una que realmente me intrigue.

Ian había reído ante eso, con un sonido ligero y despreocupado.

—Tú, mi querido Edmund, eres de lo más tiquismiquis. Tienes que dejar de pensar tanto y simplemente disfrutar de la caza.

—¿Y qué sabes tú de cazar, Ian? —le devolví, arqueando una ceja—. Si las chicas te llueven sin mover un dedo.

—Touché —dijo Ian con una sonrisa—. Pero incluso yo sé cuándo es el momento de dejar que te atrapen.

Esa conversación me había acompañado mientras caminaba por los jardines de la finca después. Las palabras rodaban por mi mente como canicas en una mesa, negándose a asentarse. Fue entonces cuando Beatrice entró en mis pensamientos. Después de todo, ella era perfecta para lo que necesitaba: discreta, confiable, alguien que no haría un escándalo por el arreglo. Podía presentarla como mi elección y así acallar las interminables preguntas.

Pero cuando Beatrice vino a mí con su confesión, fue como caído del cielo. Me había dado una excusa, una forma de escapar de la presión del matrimonio. Todo era demasiado conveniente. Su declaración lo había hecho todo más fácil, y la acepté, incluso la alenté. Todo estaba demasiado bien atado con lo que necesitaba.

Pero ahora, de pie en el mismo jardín donde habíamos hablado, sentí algo que no había anticipado: remordimientos.

La realidad de lo que había hecho—de lo que aún estaba haciendo—comenzó a pesar sobre mí. Beatrice no era solo una solución conveniente. Era una mujer con pensamientos, sentimientos, y un corazón que había sido lo suficientemente valiente como para expresar su verdad. ¿Y qué había hecho yo? La había utilizado. Y peor aún, me había permitido creer que no importaba.

Mis pensamientos fueron interrumpidos por un recuerdo, nítido y claro, de su sonrisa: esos hoyuelos, la forma en que sus ojos se iluminaban cuando hablaba de algo que le apasionaba. Ella era más de lo que jamás le había reconocido, y ahora estaba atrapado en una red que yo mismo había tejido.

Mientras caminaba de regreso a la casa, apreté los puños, clavando las uñas en las palmas. Había sido un tonto. Pensé que podía controlar esto, que podía mantener todo en su lugar. Pero Beatrice… ella se había colado entre las grietas de mi armadura, y ahora no sabía cómo arreglarlo.

10

Una Cita para Recordar (y Posiblemente Desmayarse)

Todo comenzó con una carta.

Cuando la carta llegó ayer, no esperaba gran cosa. Fue entregada con el lote habitual de correspondencia: invitaciones, avisos sociales y cuentas que hacían refunfuñar a mi padre. Pero al ver la familiar y elegante caligrafía en el sobre, mi corazón dio un pequeño salto de emoción. La letra de Edmund Fairchild era inconfundible, precisa pero cálida, como el hombre mismo.

Me retiré a mi habitación para abrirla, lejos de los ojos curiosos de mis hermanas, quienes sin duda harían un escándalo si me veían ruborizándome por un simple trozo de papel. Mis manos temblaban ligeramente mientras rompía el sello, notando el peso de la cera que indicaba la importancia de sus palabras.

Señora *Beatrice*,

Espero que esta carta la encuentre bien. He estado reflexionando sobre nuestras recientes conversaciones y me siento cada vez más ansioso por pasar más tiempo en su compañía. Con ese fin, sería un honor si me permitiera acompañarla en una salida mañana por la tarde.

Tengo en mente un lugar en particular, uno que espero encuentre tan encantador como yo. Es un sitio donde podríamos hablar con mayor libertad, lejos de las miradas curiosas de la sociedad. Le aseguro que el entorno será sereno y privado, lo que nos permitirá conocernos mejor.

Si está de acuerdo, pasaré a buscarla a las dos en punto. Por favor, no se sienta obligada a aceptar, pero sepa que su compañía sería muy apreciada.

Sinceramente suyo,

Edmund Fairchild.

Las palabras me provocaron un escalofrío, una mezcla de emoción y aprensión. Esto no era una simple visita social; era Edmund extendiendo una invitación que se sentía íntima y significativa. Quería conocerme mejor, pasar tiempo conmigo lejos de las miradas del *ton*. La idea me puso nerviosa, pero también me llenó de calidez al pensar en pasar una tarde en su compañía.

Mi decisión estaba más que clara en cuanto terminé de leer. Aceptaría.

Pero, por supuesto, mi aceptación trajo consigo un nuevo desafío: prepararme para esta inesperada cita. Y así fue como me encontré, a la mañana siguiente, rodeada de mis tres hermanas menores, cada una más emocionada que la otra por ayudarme a estar perfecta.

—Todavía no puedo creerlo —dijo Lydia por décima vez mientras revisaba mi armario—. ¡Edmund Fairchild te ha invitado a una cita! ¡Y no una cita cualquiera, sino una privada!

—Prácticamente te está tirando los tejos, Bea —añadió Amelia, su voz llena de emoción mientras se ocupaba de mi cabello—. Tienes que estar impecable.

Suspiré, aunque no pude evitar sonreír.

—Es solo una salida. No es como si me hubiera propuesto matrimonio, Amelia.

—Todavía no, al menos —bromeó Lydia, sosteniendo un vestido azul pálido con una sonrisa satisfecha—. Este. Sencillo pero elegante, ideal para una salida diurna con un caballero.

Charlotte, siempre la voz de la razón, levantó la vista de su libro y asintió en señal de aprobación.

—Te queda bien, Bea. Ese azul hará que resalten tus ojos.

Me dejé vestir, sabiendo que no tenía sentido discutir con ellas. Sabían lo que hacían: quería verme lo mejor posible, aunque fingiera lo contrario. Mis hermanas trabajaron en sincronía, cada una aportando su talento único: la habilidad de Amelia con el cabello, el buen ojo para la moda de Lydia, y la presencia calmante de Charlotte.

Amelia recogió mi cabello en un moño suelto y elegante, dejando caer algunos mechones alrededor de mi rostro. Lydia alisó el vestido azul sobre mis hombros, ajustando el encaje y asegurándose de que todo estuviera en su sitio. Charlotte añadió el toque final: un delicado collar con un colgante que había pertenecido a nuestra madre.

—Listo —dijo Amelia, dando un paso atrás para admirar su obra—. Estás guapísima, Bea.

Me volví hacia el espejo, y el reflejo que me devolvió la mirada era casi irreconocible. Me veía… bueno, me veía como una dama lista para una cita. El azul del vestido realzaba mi figura, y mi cabello, peinado con elegancia, parecía perfecto sin esfuerzo. No pude evitar sonreír, aunque un rubor comenzó a subir por mis mejillas.

—Gracias —dije, abrazando a cada una de ellas con gratitud—. No sé qué haría sin vosotras.

Lydia sonrió, con un brillo travieso en los ojos.

—Probablemente salir vestida de institutriz.

Antes de que pudiera responder, el sonido del timbre resonó en toda la casa, y mi corazón dio un vuelco.

—Debe de ser él —susurré, sintiendo de repente el peso de lo que estaba a punto de suceder.

Charlotte me apretó la mano, con una sonrisa tranquila.

—Tranquila, Bea. Solo sé tú misma.

Con una respiración profunda, bajé las escaleras, cada paso sintiéndose a la vez demasiado rápido y demasiado lento. Cuando llegué al vestíbulo, allí estaba él: Edmund Fairchild, de pie, alto y compuesto, luciendo impecable como siempre. Su pelo oscuro perfectamente peinado, y su abrigo resaltando su elegancia y porte.

Tan pronto como nuestras miradas se cruzaron, me sonrió con una calidez que me desarmó por completo.

—Señora Beatrice —me saludó, su voz suave como terciopelo—. Estás encantadora.

—Gracias —logré responder, con una voz que sonaba mucho más firme de lo que me sentía —. Es muy amable por su parte.

Me ofreció su brazo, y lo tomé, sintiendo un ligero cosquilleo de emoción por el contacto.

—¿Nos vamos? —preguntó, con un tono invitante.

Asentí, dejándome guiar fuera de la casa hacia el carruaje que nos esperaba. El lacayo sostuvo la puerta abierta, y Edmund me ayudó a subir antes de acomodarse a mi lado. Mientras el carruaje se alejaba de mi hogar, me di cuenta de que aún no tenía idea de adónde íbamos.

—¿A dónde nos dirigimos? —pregunté, tratando de disimular mi creciente curiosidad.

—Es una sorpresa —respondió Edmund, con un destello de diversión en sus ojos—. Pero te prometo que te va a encantar.

Sus palabras me tranquilizaron, pero la anticipación seguía creciendo a medida que el carruaje recorría las bulliciosas calles de Londres, dejando eventualmente atrás el ruido de la ciudad. La conversación fluía con naturalidad entre nosotros, ligera, sin las complicaciones que inicialmente nos habían reunido. Hablamos de libros, de música, de las últimas noticias, y por un momento, sentí como si el mundo fuera del carruaje no existiera.

Después de un rato, el carruaje se detuvo, y cuando Edmund me ayudó a bajar, me encontré frente a una encantadora casita de té, situada al borde de un pintoresco jardín que parecía sacado de un cuento de hadas.

—Este es uno de mis lugares favoritos —dijo Edmund, con una sonrisa que denotaba cariño por el lugar—. Pensé que te gustaría.

La casita de té era tan acogedora como el jardín exterior: íntima, con cálidos tonos de madera, delicada porcelana en los estantes, y el suave murmullo de las conversaciones de unos pocos clientes. Nos condujeron a un rincón privado junto a una ventana que daba al jardín, con la luz del sol bañando nuestra mesa.

Mientras nos sentábamos, no pude evitar sentir una mezcla de emoción y nervios. Esto no era solo una salida cualquiera; sentía que era el comienzo de algo, aunque no sabía exactamente de qué. Edmund pareció notar mi vacilación, y tomó mi mano, su toque suave pero seguro.

—Me alegra que hayas aceptado mi invitación, Beatrice —dijo, su voz baja y sincera—. Quería pasar tiempo contigo, conocerte mejor. Lo que dije en la carta era verdad.

Le sostuve la mirada, con el corazón latiendo con fuerza.

—Me alegra haber aceptado también, Su Excelencia. Esto… todo esto es muy nuevo para mí.

Su sonrisa fue reconfortante, su pulgar acariciando suavemente el dorso de mi mano.

—Podemos tomarnos las cosas con calma. Quiero saber quién eres, no solo como la amiga de Isabella, sino como tú misma.

Sus palabras me provocaron un escalofrío, una mezcla de esperanza y miedo. Nunca había esperado esto, nunca había imaginado que Edmund Fairchild quisiera conocerme de esta manera. Pero al mirarlo a los ojos, viendo la sinceridad en ellos, me descubrí queriendo lo mismo.

—Gracias —susurré, apretando suavemente su mano—. Eso significa mucho para mí.

Pasamos el resto de la tarde en esa acogedora casita de té, las horas se deslizaban mientras hablábamos y reíamos, compartiendo historias y aprendiendo más el uno del otro. Todo era tan natural, tan cómodo, y sin embargo, había una corriente subyacente de algo más profundo, algo que hacía que mi corazón latiera más rápido con cada mirada, con cada sonrisa.

Cuando el sol comenzó a descender, bañando el jardín con un resplandor dorado, me di cuenta de que no había pensado ni una sola vez en las presiones de mi familia ni en las expectativas de la sociedad. Todo lo que importaba era el aquí y ahora, el sonido de la voz de Edmund, la forma en que me hacía sentir como si fuera la única persona en el mundo.

Cuando llegó la hora de partir, Edmund me ayudó a subir nuevamente al carruaje, y viajamos en un cómodo silencio de vuelta a mi hogar. Al detenerse frente a la mansión Whitford, Edmund se volvió hacia mí, con una expresión llena de sinceridad.

—He disfrutado mucho el día de hoy, señora Beatrice —dijo, con una voz cálida y genuina —. Espero que podamos repetirlo pronto.

—Me encantaría —respondí, sonriéndole con el corazón ligero—. Gracias por hoy, Su Excelencia. Fue… perfecto.

Tomó mi mano con delicadeza y presionó un suave beso en el dorso, un gesto sencillo, pero cargado de promesas.

—Hasta la próxima, entonces.

Cuando bajé del carruaje y lo vi alejarse, mi corazón se sentía ligero, casi eufórico. No recordaba la última vez que me había sentido así: tan esperanzada, tan llena de posibilidades.

Al entrar en la casa, me encontré tarareando sin darme cuenta, una sonrisa asomando en mis labios. Quizás, solo quizás, esto era el comienzo de algo verdaderamente maravilloso. Y por primera vez, me permití soñar con lo que podría ser, sin la carga de lo que debía ser.

11

Sueños del Mañana

La mañana de nuestro picnic amaneció clara como el agua, con un cielo de un azul brillante que prometía un día redondo. Mientras me preparaba para mi salida con Edmund, me sorprendí sonriendo al recordar la última vez que estuvimos juntos: la casa de té, la conversación, la forma en que sostuvo mi mano con tanta ternura. Sin embargo, hoy sería diferente. Hoy, Isabella y su hijo de ocho meses, Henry, se unirían a nosotros.

La idea de pasar tiempo con ellos me llenaba de emoción, pero también me ponía un poco nerviosa. Siempre había adorado a Isabella, pero ahora que veía a Edmund bajo una nueva luz, no podía evitar preocuparme por lo que ella pudiera pensar de nuestra creciente cercanía. ¿Lo aprobaría o se pondría en modo protectora con su hermano?

Para cuando Edmund llegó a recogerme, tenía los nervios a flor de piel, y tuve que recordarme que debía respirar. Me saludó con esa cálida y tranquilizadora sonrisa suya, y sentí que la tensión se desinflaba, aunque solo un poco. El trayecto hacia el campo fue agradable, lleno de conversaciones ligeras y silencios cómodos. Cuando llegamos al lugar del picnic—un prado verde y exuberante rodeado de árboles—vi que Isabella ya estaba allí, extendiendo la manta con el pequeño Henry sentado cerca.

Isabella levantó la vista cuando nos acercamos, su rostro iluminándose con una sonrisa.

—¡Beatrice! ¡Edmund! Menos mal, ya pensaba que os habíais perdido!

—Por supuesto —respondió Edmund, con tono cariñoso mientras saludaba a su hermana. Se agachó para levantar a Henry, quien soltó una risita y extendió sus manos regordetas hacia su tío —. ¿Y cómo está hoy el más guapo de la familia?

Henry balbuceó en respuesta, con sus ojos brillantes fijos en Edmund con adoración. Verlos juntos—un tío amoroso y su sobrino devoto—hizo que algo cálido floreciera en mi pecho. Mientras Edmund sostenía a Henry, con su vínculo evidente en la manera tan natural en que

interactuaban, no pude evitar imaginar cómo sería si fuera nuestro hijo el que sostuviera. El pensamiento me provocó una oleada de calidez, junto con un toque de anhelo que no esperaba.

—Vamos, sentémonos ya —nos instó Isabella, dándole unas palmaditas a la manta—. He traído algunos de tus sándwiches favoritos, Bea. Y un poco de algo extra para Henry, por supuesto.

Me acomodé en la manta junto a Isabella, observando cómo Edmund se sentaba en el suelo con cuidado, aún con Henry en brazos. El pequeño soltó un chillido de alegría, claramente disfrutando de la atención. Mi corazón dio un vuelco al verlos juntos, y me encontré imaginando un futuro en el que Edmund y yo compartiéramos momentos como este con nuestros propios hijos—donde él sería el padre amoroso y atento que ya podía ver en él.

Mientras disfrutábamos de nuestra comida, Henry se robaba el show, balbuceando felizmente mientras jugaba con los juguetes suaves que Isabella había traído. Gateaba por la manta, regresando de vez en cuando al regazo de Edmund, como buscando seguridad, y cada vez, Edmund lo recibía con una sonrisa tierna. No podía apartar los ojos de ellos, embelesada por la manera en que el rostro de Edmund se llenaba de dulzura cada vez que Henry estaba cerca.

—¿No es el más dulce? —dijo Isabella, su voz llena de orgullo maternal—. Adora a Edmund. Son prácticamente inseparables cuando están juntos.

—Ya lo veo —respondí, con la voz suave de admiración—. Hacen un equipo perfecto.

Edmund levantó la vista hacia mí, captando el tono nostálgico en mi voz, y nuestras miradas se cruzaron por un breve, pero intenso momento. Había algo no dicho en esa mirada, algo que hizo que mi corazón se saltara un latido.

Al cabo de un rato, Isabella se levantó, estirando los brazos.

—Creo que es hora de dar un pequeño paseo, ¿no crees, Henry? Vamos, demos a tu tío y a Beatrice un momento para tomar un respiro.

Levantó a Henry del regazo de Edmund, acunándolo mientras comenzaba a caminar hacia el borde del prado. Los observé alejarse, con una repentina punzada de nerviosismo atravesándome. Ahora que estábamos solos, me encontré preocupándome una vez más por lo que Isabella podría pensar de mi relación con su hermano.

—¿Tú crees que le sentará mal? —pregunté, con la voz apenas por encima de un susurro.

Edmund me miró, con el ceño fruncido, claramente confundido.

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a… nosotros. A que los dos pasemos tiempo juntos —dije, echando un vistazo hacia Isabella, quien ahora señalaba algo en los árboles a Henry—. ¿Crees que le parezca mal?

Una pequeña sonrisa apareció en la comisura de los labios de Edmund.

—¿Te preocupa lo que piense Isabella?

—Por supuesto que sí —admití, mordiéndome el labio, nerviosa—. Es tu hermana, y no quiero que piense… bueno, que me estoy aprovechando de nuestra amistad.

Edmund soltó una suave risa, ese tipo de risa cálida y tranquilizadora.

—Beatrice, si acaso, Isabella estará encantada de la vida. Lleva años insistiendo en que encuentre a alguien que me haga feliz. Estoy seguro de que le haría una ilusión tremenda vernos juntos.

—¿De verdad lo crees? —pregunté, todavía con cierta inseguridad.

—Seguro —respondió, tomando mi mano y dándole un suave apretón—. Pero si te sigue preocupando, ¿por qué no se lo preguntas tú misma?

Lo miré sorprendida.

—¿Crees que debería?

—Por supuesto —dijo, con un destello travieso en sus ojos—. Isabella nunca se guarda lo que piensa. Si tiene algo que decir, te lo dirá sin rodeos.

Solté una risa, sabiendo lo cierto que era. Aun así, la idea de hablar con Isabella sobre esto hizo que mi estómago se revolviera de ansiedad. Pero sabía que si no lo preguntaba, nunca me sentiría realmente tranquila. Así que, con una respiración profunda, me levanté y me acerqué a donde estaba Isabella con Henry.

—Isabella —comencé, con la voz un poco temblorosa—, ¿puedo hablar contigo un momento?

Ella se volvió hacia mí con una sonrisa, cambiando a Henry de cadera.

—Claro, Bea. ¿Qué tienes en mente?

Dudé, intentando encontrar las palabras correctas.

—Es solo que… bueno, quería asegurarme de que te parece bien que pase tiempo con Edmund. Sé que es tu hermano, y no quisiera hacer nada que pudiera molestarte.

Isabella parpadeó sorprendida y luego, para mi total asombro, se echó a reír, con una risa luminosa y contagiosa que me quitó el peso de encima.

—Ay, Bea, no tienes de qué preocuparte. Al contrario, estoy encantada.

—¿De verdad? —pregunté, aún un poco insegura.

—Por supuesto —dijo, con un tono cálido y sincero—. Siempre te he tenido en alta estima, y no se me ocurre nadie mejor para Edmund. Puede ser un cabezota y un poco apegado a sus rutinas, pero creo que eres exactamente lo que necesita.

Sentí cómo el rubor subía a mis mejillas ante sus amables palabras.

—¿De verdad lo crees?

—Estoy convencida —respondió Isabella con una sonrisa—. Edmund puede ser complicado a veces, pero es un buen hombre. Solo necesita a alguien que lo entienda, que vea más allá de su fachada de gruñón y llegue al corazón que hay debajo.

Miré de reojo a Edmund, quien nos observaba con una sonrisa divertida.

—Lo veo —admití en voz baja—. Es… es maravilloso.

—Y tú también lo eres —dijo Isabella, extendiendo la mano para tomar la mía—. No dudes de ti misma, Bea. Mereces ser feliz tanto como él. Y si esa felicidad es juntos, no podría estar más contenta.

Sus palabras me llenaron de una calidez que disipó las últimas de mis dudas.

—Gracias, Isabella. No sabes cuánto significa esto para mí.

Isabella sonrió, dándome un apretón de manos tranquilizador antes de volver su atención a Henry.

—Bueno, vamos a devolverle a este pequeño a su tío. Parece que ya lo echa de menos.

Mientras nos dirigíamos de vuelta a la manta, no pude evitar sentir una sensación de paz apoderarse de mí. Había estado tan preocupada por lo que podría pensar Isabella, pero ahora sabía que estaba de nuestro lado. Y eso lo cambiaba todo.

Cuando llegamos a la manta, Edmund levantó la vista hacia nosotras, con los ojos cálidos y llenos de preguntas.

—¿Todo bien?

—Todo de maravilla —respondí con una sonrisa, volviendo a sentarme a su lado.

Isabella colocó a Henry de nuevo en el regazo de Edmund, donde el pequeño comenzó inmediatamente a balbucear y a jugar con los dedos de su tío. Mientras los observaba juntos, una visión del futuro cruzó por mi mente: una donde Edmund sostenía a nuestro propio hijo, donde construíamos una vida juntos llena de amor y risas.

Y por primera vez, me permití creer de verdad que eso podía suceder.

12

Las Ondas del Romance

El viaje de regreso del picnic estuvo lleno de una cálida y apacible satisfacción. Edmund sostuvo mi mano durante todo el trayecto, su pulgar acariciando suavemente mis nudillos con un ritmo que me resultaba tremendamente reconfortante. Mis pensamientos iban y venían, flotando entre los recuerdos del día: las palabras amables de Isabella, cómo Henry se acurrucaba tan cómodo en los brazos de Edmund, y esas sonrisas suaves que me lanzaba cuando pensaba que no lo estaba mirando. Todo parecía un sueño, un día perfecto que quería guardar en mi memoria para siempre.

Sin embargo, a medida que el carruaje se acercaba a la finca Whitford, la realidad empezó a asomar en mi cabeza, acompañada de un leve nerviosismo. ¿Qué diría mi familia? Mi madre siempre había sido rápida en recordarme mis deberes hacia la familia, sobre todo en lo que respecta al matrimonio. Mis hermanas, aunque siempre me apoyaban, seguro que tendrían sus propias opiniones sobre mi relación con Edmund. Solo podía esperar que la salida de hoy fuera bien recibida.

Cuando el carruaje se detuvo frente a casa, Edmund se giró hacia mí con una expresión suave.

—Beatrice, hoy ha sido un día maravilloso.

—Yo también lo he pasado genial —respondí, con la voz apenas por encima de un susurro —. Gracias por invitarme.

Llevó mi mano a sus labios y presionó un beso suave en el dorso.

—Ya estoy deseando que llegue nuestra próxima cita.

Sentí cómo el rubor me subía hasta las mejillas mientras le sonreía.

—Yo también.

Con una última mirada, prolongada y dulce, Edmund me ayudó a bajar del carruaje, y me

dirigí a la puerta principal, con el corazón aún ligero y flotante por todo lo que había ocurrido durante el día. Al entrar en la casa, no tuve ni un segundo de respiro antes de que me recibieran con una oleada de entusiasmo.

—¡Ahí estás, Bea! —La voz de Lydia resonó desde el salón, y antes de que pudiera soltar mi bolso, ya corría hacia mí con una sonrisa de oreja a oreja—. ¡Nunca adivinarás lo que ha pasado!

Parpadeé, sorprendida por su entusiasmo.

—¿Qué ha pasado?

Amelia apareció en la puerta, con una expresión radiante.

—¡Cartas, Bea! Hemos recibido cartas de invitación, ¡a montones! Tés, picnics, ¡hasta un baile!

—¿De verdad? —pregunté, atónita—. ¡Eso es genial, Amelia!

—Todo gracias a ti —añadió Lydia, con los ojos brillando—. Desde que se ha corrido la voz de que tú y el señor Fairchild estáis pasando tiempo juntos, la gente se ha volcado en invitarnos a sus eventos.

Amelia asintió emocionada, con su cabello dorado rebotando al compás.

—¡Incluso me ha escrito el Señor Pembroke, pidiéndome que lo acompañe al baile de la semana que viene! ¿Te lo puedes creer?

Sentí una oleada de alivio y felicidad. Durante tanto tiempo, me había preocupado por el futuro de mis hermanas, sabiendo que el estatus disminuido de nuestra familia dificultaba que recibieran la atención que merecían. Pero ahora, parecía que mi relación con Edmund había puesto a toda la familia bajo una luz más favorable, y mis hermanas finalmente estaban recibiendo la atención que tanto se merecían.

—Es una noticia fantástica —dije, sonriendo a ambas—. Me alegro muchísimo por ti, Amelia. Y Lydia, estoy segura de que pronto tendrás a más de un pretendiente tocando a nuestra puerta.

Lydia rió, con los ojos chispeantes.

—Oh, no tengo prisa, Bea. Estoy más interesada en ver qué pasa entre tú y el señor Fairchild.

Sentí cómo mis mejillas volvían a encenderse al mencionar a Edmund, pero no pude evitar que una sonrisa se dibujara en mi rostro.

—Aún queda mucho por delante, Lydia. Pero… tengo grandes esperanzas.

La expresión de Amelia se suavizó, y extendió la mano para tomar la mía.

—Se te nota, Bea. Estas últimas semanas te hemos visto mucho más contenta. Y después de hoy… está claro que al señor Fairchild le importas, y mucho.

Miré nuestras manos entrelazadas, con el corazón hinchado de emoción.

—Creo… creo que yo también empiezo a sentir algo por él. Más de lo que habría imaginado.

—Eso es lo único que queremos para ti —dijo Amelia con suavidad—. Que seas feliz.

—Gracias —susurré, apretando su mano—. Me hace muy feliz saber que cuento con vuestro apoyo.

Lydia soltó un suspiro dramático, dejándose caer en el sofá con una sonrisa traviesa.

—Bueno, creo que es seguro decir que si tú y el señor Fairchild acaban juntos, nosotras no vamos a dar abasto con tanto pretendiente.

Amelia soltó una risita, y yo tampoco pude evitar reír ante la exageración de Lydia.

—No sé si tanto como "inundadas" —dije, riendo—, pero sí espero que esto traiga días más felices para todas nosotras.

—Ya va siendo hora, después de todo lo que hemos pasado —dijo Amelia, bajando un poco el tono—. Y tú, Bea… te mereces ser feliz.

Les sonreí a ambas, sintiendo cómo el peso de los últimos años empezaba por fin a desaparecer de mis hombros.

—Creo… creo que por fin empiezo a serlo.

La charla continuó con ligereza, y mientras hablábamos y reíamos, me di cuenta de cuánto había cambiado en tan poco tiempo. Esa carga de responsabilidad que había llevado durante tanto tiempo empezaba a disiparse con cada palabra, dejando paso a una esperanza que florecía poco a poco. Esperanza para mis hermanas, para mi familia y para el futuro que ahora podía imaginar a mi lado junto a Edmund.

Cuando la conversación empezó a decaer, me levanté y me estiré, sintiendo una calidez instalarse en mi pecho.

—Creo que me subiré un rato a mi cuarto —dije, echando un vistazo hacia la escalera—. Me vendría bien un poco de tiempo para mí.

Amelia asintió con una sonrisa comprensiva.

—Tómate todo el tiempo que necesites, Bea. Te lo tienes más que merecido.

Les dediqué una sonrisa agradecida antes de subir a mi habitación. Al entrar en mi espacio familiar, una sensación de paz me invadió. Me acerqué a la ventana, mirando el jardín en el que tantas veces me había perdido en mis pensamientos, y dejé que mi mente volara hacia el futuro.

En mi mente, me vi junto a Edmund, no solo como compañeros, sino como una verdadera pareja en todos los sentidos. Nos imaginé construyendo una vida juntos, llena de amor, risas y el sonido de pequeños pasos corriendo por la casa. Vi un futuro donde mis hermanas estaban

felizmente asentadas, donde mis padres podían descansar tranquilos, sabiendo que el futuro de nuestra familia estaba asegurado.

Y, sobre todo, vi un futuro donde yo podía ser verdaderamente feliz, donde por fin me permitía amar y ser amada de vuelta.

A medida que el sol comenzaba a ponerse, bañando el paisaje con esa luz dorada y cálida, sentí una profunda sensación de paz inundarme. Fuera lo que fuera lo que nos deparara el destino, sabía que, con Edmund a mi lado, podría enfrentarlo.

Por primera vez en mucho tiempo, me permití soñar, no solo con lo que podía ser, sino con lo que *sería*: un futuro lleno de esperanza, amor y posibilidades infinitas.

13

Una Verdad a Medias

Mientras el carruaje volvía a la finca, mis pensamientos eran pesados, a pesar de lo ligero que había sido el ambiente del picnic. Beatrice había sido la imagen misma de la calidez y la bondad durante toda la tarde, y verla con Henry había despertado algo en mí, una sensación de anhelo que nunca me había permitido reconocer antes. Pero ese sentimiento pronto se desvaneció bajo el peso de la realidad, una realidad que, sin duda, Isabella, con su aguda percepción, también había notado.

De vuelta en la finca, mientras Henry dormía plácidamente en los brazos de Isabella, nos acomodamos en el salón. El sol de la tarde entraba por las ventanas, bañando la habitación con un cálido resplandor dorado, pero mis pensamientos estaban lejos de ser tan luminosos. Beatrice se había excusado para refrescarse, dejándonos a Isabella y a mí solos. Sabía que este momento llegaría: la inevitable charla sobre Beatrice, sobre lo que había ocurrido entre nosotros y las profundas implicaciones que no podía explicarle del todo a mi hermana.

Isabella me miró, con el ceño ligeramente fruncido mientras mecía suavemente a Henry en sus brazos.

—Entonces, Edmund —comenzó, con ese tono casual pero cargado de curiosidad que ella sabe usar—, parece que tú y Beatrice os lleváis bastante bien, ¿no?

Asentí, sintiendo el peso de su mirada fija en mí.

—Sí, así es. Ella es… es alguien muy especial.

—Vaya que lo es —coincidió Isabella, con una pequeña sonrisa asomando en sus labios—. Sabes, siempre he pensado muy bien de Beatrice. Es una buena amiga y una gran persona, aunque su familia no sea precisamente rica. Pero supongo que eso no debería importar, ¿no?

Pude notar el tono de broma en su voz, pero también había una seriedad subyacente. Isabella me conocía demasiado bien. Sabía que no era de esos hombres que coquetean sin pensar en las

consecuencias. Pero, ¿cómo podía explicarle la verdadera magnitud de mis dudas sin contarle todo?

Decidí comenzar por lo más sencillo: los hechos que habían desencadenado esta situación.

—Isabella, ¿te acuerdas de los juegos en el salón de la duquesa Abernathy? —pregunté, tratando de llevar la conversación hacia un terreno más fácil de manejar.

El ceño de Isabella se profundizó un poco mientras lo recordaba.

—Por supuesto que lo recuerdo. ¿Cómo olvidarlo? Esos juegos eran más para humillar que para divertir. ¿Por qué lo mencionas?

—Bueno —empecé, eligiendo bien las palabras—, Beatrice se vio atrapada en uno de esos juegos recientemente. Fue uno de esos absurdos juegos de “El Susurro de Cupido”.

Los ojos de Isabella se abrieron un poco más, su expresión se volvió más alerta.

—Oh, no, no ese juego otra vez. Es peligroso, Edmund. La gente cree que es inocente, pero puede destrozar vidas.

Asentí, sintiendo la gravedad de lo que decía.

—Exactamente. Y Beatrice… le tocó la papeleta que la obligaba a confesar su amor a alguien que pensara que la rechazaría. Y me eligió a mí.

Los labios de Isabella se entreabrieron por la sorpresa, y luego su expresión cambió a una comprensión más profunda.

—Así que de ahí viene todo.

—Sí —admití, soltando un suspiro largo—. No quería humillarla, Isabella. He visto lo que pueden hacer esos juegos. No quería ser responsable de otro escándalo, de otra tragedia.

El rostro de Isabella se tornó sombrío, y echó un vistazo a Henry, que se movía levemente en sus brazos.

—¿Como lo que me pasó a mí?

Hice una mueca internamente, odiando tener que sacar a relucir recuerdos tan dolorosos, pero era inevitable.

—Sí. Como lo que te pasó a ti. Lo último que quería era que Beatrice tuviera que pasar por algo similar.

Una pequeña sonrisa, teñida de tristeza, apareció en los labios de Isabella.

—Sabes, cuando bromeé anunciando que estaba embarazada, no tenía ni idea de que en realidad lo estaba. El impacto de descubrirlo cambió todo.

Asentí, recordando claramente el caos que siguió, cómo el ton se llenó de rumores, y cómo casi destruyó la reputación de Isabella.

—No quería que la historia se repitiera, Isabella. Por eso no rechacé la declaración de Beatrice. No quería herirla.

Isabella me observó en silencio durante un buen rato, como si estuviera sopesando mis palabras. Luego, para mi sorpresa, soltó una suave carcajada, sacudiendo la cabeza.

—Edmund, siempre tan noble. Siempre pensando en los demás, tratando de proteger a todo el mundo. Pero dime la verdad: ¿aceptaste la declaración de Beatrice solo para evitar un escándalo, o hay algo más?

Sentí cómo mi rostro se calentaba bajo su escrutinio, y no pude sostenerle la mirada.

—No es tan simple, Isabella. Es más complicado de lo que parece.

Isabella me interrumpió con suavidad.

—Edmund, no tienes que contármelo todo. Sé que hay cosas que no puedes compartir conmigo. Pero dime una cosa: ¿te importa Beatrice?

Su franqueza me pilló por sorpresa, y me encontré buscando las palabras adecuadas.

—Yo… no lo sé —confesé—. No esperaba esto, nada de esto. Beatrice se suponía que solo sería la amiga de Isabella, alguien a quien respetaba y admiraba desde la distancia. Pero ahora… ahora no estoy tan seguro.

Los ojos de Isabella se suavizaron, y acomodó a Henry en sus brazos, inclinándose un poco hacia adelante.

—No pasa nada por no estar seguro, Edmund. Está bien tomarse su tiempo para aclarar las cosas. Pero si ella te importa, aunque sea un poco, no la apartes. Beatrice es una buena mujer. Es amable, inteligente y te aprecia de verdad. Y seamos sinceros, podrías hacerlo mil veces peor.

Solté una pequeña risa, a pesar del nudo en mi pecho.

—Siempre tienes esa habilidad de simplificarlo todo, Isabella.

—Alguien tiene que hacerlo, ¿no? —respondió con una sonrisa—. Siempre te lías más de la cuenta.

Negué con la cabeza, aunque sus palabras me trajeron algo de consuelo.

—Es solo que… hay mucho más en juego. Tengo responsabilidades, planes que ya he trazado, y casarme con Beatrice… lo cambia todo.

Isabella arqueó una ceja, con una expresión curiosa.

—¿Qué planes?

Dudé, sabiendo que no podía revelarle toda la verdad. ¿Cómo explicarle que nunca había tenido intención de casarme, que quería dejarle todo a Henry, su hijo? Le partiría el corazón

saber que estaba dispuesto a sacrificar mi propia felicidad con tal de que ella y su hijo estuvieran bien. Así que, en lugar de eso, di un rodeo.

—Solo… planes para el futuro. Cosas en las que he estado trabajando desde hace años.

La mirada de Isabella seguía siendo inquisitiva, pero no insistió. En lugar de eso, sonrió, con ese brillo de comprensión que solo ella tiene.

—Edmund, sea lo que sea que estés planeando, estoy segura de que encontrarás la manera de solucionarlo. Pero no permitas que esos planes te nublen la vista ante lo que tienes delante de las narices. Beatrice es una mujer maravillosa, y si la dejas escapar por estar tan concentrado en tus esquemas, te vas a arrepentir.

Sus palabras me golpearon más de lo que esperaba, y por un momento, me quedé sin saber qué decir. ¿Podría tener razón? ¿Había estado tan absorto en mis propios planes, en mi necesidad de controlar el futuro, que había pasado por alto lo que tenía justo delante?

Beatrice encajaba a la perfección en mis planes. Tiene tres hermanas menores y la situación de su familia no es precisamente buena. Me aproveché de eso. Al principio todo era claro para mí, pero últimamente, de alguna manera, ya no se siente bien.

Antes de que pudiera responder, Henry comenzó a moverse en los brazos de Isabella, soltando un pequeño gemido adormilado. Isabella le sonrió, balanceándolo suavemente de un lado a otro.

—Parece que alguien tiene sueño. Debería llevarlo arriba para que duerma un poco.

Asentí, con la cabeza aún dándole vueltas a todo lo que habíamos hablado.

—Sí, claro.

Isabella se levantó, acunando a Henry mientras se dirigía hacia la puerta. Pero antes de salir, se detuvo y me miró, con una expresión suave.

—Edmund, solo piensa en lo que te he dicho. No dejes que el miedo te aleje de algo que podría hacerte realmente feliz.

La vi salir, el peso de sus palabras cayendo sobre mí como una losa. Mientras me quedaba solo en el salón, con los ecos de nuestra conversación retumbando en mi cabeza, me di cuenta de que había llegado a un cruce de caminos. Mis responsabilidades, mis planes… siempre habían sido los que guiaban cada una de mis decisiones. Pero ahora, por primera vez, me enfrentaba a una elección que no solo tenía que ver con el deber. Era algo mucho más personal, algo que tenía que ver con mi corazón y con mi futuro.

Y cuanto más lo pensaba, más claro me quedaba que quizás, solo quizás, Beatrice era la única cosa para la que no había planeado… pero que más necesitaba.

14

Una Propuesta con Otro Nombre

El suave tintineo de la loza llenaba el aire mientras servía té para Beatrice, con la luz dorada de la tarde bañando la mesa entre los dos. Estábamos en el jardín de la finca familiar, rodeados de setos perfectamente recortados y el susurro tranquilo de las hojas al viento. Se había vuelto una especie de rutina—estas tardes tranquilas juntos. Cada encuentro se volvía menos formal, más cómodo, pero con cada minuto que pasaba, la atracción entre nosotros crecía más palpable.

Hoy, sin embargo, se respiraba una energía distinta en el ambiente. Beatrice estaba sentada frente a mí, sus ojos mantenían los míos por más tiempo del habitual, y sus manos descansaban suavemente en el borde de la mesa, como si estuviera preparándose para decir algo importante.

Le pasé la taza de té, y nuestros dedos se rozaron brevemente—una cosa tan pequeña, pero que envió una corriente de emoción a través de mí, como si algo más profundo se hubiera transmitido en ese toque. Sus labios esbozaron una sonrisa, de esas que llegaban hasta sus ojos, y me encontré conteniendo el aliento, esperando lo que fuera a decir.

—Gracias —dijo en voz baja, aunque pude detectar un leve nerviosismo bajo su tono. Dio un pequeño sorbo de té y dejó la taza sobre la mesa antes de mirarme de nuevo, sus ojos llenos de algo que aún no se atrevía a expresar—. Edmund… he estado pensando.

—¿Pensando? —pregunté, inclinándome un poco hacia adelante, con la curiosidad ya despertada—. ¿En qué?

Beatrice dudó un momento, mordiéndose el labio antes de hablar.

—En nosotros. En lo que estamos haciendo… hacia dónde va esto.

Sus palabras flotaron en el aire, y por un momento me quedé inmóvil, sin saber qué decir. Lo había mencionado—el tema que ambos habíamos estado evitando durante semanas. La intimidad silenciosa de nuestros encuentros, la manera en que nuestras conversaciones se hacían cada vez

más personales, más profundas… todo nos había traído hasta aquí, ¿verdad? Sabía que este momento llegaría, pero ahora que estaba frente a mí, pesaba más de lo que esperaba.

Me recosté en la silla, observándola detenidamente.

—¿Y a dónde quieres que vaya?

Beatrice desvió la mirada por un segundo, sus dedos trazando el borde delicado de la taza de té.

—Quiero estar contigo, Edmund —dijo suavemente, volviendo a mirarme con los ojos llenos de vulnerabilidad y decisión—. Pero necesito saber si tú sientes lo mismo. No… no puedo seguir fingiendo que esto es solo un flirteo pasajero. Yo no estoy jugando.

Ahí estaba—su corazón expuesto ante mí, y me di cuenta de que había estado esperando que lo dijera. Lo había sentido desde hacía tiempo, la forma en que me miraba, cómo permanecía cerca durante nuestros paseos, sus sonrisas suaves cuando nuestras manos se rozaban. No era ajeno a la atracción entre nosotros, pero había dudado, sin saber muy bien cómo seguir adelante.

Y, sin embargo, al verla así—sincera, abierta, esperanzada—sentí que algo en mi interior cambiaba. Extendí la mano sobre la mesa, tomando la suya, y mi pulgar acarició suavemente el dorso de su mano.

—Beatrice —comencé, con la voz más baja, más suave de lo que pretendía—, siento lo mismo. He querido decírtelo desde hace tiempo.

Su respiración se detuvo, y vi un destello de alivio en sus ojos.

—¿De verdad?

Asentí, sin apartar la mirada de la suya.

—Sí. Me he encariñado contigo más de lo que esperaba.

Mi pulgar continuaba acariciando su piel, y la sentí relajarse bajo mi toque, sus dedos curvándose ligeramente en respuesta.

—Pero…

Su ceño se frunció ligeramente al oír esa palabra, y ladeó la cabeza, esperando a que continuara.

—Pero necesito ser honesto contigo —dije, tomando aire—. Hay algo que deberías saber antes de que sigamos adelante. Me importas mucho, Beatrice, pero… mi situación no es tan sencilla como parece.

Parpadeó, sus labios entreabiertos por la confusión.

—¿A qué te refieres?

—He tomado ciertas decisiones sobre mi futuro, sobre mis responsabilidades familiares —expliqué con cautela, sin querer alarmarla—. Nunca pensé en casarme, al menos no por las razones que muchos podrían esperar. Sabes que Henry, mi sobrino, es importante para mí, y siempre he pensado en dejarle a él mi título y la finca.

La expresión de Beatrice se mantenía tranquila, pero podía ver cómo su mente trabajaba, tratando de entender lo que le estaba diciendo.

—No quiero tener hijos propios —continué, dejando caer mis palabras como un peso entre nosotros—. Y si tú y yo nos casáramos, sería bajo la condición de que no tendríamos hijos.

Ahí estaba.

Lo había dicho. Eso que había estado guardando desde que todo esto empezó—la única condición que sabía que lo cambiaría todo. Observé a Beatrice atentamente, esperando su reacción, sin estar seguro de si lo entendería o si lo aceptaría.

Sus ojos se abrieron un poco, pero no retiró su mano. En vez de eso, se quedó en silencio un momento, procesando lo que acababa de decir. Cuando finalmente habló, su voz era firme, aunque se notaba una ligera incertidumbre.

—¿No quieres tener hijos?

Negué con la cabeza.

—Tomé esa decisión mucho antes de que tú llegaras a mi vida. No tiene nada que ver contigo, Beatrice. Yo… simplemente creo que Henry debería heredar todo. Siempre lo he visto así.

No dijo nada durante unos instantes, y pude sentir la tensión en el aire, densa y cargada como una tormenta a punto de estallar. Entonces, para mi sorpresa, sonrió—una sonrisa suave, casi melancólica.

—Nunca he pensado mucho en los hijos, Edmund. Siempre asumí que era parte del paquete, pero… me has dado algo en qué pensar.

—No tienes que decidir ahora —dije rápidamente, temiendo haberla agobiado—. Solo quería que supieras dónde estoy, para que no te sientas engañada.

La mirada de Beatrice se suavizó, y apretó mi mano con delicadeza.

—Aprecio tu sinceridad, Edmund. De verdad.

Solté un suspiro que no me había dado cuenta de que estaba conteniendo.

—Entonces… ¿esto significa que no estás completamente en contra de la idea?

Rió suavemente, un sonido que me llenó de calidez.

—No estoy en contra, pero necesito tiempo para pensarlo. Es mucho para asimilar.

—Lo entiendo —dije, mientras mi pulgar acariciaba de nuevo el dorso de su mano—. Y decidas lo que decidas, lo respetaré. Solo quería ser claro contigo, que sepas que, si lo hacemos, te daré todo lo que soy capaz. Nunca te faltará amor.

Ella me miró entonces, sus ojos llenos de algo que no había visto antes—esperanza, tal vez incluso un destello de algo más.

—Me importas, Edmund. Más de lo que jamás pensé que me importarías.

Sus palabras me hicieron sentir un estremecimiento de emoción, y antes de darme cuenta, me incliné hacia adelante, acortando la distancia entre nosotros. Presioné un suave y prolongado beso sobre su mano, el aire entre nosotros cargado de promesas no dichas sobre lo que podría venir.

—Tú también me importas, Beatrice —murmuré contra su piel, rozando sus nudillos con mis labios—. Más de lo que jamás me he atrevido a admitir.

Al retirarme, nuestras miradas se encontraron, y por primera vez, vi ese futuro que había evitado, el que me había asustado. Pero ahora, con Beatrice sentada frente a mí, su mano aún en la mía, ya no tenía miedo.

Estaba listo para dar ese paso. Por ella, por nosotros.

—Beatrice —comencé, con la voz firme—, cuando sea el momento adecuado, y si tú también quieres, me gustaría proponerte un trato. Un matrimonio—en nuestros propios términos, no en los de nadie más.

Sus ojos se abrieron un poco más, y vi un destello de sorpresa, pero también… algo que se parecía a la esperanza.

—¿Me estás pidiendo que me case contigo, Edmund? —susurró, su voz suave, casi sin aliento.

Sonreí, sintiendo cómo mi corazón se llenaba al oír sus palabras.

—Aún no —dije en tono de broma—. Pero pronto. Cuando estés lista.

Su sonrisa igualó la mía, y por primera vez, sentí cómo el peso del mundo se levantaba de mis hombros. Lo que fuera que viniera después, lo enfrentaríamos juntos—en nuestros propios términos.

Y por ahora, eso era suficiente.

Ella tomó una profunda bocanada de aire y susurró:

—Yo… yo no esperaba esto, Edmund. No así.

15

Promesas Más Allá de la Practicidad

Las palabras de Edmund seguían resonando en mis oídos, cargadas de su inesperada propuesta. Un matrimonio de conveniencia, sin la expectativa de tener hijos—términos tan claros y prácticos, y sin embargo, extrañamente cercanos, viniendo del hombre que estaba sentado frente a mí.

Había imaginado este momento antes, pero no de esta manera. Había pensado en más afecto, tal vez una confesión de amor, pero lo que Edmund ofrecía era algo completamente diferente. Era un arreglo calculado—una promesa de seguridad para mi familia, de compañía, pero sin la perspectiva de una familia tradicional. Y, aun así, había algo en sus ojos, algo no dicho que iba más allá de la mera practicidad.

Respiré hondo, tratando de ordenar mis pensamientos.

—Yo… no esperaba esto, Edmund. No de esta manera —mi voz tembló, y odié lo dudosa que sonaba.

Él asintió, su expresión suave, aunque había un ligero rastro de tensión en su mandíbula.

—Lo sé, Beatrice. Sé que esta no es la clase de propuesta que probablemente soñabas.

Sus ojos se oscurecieron un poco mientras hablaba, como si estuviera sopesando la gravedad de lo que estaba a punto de decir.

—Pero quiero que sepas algo—si aceptas casarte conmigo, te trataré bien. Nunca te faltará amor en nuestro hogar, aunque no tengamos hijos.

Parpadeé, sorprendida por la ternura en su voz. La idea de no tener hijos era difícil de asimilar, pero sus palabras—su promesa—empezaban a limar las aristas de esa dura realidad.

Edmund se inclinó un poco hacia adelante, sus manos descansando sobre la mesa entre nosotros, cerca, pero sin tocar las mías todavía.

—Sé que este acuerdo suena frío, pero no tiene por qué serlo. Te lo prometo, Beatrice, te seré

fiel. Serás la única mujer en mi vida. Nunca traicionaré tu confianza, y me aseguraré de que te sientas querida, amada, en todos los sentidos que importan.

Su voz era tan firme, tan sincera, y sin embargo, el peso de todo aquello presionaba sobre mi pecho. ¿Podría realmente aceptar esto? ¿Podría vivir con un matrimonio que no incluyera hijos, pero en el que sabía que sería el centro de la atención de este hombre?

Lo observé durante un largo momento, con mi mente acelerada. Edmund siempre había sido un hombre de principios, de deber, pero esto—esto era diferente. Me estaba ofreciendo más que un contrato. Me estaba ofreciendo su lealtad, su cuidado, y tal vez incluso una especie de amor. Un amor diferente al que había imaginado, pero un amor al fin y al cabo.

—¿Pero por qué yo? —pregunté suavemente, mis dedos temblando levemente mientras jugaban con el borde de la taza de té frente a mí—. ¿Por qué elegirme a mí para esto, Edmund? ¿Es solo por practicidad?

Su mirada se suavizó aún más, y finalmente extendió la mano a través de la mesa, tomando la mía con delicadeza.

—Beatrice, no es solo por practicidad. He llegado a preocuparme por ti, profundamente. Veo cómo cuidas de tus hermanas, lo fuerte y compasiva que eres. Mereces más de lo que la vida te ha ofrecido, y quiero ser el hombre que te dé eso.

Hizo una pausa, su pulgar acariciando suavemente mis nudillos, enviando una cálida sensación por mi brazo.

—Puede que no pueda darte hijos, pero te prometo esto: nunca te faltará amor. Estaré ahí para ti, cada día. Me aseguraré de que seas feliz, de que nunca te sientas desatendida. Serás la única mujer en mi vida, Beatrice, y juro que nunca me apartaré de esa promesa.

Sus palabras me pillaron completamente por sorpresa. Edmund no me estaba ofreciendo una relación distante o sin emociones. Me estaba proponiendo un compromiso—uno que venía con un tipo de amor que ni se me había pasado por la cabeza. Sentía la sinceridad en su toque, en la forma en que sus ojos no se apartaban de los míos, y no pude evitar preguntarme si eso sería suficiente. ¿Podría vivir sin hijos, sabiendo que tendría su devoción, su lealtad inquebrantable?

—Edmund —susurré, con la voz casi inaudible—, eso es mucho lo que me prometes.

Él sonrió levemente, pero no había rastro de humor en su expresión, solo calidez y sinceridad.

—Lo sé, y no hago promesas en vano. He visto lo que les pasa a las personas cuando alguien en quien confían les falla, y yo nunca te haría eso.

Tragué saliva, intentando mantener mis emociones bajo control.

—Me estás ofreciendo más de lo que esperaba, más de lo que creí posible.

Edmund negó con la cabeza, apretando mi mano ligeramente, como si temiera que pudiera alejarme.

—Te lo mereces, Beatrice. Te mereces a alguien que siempre esté a tu lado, que no te haga sentir sola, aunque no tengamos una familia convencional.

Sentía la sinceridad detrás de sus palabras, el peso de la promesa que estaba haciendo, y eso despertó algo profundo dentro de mí. Este era un hombre que valoraba el compromiso, que creía en la lealtad, aunque su visión del futuro no coincidiera exactamente con la que yo había imaginado.

—¿Y qué pasa con el amor? —pregunté en voz baja, casi en un susurro—. ¿Puede haber amor en un matrimonio así?

Los ojos de Edmund se suavizaron aún más, y por primera vez, vi en él una vulnerabilidad que hasta ahora no había notado.

—Creo que sí. Creo que el amor puede crecer entre nosotros, Beatrice. Tal vez no esté ahí aún, no del todo, pero lo noto—hay algo entre nosotros. Algo que merece la pena cuidar.

Sus palabras me llenaron de una calidez inesperada, y me descubrí apretando su mano con más fuerza, como si necesitara anclarme en ese momento. ¿Podría hacerlo? ¿Podría casarme con él sabiendo que nuestro amor sería diferente, que no seguiría el camino tradicional que siempre había imaginado?

Respiré hondo, mirándolo directamente a los ojos.

—Necesito tiempo para pensarlo, Edmund.

Él asintió, con una expresión comprensiva.

—Claro, tómate todo el tiempo que necesites. Solo quería ser sincero contigo, para que sepas que si seguimos adelante, te daré todo lo que tengo. Nunca te faltará amor.

Sonreí, aunque mi corazón aún latía con fuerza bajo el peso de la decisión que tenía que tomar.

—Gracias, Edmund. Por ser tan honesto conmigo.

Sus labios se curvaron en una suave sonrisa, y soltó mi mano con delicadeza.

—Significas más para mí de lo que te imaginas, Beatrice. Solo espero… espero que podamos construir algo juntos.

Mientras me quedaba allí sentada, con el calor de su toque aún persistiendo en mi piel, me di cuenta de que esto era más que un simple acuerdo práctico. Edmund me estaba ofreciendo algo más que seguridad—me estaba ofreciendo su corazón, de la única manera que sabía cómo

hacerlo. No era el gran romance con el que una vez había soñado, pero tal vez, solo tal vez, era algo incluso mejor.

Y quizá, con el tiempo, podría llegar a amar a este hombre—este hombre que me prometía su lealtad, su cuidado, y una vida en la que nunca me sentiría sola.

16

La Expectativa

El momento en que volví a entrar en la casa de mi familia, la calidez de las palabras de Edmund pareció desvanecerse en el frío de la realidad. Mis pensamientos seguían dando vueltas, su propuesta resonando en mi mente como una canción pegajosa que no podía dejar de tararear. Casarme con Edmund. Sin hijos. Me había prometido lealtad, incluso amor. Y, sin embargo, la idea de un futuro sin hijos pesaba en mi pecho, como una losa que no me había dado cuenta de que llevaba encima hasta ahora.

Deambulé por los pasillos familiares, pasando junto a los retratos desvaídos de antepasados que antaño fueron más grandes, más ricos, y mucho más prósperos de lo que éramos nosotros ahora. Los Whitford eran una familia con título y poco más, y con cada año que pasaba, esa realidad se hacía más difícil de ignorar.

Cuando entré en el salón, mis hermanas estaban allí, tan animadas y encantadoras como siempre. Amelia, con su cabello dorado y su sonrisa resplandeciente, estaba sentada junto a la ventana, leyendo una de sus muchas cartas—sin duda otra invitación de un pretendiente. Lydia se recostaba en el diván, soltando una carcajada por algo que Amelia había dicho. Charlotte, como siempre, estaba apartada en una esquina con la nariz metida en un libro, su tranquila presencia reconfortante en medio del bullicio.

—¡Bea! —gritó Lydia cuando me vio—. Has vuelto antes de lo esperado. ¿Qué tal con el señor Fairchild?

Había un tono juguetón en su voz, pero sus ojos estaban llenos de curiosidad, observándome con atención.

Sonreí, aunque me sentía un poco tensa.

—Ha sido… agradable —respondí, intentando sonar tranquila, cuando por dentro mis pensamientos eran de todo menos serenos.

Amelia dejó su carta a un lado y se unió a Lydia en su burla.

—¿Agradable? ¿Eso es todo? El señor Fairchild parece estar bastante interesado en ti, Bea. No me sorprendería que pronto te propusiera matrimonio.

Sus palabras me golpearon más fuerte de lo que deberían. Si supieran. Ya lo había hecho, pero no de la forma que ellas se imaginaban.

—Tal vez —murmuré, evitando sus miradas mientras me sentaba.

Los ojos de Lydia brillaban con emoción.

—¡Oh, Bea, eso sería maravilloso! Imagínate, casada con los Fairchild. Nos vendría de perlas. Y además, ¡es tan apuesto! Seríais una pareja espectacular.

Podía sentir el peso de sus expectativas sobre mí. Veían a Edmund como una oportunidad, una posible salida a nuestra situación financiera, que nos había acechado durante años. No sabían los términos de su propuesta, ni la difícil decisión que tenía que tomar.

Amelia se inclinó hacia adelante, su voz ahora más suave.

—Bea, sabes cuánto te admiramos todas. Siempre has estado ahí para nosotras, siempre nos has cuidado. Si el señor Fairchild de verdad te valora… bueno, esta podría ser tu oportunidad de ser feliz también. Te lo mereces.

¿Felicidad? ¿Qué forma tenía eso ahora? La idea de casarme con Edmund me ofrecía cierto consuelo, una sensación de seguridad. Pero ¿sin hijos? Ese era un futuro que nunca había contemplado, y solo pensar en ello dejaba un vacío en mi corazón.

Antes de que pudiera responder, mi madre entró en la sala, con el rostro pálido y cansado. Llevaba una carta en la mano, y en cuanto la vi, mi estómago se encogió. Eso nunca era una buena señal.

—Beatrice —comenzó, con la voz tensa—, hemos recibido otro aviso… del banco.

La sala se quedó en silencio, y mis hermanas intercambiaron miradas preocupadas. Todas sabíamos lo que eso significaba—otro recordatorio de pago, otro aviso de que nuestra situación financiera era más precaria de lo que queríamos admitir.

Me levanté, crucé la sala y tomé la carta de sus manos. Mis ojos recorrieron rápidamente las palabras, y mi corazón se hundió al leerlas. Otro pago vencido. Otra cantidad imposible de cubrir.

—Me encargaré de ello, madre —dije en voz baja, doblando la carta y guardándola en mi bolsillo.

Ella me miró con ojos agotados, las líneas de preocupación marcadas en su rostro.

—No sé cuánto más podremos seguir así, Beatrice. La finca… se cae a pedazos, y nos queda tan poco.

Asentí, obligándome a mantener la calma.

—Lo sé, madre. Pero nos las arreglaremos.

Los labios de mi madre se tensaron en una fina línea, sus ojos llenos de resignación. Sabía tan bien como yo que no había una solución fácil. Estábamos atrapadas, siendo arrastradas lentamente por el peso de nuestras deudas.

—Tu padre tampoco sabe qué hacer, a no ser que tú y el duque Edmund os caséis, entonces no hay otra salida —dijo mi madre en voz baja, pero su tono estaba lleno de esperanza.

Mientras la miraba, viendo el rostro cansado de mi madre y los ojos esperanzados de mis hermanas, la realidad de mi situación se volvió más clara que nunca. La propuesta de Edmund ya no se trataba solo de conveniencia. Se trataba de supervivencia, para todas nosotras.

Había pasado años cargando con la responsabilidad de mi familia, haciendo todo lo posible por protegerlas. ¿Cómo iba a negarme ahora, cuando la solución estaba justo delante de mí? Casarme con Edmund aseguraría nuestro futuro, garantizaría que mis hermanas tuvieran oportunidades, que mi madre no tuviera que vivir con el miedo constante de perderlo todo.

Pero, ¿a qué precio? ¿Realmente podía sacrificar la posibilidad de tener hijos, de construir una familia con Edmund, solo por la seguridad? ¿Estaba dispuesta a renunciar a esa parte de mí misma por salvar a las personas que amaba?

—Beatrice…

—Voy a aceptar su propuesta —dije suavemente, sintiéndome extraña al pronunciar esas palabras, como si no fueran del todo mías.

—¿Qué?

—Voy a casarme con Edmund.

Hubo un momento de silencio atónito antes de que mi madre me abrazara.

—Oh, Beatrice —susurró—. Eso es… eso es una noticia maravillosa. Edmund es un buen hombre, y este matrimonio asegurará nuestro futuro. Estoy tan orgullosa de ti.

Orgullosa. La palabra resonó vacía en mi mente. No era orgullo lo que sentía. Era resignación.

Apreté suavemente su mano, esbozando una débil sonrisa en respuesta.

—Es lo correcto. Por todas nosotras.

La sonrisa de mi madre se amplió, aunque sus ojos brillaban con lágrimas no derramadas.

—Siempre has sido tan generosa, tan fuerte. Tus hermanas tienen suerte de tenerte.

Asentí, aunque sus palabras hicieron poco por calmar el dolor en mi pecho. No era desinterés lo que me había llevado a tomar esta decisión, era la necesidad. La fría y dura realidad era que, sin la oferta de Edmund, nuestra familia estaría perdida. Amelia, Charlotte y Lydia no tendrían futuro si yo no lo aseguraba.

Amelia aplaudió emocionada, con los ojos llenos de felicidad.

—¡Oh, Bea, es maravilloso! Serás tan feliz con él, lo sé.

Lydia prácticamente rebotaba en su asiento, su emoción era contagiosa.

—¡Es perfecto! Por fin podremos avanzar, y serás duquesa algún día. ¿Te imaginas? ¿Sabes lo que significa eso? ¡Podremos ir a los mejores bailes, a las más selectas fiestas de té y… oh! ¡Amelia y Charlotte hasta podrían recibir mejores propuestas ahora, gracias a tu compromiso!

—Sí, nos abrirá muchas puertas a todas.

Asentí, sonriendo levemente, aunque mi corazón pesaba por lo que estaba sacrificando. No necesitaban saber los detalles. No necesitaban saber el precio que estaba pagando.

Todo lo que debían saber era que estábamos salvadas.

Charlotte inclinó la cabeza.

—Pero… ¿eres feliz, Bea? Quiero decir, sé que lo haces por la familia, pero, ¿y tú?

Su pregunta me tomó por sorpresa, y vacilé, la respuesta atrapada entre mi corazón y mis labios. ¿Era feliz? No, realmente no. Pero, ¿qué opción tenía?

—Estaré bien —dije, intentando sonar más convincente de lo que me sentía—. Edmund es un buen hombre, y este matrimonio nos dará estabilidad. Eso es lo que importa.

Los ojos de Charlotte buscaron los míos por un momento antes de asentir.

—Estarás bien. Siempre nos has cuidado. Sé que estarás bien, Bea. Eres la más fuerte de todas.

Sus palabras, que pretendían consolarme, solo hicieron que el nudo en mi pecho se apretara más. La vi salir, llena de emoción, y por un instante, me permití imaginar cómo podría haber sido mi vida. Una vida en la que no estuviera atada al deber, en la que pudiera casarme por amor y soñar con un futuro con hijos. Pero esa vida no era para mí.

Ya no.

Así que me casaría con Edmund.

No por amor, sino por deber.

Mientras ellas charlaban emocionadas a mi alrededor, planeando bodas y futuros, me recliné, dejando que su alegría me envolviera. Había tomado mi decisión, y era la correcta. Para ellas, para mi familia.

Y tal vez, con el tiempo, llegaría a creer que también era la decisión correcta para mí.

Después de la conversación con mi madre y mis hermanas, me retiré a mi habitación, cerrando la puerta suavemente tras de mí. De repente, las paredes de mi refugio se sentían demasiado cercanas, y el aire, demasiado espeso. Me acerqué a la ventana y la abrí, dejando entrar la fresca brisa nocturna. Rozó mi piel, trayendo consigo el aroma del jardín de abajo: un leve rastro de lavanda y tierra húmeda. Cerré los ojos e inhalé profundamente, dejando que la calma de la noche me envolviera.

Pero no podía borrar la decisión que había tomado.

Pensé en Edmund. Pensé en su mirada firme, en su carácter sereno, en cómo se sentía su mano en la mía cuando me prometió cuidarme, asegurándome que nunca me haría sentir falta de amor, a pesar de los términos de nuestro matrimonio. Había sido honesto conmigo: no quería hijos, y no esperaba un cuento de hadas. Quería practicidad, compañerismo. Y, a cambio, me ofrecía seguridad y una especie de lealtad rara entre los hombres de su posición.

Debería bastar.

Pero, ¿de verdad lo hacía?

Me senté en el borde de la cama, con el peso de la decisión hundiéndose en mi estómago como una piedra. Siempre supe que tendría que hacer sacrificios, pero no me había dado cuenta de cuánto tendría que renunciar. Edmund me había prometido lealtad, compañía, un futuro estable, pero sin hijos. Sin un legado propio.

Pensé en la forma en que su mano se quedó en la mía, en su voz suave y sincera cuando me dijo que sería la única mujer en su vida. Le creía. Sabía que nunca me traicionaría, nunca me haría sentir menos que valorada. Pero había una diferencia entre sentirse valorada y sentirse completa.

Y aun así, no podía ignorar la realidad de nuestra situación. Mis hermanas necesitaban esto. Mi madre necesitaba esto. Sin la oferta de Edmund, estaríamos perdidas. La finca se vendría abajo y nos quedaríamos con nada más que nuestro título y las deudas que no podíamos pagar.

No podía permitir que eso pasara.

Con un suspiro profundo, me levanté y me dirigí al escritorio. Saqué una hoja de pergamino y mojé la pluma en el tintero, viendo cómo la tinta negra brillaba bajo la luz suave de la vela. Vacilé solo un segundo antes de escribir las palabras que sellarían mi destino:

Señor Fairchild,

Acepto su propuesta con la condición de que ayude a mi familia.

La tinta se secó tan rápido como mis esperanzas de algo más que un futuro basado en la practicidad. Doblé la carta con cuidado y la sellé con el escudo de los Whitford.

Me casaría con Edmund. Aceptaría sus términos. Y lo haría por mi familia, por las hermanas que dependían de mí, por la madre que había sacrificado tanto.

Quizá, con el tiempo, podría llegar a aceptar que esto era suficiente.

Quizá, con el tiempo, aprendería a vivir con el peso de mi elección.

17

Los Votos en Silencio

La ceremonia pasó en un plis-plas, más rápido de lo que había imaginado para algo tan monumental. No hubo un gran salón de baile, ni un mar de invitados ataviados con sus mejores sedas y satenes. En su lugar, fue un evento pequeño, celebrado en la capilla de la finca de Edmund, con solo nuestra familia más cercana como asistentes. El silencio resonaba a nuestro alrededor, y aunque trataba de concentrarme en las palabras del oficiante, mi mente no paraba de irse por las ramas.

No esperaba sentirme así. No hubo un estallido de emoción, ni un cosquilleo romántico en el pecho mientras me mantenía junto a Edmund, nuestras manos entrelazadas ante Dios y nuestros testigos. Pero había una calma constante en su presencia, una especie de seguridad que, aunque este matrimonio no estuviera lleno del amor con el que una vez soñé, sería sólido. Práctico. Fiable.

Y eso me repetía a mí misma mientras miraba nuestras manos unidas, sus dedos firmes pero gentiles sobre los míos. Esto era una elección, una que había hecho con pleno entendimiento de los sacrificios que implicaba. Y sin embargo, cuando levanté la mirada para encontrarme con los ojos de Edmund, vi un destello de algo más profundo, una incertidumbre que se parecía a la mía.

La voz del oficiante interrumpió mis pensamientos, sus palabras eran lentas y deliberadas.

—¿Acepta usted, señora Beatrice Whitford, a este hombre como su legítimo esposo, para tenerlo y cuidarlo, en la salud y en la enfermedad, en lo bueno y en lo malo?

Por un instante, el mundo se paró en seco. Sentía el peso de todas las miradas sobre mí: la de mi madre, la de mis hermanas, incluso la de Edmund, esperando mi respuesta. Mi corazón latía dolorosamente en el pecho, y por un breve, absurdo momento, me pregunté si debería decir que no. Si debería darme la vuelta y salir de este acuerdo, de la vida que conllevaba.

Pero entonces recordé a mi familia. Recordé las deudas crecientes, el futuro incierto que se

cernía sobre nosotros como una nube de tormenta. Sabía lo que tocaba.

—Sí, acepto —dije en voz baja, con una voz firme pero vacía.

El oficiante asintió, volviéndose hacia Edmund con la misma pregunta. Su respuesta llegó sin titubeos, como si la hubiera ensayado mil veces en su cabeza.

—Sí, acepto.

Y, sin más, todo había terminado. Estábamos casados.

Una parte de mí esperaba sentirse diferente, como si esas dos palabras pudieran transformar el aire a nuestro alrededor, llenarlo de algún sentido tangible de cambio. Pero al mirar a Edmund, con su rostro compuesto e inescrutable, me di cuenta de que la realidad de nuestro matrimonio había recaído sobre mí mucho antes de este momento. Habíamos hecho un trato, y ahora viviríamos conforme a él.

La ceremonia terminó rápidamente, con el intercambio silencioso de los anillos y las breves felicitaciones de nuestras familias. No hubo una recepción lujosa, ni una celebración para marcar la ocasión. Solo un reconocimiento solemne de lo que había ocurrido.

Al salir de la capilla, Edmund y yo caminamos uno al lado del otro, nuestras manos rozándose pero sin llegar a tocarse. El silencio entre nosotros era espeso, lleno de palabras no dichas.

Cuando finalmente llegamos al carruaje que nos llevaría de regreso a su finca, Edmund se volvió hacia mí, sus ojos más suaves de lo que habían estado durante la ceremonia.

—Beatrice —comenzó, su voz baja—, sé que esta no fue la gran boda que mereces.

Levanté la mirada hacia él, sorprendida por la vulnerabilidad en su tono.

—Fue suficiente —dije, aunque las palabras se sentían raras en mi boca—. Esto es lo que ambos acordamos.

Él asintió, apretando ligeramente la mandíbula.

—Sí, lo es. Pero quiero que sepas… que lo que dije antes lo mantengo. Nunca te sentirás desatendida, Beatrice. Me aseguraré de eso.

Quería creerle, de verdad. Y, aun así, mientras estábamos allí, recién casados pero todavía unos completos desconocidos en muchos sentidos, no podía quitarme de encima las dudas que empezaban a surgir en mí. ¿Podría realmente ser suficiente? ¿Podría un matrimonio basado en la practicidad sobrevivir sin amor?

Le ofrecí una pequeña sonrisa, aunque mi corazón seguía pesado de incertidumbre.

—Sé que lo harás, Edmund.

Dicho esto, me ayudó a subir al carruaje, su mano cálida en mi espalda mientras me acomodaba en el asiento. La puerta se cerró tras nosotros y, por primera vez desde que habíamos intercambiado los votos, estábamos solos.

El camino de regreso a su finca fue silencioso, el campo pasando como un borrón de verdes y dorados. Me senté frente a Edmund, lanzándole miradas rápidas cuando creía que no me veía. Estaba tan compuesto como siempre, su rostro no dejaba entrever ninguna de las emociones con las que yo estaba peleando por dentro.

Me preguntaba qué estaría pensando. ¿Sentía alivio de que todo hubiera terminado? ¿Ya estaría pensando en las responsabilidades que le esperaban como mi esposo? ¿O, tal vez, había algo más bajo esa fachada tranquila, algo que no decía, como el atisbo de duda que había visto en sus ojos antes?

El silencio entre nosotros se alargaba, pesado y denso, hasta que no pude soportarlo más.

—Edmund —comencé, titubeante, mientras mis dedos se retorcían en mi regazo—. Sé que esto no es… lo tradicional. Nuestro matrimonio, quiero decir. Pero quiero asegurarme de que los dos…

Él levantó la mirada hacia mí, su expresión se suavizó un poco.

—¿De que los dos qué?

—De que los dos entendemos en lo que nos estamos metiendo —terminé, mi voz ahora más baja—. Sé que dijiste que no quieres hijos, y lo he aceptado. Pero… solo necesito saber que seremos sinceros el uno con el otro. En todo.

Su mirada se suavizó, y por un momento, la tensión entre nosotros pareció relajarse.

—Beatrice, siempre he respetado tu sinceridad. Y te prometo que siempre tendrás la mía.

Asentí, sintiendo un pequeño alivio ante sus palabras. Pero, bajo ese alivio, aún quedaba una duda sutil. ¿Podría la sinceridad realmente sostener un matrimonio como el nuestro? ¿Podríamos enfrentarnos a esta vida nueva y extraña que habíamos decidido compartir, unidos por el deber en lugar del deseo?

El carruaje aminoró la marcha al acercarnos a la finca, y sentí un nudo en el estómago. Esta era mi nueva vida ahora, mi nueva realidad. Mientras salíamos del carruaje y entrábamos en la gran casa que ahora sería mi hogar, no pude evitar sentir el peso de los votos no dichos entre nosotros, votos que iban más allá de las palabras que habíamos intercambiado en el altar.

Y mientras caminábamos juntos por los pasillos de su finca, con nuestros pasos resonando en el silencio, me di cuenta de que la verdadera prueba de nuestro matrimonio aún no había comenzado. Apenas estaba empezando.

18

Las Promesas en La Oscuridad

Era curioso, la manera en que la casa podía parecer enorme y acogedora a la vez. Pensé que sería fría, distante, un lugar que pertenecería más a los antepasados de Edmund que a nosotros. Pero, con el paso de los días, me fui acostumbrando al ritmo de vida en Mansión Fairchild. Edmund solía estar ocupado con los asuntos de la finca, dejándome tiempo para adaptarme a mi nuevo papel como su esposa.

Su esposa.

La palabra aún me sonaba extraña, como si no acabara de encajar. Pero la realidad era innegable. Ahora era Beatrice Fairchild, unida a Edmund en matrimonio por un acuerdo práctico y promesas de lealtad. Sin hijos. Solo una alianza, una unión basada en el deber y la conveniencia. O al menos, eso pensaba.

Pero había algo más, ¿no? Cada día, mientras nos cruzábamos en los amplios pasillos y salones de la mansión, lo sentía: una tensión silenciosa que bullía justo debajo de la superficie. Nuestras interacciones, por supuesto, eran educadas. Él era atento, siempre asegurándose de que no me faltara de nada, y yo cumplía con mi papel de esposa obediente.

Sin embargo, había algo que no decíamos. Algo que ninguno de los dos parecía dispuesto a enfrentar. Se notaba en la forma en que su mirada se quedaba en mí durante la cena, o en cómo yo contenía la respiración cuando me rozaba el brazo al pasar. Era como si ambos estuviéramos esperando que el otro rompiera el silencio, que admitiera la creciente consciencia que ninguno de los dos podía ignorar.

Y luego estaba el tema de nuestras noches juntos.

La primera vez que nos acostamos como marido y mujer, no sabía qué esperar. Sabía que nuestro matrimonio conllevaba ciertas… obligaciones, pero me preguntaba si, dado su rechazo a tener hijos, Edmund evitaría consumar el matrimonio por completo.

Pero me equivoqué.

Edmund vino a mí en nuestra noche de bodas, con esa presencia suya tranquila pero firme que llenaba la habitación. No hubo un gran arrebato de pasión, ni declaraciones de amor ardientes. En cambio, me desnudó con una delicadeza precisa, sus manos ni se demoraban demasiado ni evitaban el contacto. Era como si abordara nuestra unión como otro deber que debía cumplir.

Esperaba que fuera algo frío, distante, pero no fue así. Edmund fue cuidadoso, incluso tierno, mientras se unía a mí en la cama. Me besó suavemente, sus labios cálidos sobre los míos, su toque ligero pero decidido. No fue desagradable. De hecho, hubo momentos en los que mi cuerpo respondió a él, cuando sentí algo agitarse en mi interior que me sorprendió.

Pero entonces, justo cuando las cosas parecían encaminarse hacia algo más profundo, Edmund se detenía. Se apartaba en el último momento, su respiración entrecortada, su rostro tenso, y liberaba su semilla fuera de mí. Siempre era lo mismo: nunca se permitía terminar dentro de mí, siempre se contenía justo antes.

Al principio, me decía que así eran las cosas, que simplemente estaba cumpliendo su promesa. Sin hijos. Lo había dejado claro desde el principio, y se mantenía fiel a su palabra. Pero, con el paso de las noches, una decepción silenciosa empezó a instalarse en mi pecho.

No me había dado cuenta de cuánto me afectaría.

Cada vez que ocurría, cada vez que se apartaba, era como un recordatorio de la distancia que había entre nosotros. Un recordatorio de que, por más cerca que estuviéramos físicamente, siempre habría algo que él me estaba negando. No era solo el acto físico—aunque eso me dejaba una extraña sensación de vacío—, era la barrera emocional que él había levantado entre los dos.

Edmund me trataba bien. Eso era verdad. Era atento, siempre asegurándose de que estuviera cómoda y feliz. Me traía detalles, pequeñas cosas que sabía que me gustaban, como libros que había mencionado de pasada o flores del jardín que sabía que me encantaban. Era dulce, a su manera discreta, y sabía que le importaba, como quien cuida a un compañero valioso.

Pero había algo que faltaba. Algo de lo que no me di cuenta que quería hasta que noté su ausencia.

Una noche, mientras estábamos sentados en el salón después de cenar, me sorprendí observándolo más de lo normal. Estaba leyendo una carta, con el ceño fruncido de concentración, y su pelo oscuro caía ligeramente sobre la frente. No se podía negar que era atractivo. Pero no solo eran sus rasgos lo que empezaba a atraerme. Era su porte, la forma en que

hablaba con esa seguridad tranquila, la manera en que siempre parecía saber exactamente qué decir.

—¿Tienes algo en mente, Beatrice? —preguntó de repente, levantando la vista de la carta y cruzándose con mi mirada.

Parpadeé, sorprendida por la pregunta. —No, solo estaba… pensando.

Levantó una ceja, dejando la carta a un lado. —¿En qué?

Dudé, sin saber cómo responder. ¿Debería mencionarlo? ¿Decirle lo que realmente sentía, la creciente frustración, el anhelo por algo más? Pero, ¿cómo iba a hacerlo, cuando ambos habíamos acordado este arreglo?

—Estaba pensando en nosotros —dije en voz baja, apenas un susurro.

La expresión de Edmund se suavizó, y se inclinó un poco hacia adelante, sus ojos buscando los míos. —¿Qué pasa con nosotros?

Bajé la vista a mis manos, que nerviosamente se retorcían en mi regazo. —Has sido muy bueno conmigo, Edmund. De verdad. Has cumplido tu promesa, y te estoy agradecida por eso. Pero…

—¿Pero…? —me animó a seguir, en un tono suave.

Me mordí el labio, intentando encontrar las palabras adecuadas. —Solo… me pregunto si esto es suficiente. Si esto —señalé el espacio entre nosotros— es todo lo que hay.

Se quedó en silencio por un momento, su mirada era indescifrable. Luego, con lentitud, extendió la mano hacia mí y tomó la mía. Su toque era cálido, firme, y provocó en mí una oleada de algo que había estado intentando reprimir.

—Beatrice —dijo en voz baja, su pulgar acariciando el dorso de mi mano—, te prometí que te cuidaría, que te trataría bien. Y pienso cumplir esa promesa.

—Lo sé —susurré, sintiendo cómo el dolor se acumulaba en mi pecho—. Pero, ¿eso es todo?

Su agarre se tensó levemente, y por un instante creí ver un destello en sus ojos: ¿arrepentimiento, tal vez? O quizá era algo más profundo, algo que ninguno de los dos estaba listo para admitir.

—Esto es lo que acordamos —dijo suavemente, con una tristeza en su voz que no esperaba —. Sin hijos. Solo nosotros.

Asentí, pero el vacío dentro de mí seguía allí. —Sí. Pero, ¿y si… qué pasa si quiero más que eso?

Su expresión vaciló, y por primera vez, vi las grietas en su fachada cuidadosamente compuesta. —Beatrice, yo… no puedo darte más. No de la forma que deseas.

Tragué con dificultad, luchando contra la punzada de la decepción. —Lo entiendo.

Se inclinó un poco más cerca, su mano aún sosteniendo la mía. —Pero eso no significa que no me importes. Me importas. Más de lo que crees.

Sus palabras, tan suavemente pronunciadas, me provocaron un escalofrío. Le creía, sabía que le importaba. Pero no podía librarme de la sensación de que ambos estábamos reteniéndonos, que había algo entre nosotros que ninguno estaba dispuesto a enfrentar.

Mientras nos quedábamos allí, nuestras manos entrelazadas, me di cuenta de que esa era la naturaleza de nuestro matrimonio: lleno de emociones no dichas, de deseos no expresados. Estábamos unidos por una promesa, por el deber. Pero, en algún lugar, en esos momentos tranquilos, en los espacios entre nuestras palabras, empecé a preguntarme si había lugar para algo más.

Si seríamos lo suficientemente valientes como para buscarlo.

19

Tés, Tacto y Bombas de Relojería

El té había comenzado de manera inofensiva—una reunión de lo más selecta de la sociedad, con sonrisas y cumplidos mientras la delicada porcelana sonaba suavemente contra los platillos. Me senté entre ellas, haciendo mi mejor esfuerzo por mezclarme, por ignorar el nudo constante de inquietud que se retorcía en mi estómago. Era una rutina a la que me había acostumbrado: presentarme, llevar el vestido adecuado, asentir en los comentarios oportunos. Y, sin embargo, hoy se sentía diferente.

Estaba sentada entre mi madre y la señora Renwick, una mujer conocida por su lengua afilada y sus observaciones aún más agudas. Al otro lado de la mesa había varias otras mujeres, incluida la señora Haversham, cuyo embarazo era evidente por el brillo en su rostro y la forma suave en que descansaba su mano sobre su abultado vientre. A su lado estaba sentada la señora Barington, otra madre en espera, aunque ella estaba mucho más avanzada, su vientre lo suficientemente grande como para que sus movimientos fueran lentos y deliberados. La conversación, por supuesto, inevitablemente había derivado hacia el único tema que me hacía sentir la garganta apretada y el corazón palpitar.

Embarazo. Hijos. Herederos.

Mientras la conversación se dirigía hacia los bebés, intenté sonreír y asentir en los momentos adecuados, pero la amargura que se acumulaba dentro de mí era difícil de ignorar. Cada palabra sobre la inminente maternidad se sentía como una pequeña punzada, un recordatorio de la promesa que Edmund y yo habíamos hecho, una promesa que ahora se sentía como un lazo que se apretaba alrededor de mi cuello.

—Oh, debes estar tan emocionada —dijo la señora Haversham, sonriendo radiante a la señora Barington—. No hay nada como la anticipación del primogénito.

La sonrisa de la señora Barington se hizo aún más amplia, si eso era posible. —Sí, mi esposo

está absolutamente fuera de sí. Ya está planeando la habitación del bebé y hablando de tutores. Es todo tan abrumador pero… maravilloso.

Tragué con fuerza, mi taza de té temblando ligeramente en mi mano. Forcé una sonrisa, tratando de ignorar la punzada de amargura que se retorcía dentro de mí. Pensé que podría soportar estas reuniones, pero hoy, la conversación se sentía como un cuchillo girando lentamente.

—Oh, señora Beatrice —la voz de la señora Renwick rompió el murmullo, atrayendo todas las miradas hacia mí—. Ha pasado casi medio año desde tu boda, ¿no es así? —Su tono era dulce, pero había un filo de conocimiento en él—. Seguramente pronto podremos esperar alguna noticia. ¿Un heredero para la familia Fairchild, tal vez?

Mi corazón se detuvo. Había temido esta pregunta. Sabía que llegaría eventualmente, y ahora, aquí estaba, colgando en el aire como una nube de tormenta a punto de estallar.

Sonreí tensamente, esperando desviar el tema. —Edmund y yo… estamos tomándonos las cosas con calma —dije, con una voz que sonaba demasiado ligera para la tensión que sentía.

Los ojos de la señora Haversham brillaron con curiosidad. —Oh, pero seguramente es lo que se espera de ti. Los Fairchild deben estar ansiosos por un sucesor. Es prácticamente tu obligación.

Sus palabras me golpearon como un golpe físico, y por un momento, me sentí mareada, la habitación girando ligeramente a mi alrededor. La ironía de todo ello. El deber. Esa era la misma base de mi matrimonio, ¿no? Pero era un deber sin hijos, un futuro que Edmund ya había decidido, un futuro que yo había aceptado.

Sentí la mano de mi madre en mi brazo, su voz cortando el tenso momento. —Beatrice cumplirá con sus responsabilidades cuando sea el momento adecuado —dijo, con un tono calmado pero firme—. No hay prisa. La familia Fairchild siempre ha sido paciente.

Su defensa fue rápida y elegante, un movimiento ensayado que me recordó por qué mi madre era tan respetada en la sociedad. Pero ni siquiera su intervención pudo detener la sensación de incomodidad que se deslizaba por mi espalda. Las mujeres intercambiaron miradas, sin duda preguntándose por qué aún no estaba encinta, su curiosidad afilada por sus propios embarazos.

La conversación continuó después de eso, pero sentí el peso de sus palabras colgando sobre mí como una nube. El té se prolongó, y cada minuto que pasaba parecía una eternidad, y para cuando finalmente nos despedimos, sentía como si apenas pudiera respirar.

Una vez que estuvimos afuera, caminando hacia nuestro carruaje, el agarre de mi madre en mi brazo se tensó. —Beatrice —comenzó, su voz baja y firme—, ¿qué ha sido eso de ahí dentro?

Parpadeé, sorprendida por su repentina severidad. —¿Qué quieres decir?

Se detuvo, girándose hacia mí, sus ojos buscando los míos con una intensidad para la que no estaba preparada. —¿Por qué no has dado aún un heredero a los Fairchild? Han pasado seis meses, y la gente está empezando a notarlo.

Mi estómago se retorció de culpa, el familiar nudo de tensión apretándose más. Siempre supe que esta pregunta llegaría, pero no me había preparado para ello. No de parte de mi madre. Pensé que ella lo entendería, que vería que no todos los matrimonios se basaban en expectativas inmediatas de hijos. Pero ella no conocía la verdad de mi acuerdo con Edmund.

—No… no es tan simple —dije en voz baja, mirando el dobladillo de mi vestido, mis dedos jugueteando con la tela.

Su ceño se frunció, y dio un paso más cerca, bajando la voz. —Beatrice, tienes que darte cuenta de lo delicada que es tu situación. Tu matrimonio puede parecer estable ahora, pero sin hijos, sin un heredero, eso puede cambiar muy rápido.

Abrí la boca para responder, pero no salió nada. ¿Cómo podría explicarle que Edmund no quería hijos? Que habíamos hecho un acuerdo, un acuerdo práctico, carente de emociones, en el que los hijos no formaban parte de nuestro futuro.

Los ojos de mi madre se entrecerraron, su preocupación se profundizó. —¿No ves lo importante que es? Eres la esposa de uno de los hombres más elegibles de la sociedad. Pero eso solo durará un tiempo. Si no le das un heredero, siempre estará la posibilidad de que encuentre a alguien que lo haga.

Sus palabras me atravesaron, la implicación demasiado dolorosa para ignorarla. Edmund no era ese tipo de hombre: me había prometido lealtad, me había jurado que nunca se desviaría. Pero la advertencia de mi madre permanecía. ¿Podía confiar realmente en una promesa cuando las expectativas de la sociedad pesaban tanto sobre nosotros?

—Estoy haciendo lo mejor que puedo —susurré, con la garganta apretada por la emoción.

La mirada de mi madre se suavizó, pero la preocupación permanecía. —Sé que lo haces. Pero, Beatrice, debes hacer más. Ahora es tu responsabilidad. Si no tienes hijos, si no aseguras tu lugar, estarás vulnerable.

La palabra “vulnerable” me golpeó como una sentencia de muerte. No lo había considerado en esos términos antes, pero ahora que mi madre lo había dicho, el miedo se instaló en mis huesos. ¿Y si la determinación de Edmund flaqueaba? ¿Y si, un día, se daba cuenta de que un matrimonio sin hijos no era suficiente y me dejaba atrás?

Tragué con fuerza, intentando suprimir la marea creciente de ansiedad. —Hablaré con Edmund —dije finalmente, aunque la idea de abordar el tema me aterrorizaba.

Mi madre asintió, su expresión se suavizó, aunque aún podía ver la tensión en sus ojos. —Bien. Debes hacerlo. Por tu bien.

El trayecto en carruaje de regreso a la Mansión Fairchild fue silencioso, pero mis pensamientos no lo eran. Los rostros de las mujeres en el té, tan llenos de vida y promesa, se repetían una y otra vez en mi mente. Nunca me había dado cuenta de cuánto deseaba tener hijos, de cuánto quería un futuro que fuera más allá del deber y la practicidad. Y ahora, lo que más anhelaba parecía más inalcanzable que nunca.

Cuando llegamos a la finca, bajé del carruaje, con el corazón pesado por el peso de mi decisión. Había aceptado casarme con Edmund en sus términos, pero ahora… ¿realmente podía continuar así? ¿Podría vivir con un futuro en el que la posibilidad de tener hijos estaba fuera de la mesa?

Sabía lo que tenía que hacer. Tenía que hablar con Edmund. Tenía que pedir más de lo que habíamos acordado.

Porque, por mucho que valorara nuestra asociación, por mucho que apreciara su lealtad y cuidado, ya no era suficiente. Ya no.

Con una respiración profunda, caminé hacia la casa, mis pasos lentos y deliberados. Tenía que ser valiente. Tenía que enfrentar esto de frente, incluso si significaba confrontar la realidad de que Edmund podría no querer lo mismo que yo.

Y aunque esa realidad pudiera romper todo lo que habíamos construido.

20

La Tensión no Dicha

La noche se asentó en la casa como una manta pesada y familiar. El suave tintineo de los cubiertos había desaparecido junto con los últimos restos de la cena, dejando solo el murmullo tranquilo del fuego crepitando en la chimenea. Edmund estaba sentado frente a mí en el salón, con un libro en la mano y el ceño fruncido en concentración. No había levantado la vista en un buen rato, y no estaba segura de si siquiera notaba el silencio que se hacía más denso entre nosotros.

Yo, por otro lado, apenas lograba mantener mis pensamientos en orden. El té de esa tarde me había afectado más de lo que anticipaba. Las conversaciones, las preguntas inquisitivas y la presión que ahora se cernía sobre mí como una nube de tormenta me habían dejado con una sensación de vulnerabilidad. Y, sin embargo, aquí estaba, sentada frente a mi esposo, esperando que dijera algo, lo que fuera, que reconociera el elefante en la habitación.

Carraspeé suavemente, esperando llamar su atención. Levantó la mirada de su libro, con su expresión curiosa pero calmada. Sabía que tenía que hablar con Edmund. Sabía que esta conversación no podía esperar más. Pero cada vez que ensayaba las palabras en mi mente, se quedaban atrapadas en mi garganta. ¿Cómo se le pregunta a tu marido por qué se niega a tener hijos cuando los dos habéis acordado precisamente eso? ¿Cómo admites, sin parecer débil, que lo que pensabas que sería suficiente, de hecho, te estaba asfixiando lentamente?

Me enderecé en el asiento, tratando de reunir el valor para hablar, pero las palabras se resistían.

—¿Qué tal estuvo tu té esta tarde? —preguntó, con su voz tan firme como siempre.

Asentí, tragando con dificultad. —Estuvo… bien.

Alzó una ceja ligeramente. —¿Solo bien?

Suspiré, retorciendo mis manos en el regazo. —Ya sabes cómo son estas reuniones…

chismorreos y bebés.

Dije lo último con un toque de expectativa, esperando que captara el subtexto, que entendiera lo que realmente intentaba decir. Pero Edmund simplemente asintió, pasando la página de su libro como si nada de lo que había dicho mereciera más que una respuesta educada.

Lo intenté de nuevo, esta vez siendo un poco más directa. —Todo el mundo parece esperar noticias nuestras. Sobre un heredero, me refiero.

El ceño de Edmund se frunció levemente, pero su rostro seguía siendo imperturbable. —¿Eso es lo que dijeron?

Tragué saliva, sintiendo cómo la frustración empezaba a invadir mi paciencia. —No es solo lo que dijeron, Edmund. Es lo que todos asumen. Que tendremos hijos pronto. Que solo estamos esperando el momento adecuado.

Cerró su libro entonces, dejándolo a un lado mientras se inclinaba hacia adelante, con los codos apoyados en las rodillas. —Beatrice —comenzó, con un tono medido—, esto lo acordamos desde el principio. Nunca tuve la intención de que los hijos formaran parte de nuestro matrimonio.

Lo sabía. Lo sabía demasiado bien. Pero escucharlo decirlo tan claramente, sin titubeos, hizo que mi corazón se hundiera. Había estado esperando, tal vez ingenuamente, que el tiempo que habíamos pasado juntos, la cercanía que había crecido entre nosotros, pudiera haber cambiado su opinión. Que, en algún momento, él desearía lo mismo que yo. Pero parecía que nada había cambiado para él.

—Lo sé —susurré, mis dedos retorciéndose en mi regazo—. Pero es difícil. La gente habla. Esperan cosas de mí… de nosotros.

Él suspiró, pasándose una mano por el cabello. —No me di cuenta de que te estaba afectando tanto.

Lo miré, con el corazón pesado por el peso de los sentimientos no dichos. —No se trata solo de ellos, Edmund. Se trata de mí. Pensé que podría conformarme con lo que tenemos, pero…

No dijo nada, y el silencio entre nosotros se extendió, cargado de tensión y de palabras que ninguno se atrevía a pronunciar. Había esperado, ingenuamente, que él pudiera entender, que me ofreciera alguna tranquilidad, algún tipo de compromiso. Pero en su lugar, me miraba con esa misma expresión firme e inescrutable, como si el tema de los hijos fuera un libro cerrado.

Sentí el nudo en la garganta y el escozor de las lágrimas en los ojos, pero parpadeé rápidamente, negándome a dejarlas caer. Esto no era lo que había imaginado para mi

matrimonio. Lo había aceptado, sí, pero parte de mí había esperado que evolucionara en algo más. Algo más profundo. Algo que incluyera un futuro, un futuro de verdad, con una familia.

Y, sin embargo, aquí estábamos, atrapados en el mismo acuerdo tácito, como si ambos tuviéramos demasiado miedo de pedir algo más.

Quizás, al notar mi angustia, Edmund se levantó y cruzó la habitación hacia mí. Se arrodilló frente a mi silla, tomando mis manos entre las suyas. Su toque era cálido, familiar, y por un momento, calmó el dolor que había estado creciendo dentro de mí.

—No quiero que estés mal, Beatrice —dijo suavemente, su pulgar acariciando mis nudillos en un gesto que hizo que mi corazón doliera aún más—. Eres todo para mí. Y siempre te cuidaré. Siempre.

Sus palabras eran amables, pero no llenaban el vacío que sentía. Y, antes de que pudiera decir algo más, se inclinó y me besó—suavemente al principio, luego con más intensidad. Sus labios eran cálidos y firmes, y por un breve momento, la tensión entre nosotros se desvaneció.

Me encontré respondiendo, inclinándome hacia él, mis manos deslizándose en su cabello mientras el beso se profundizaba. Me levantó del asiento, y antes de que me diera cuenta, nos estábamos moviendo hacia la alcoba, nuestros cuerpos presionados, el calor entre nosotros aumentando con cada caricia.

En ese momento, me olvidé del té, de las preguntas, del futuro que tanto anhelaba. Lo único que importaba eran las manos de Edmund sobre mí, sus labios en mi piel, la forma en que me hacía sentir querida, aunque solo fuera por un rato.

A medida que el beso se hacía más intenso, mientras su mano se deslizaba hacia la nuca, atrayéndome más cerca, sentí que mi resolución se desmoronaba. Su beso se volvió más urgente, más profundo, y antes de que me diera cuenta, me levantó en brazos, llevándome hacia la cama, como si esta fuera la única respuesta que podía ofrecerme.

Hicimos el amor esa noche, la tensión no dicha entre nosotros derramándose en cada movimiento. Sus manos estaban por todas partes, su boca buscando la mía con una desesperación que no había sentido antes en él. Era como si intentara darme algo, decir algo, sin usar palabras. Y en ese momento, me permití creer que tal vez, solo tal vez, esto era suficiente.

Nos movíamos juntos, nuestros cuerpos hablaban un lenguaje que las palabras nunca podrían capturar. Su miembro se deslizó dentro de mí con una suavidad que nunca dejaba de asombrarme, y por un momento, nos perdimos en la sensación. El mundo fuera de nuestro dormitorio dejó de existir, y solo quedábamos nosotros, un torbellino de pasión y necesidad.

Envolví mis piernas alrededor de él, incitándole a profundizar, sintiendo cómo el calor se acumulaba dentro de mí como un crescendo acercándose a su clímax.

Nuestras respiraciones se fundieron, una sinfonía entrecortada de deseo que llenaba la habitación. Sus caderas se movían más rápido, empujando en mí con una urgencia primitiva que enviaba oleadas de placer a través de mi cuerpo.

Pero cuando la ola de placer crecía, Edmund se detuvo. Como siempre, justo cuando el calor entre nosotros comenzaba a transformarse en algo más, Edmund se retiraba. Se detenía antes del último momento, antes de que el acto pudiera llevar a lo que ahora deseaba tan profundamente.

Mis ojos se abrieron de golpe, sorprendidos, buscando los suyos, que estaban llenos de una extraña mezcla de deseo y algo más: ¿tristeza, quizás? Era una escena que habíamos repetido innumerables veces, un pacto silencioso que habíamos hecho y un recordatorio del futuro que habíamos decidido negar.

Sin hijos. Sin futuro más allá de los dos.

Esta era la enésima vez que lo hacía, siempre en honor a ese acuerdo tácito que teníamos para evitar concebir. La necesidad cruda en sus ojos contrastaba con la manera suave en que se apartaba, un recordatorio silencioso de la decisión que ensombrecía nuestra vida amorosa. La habitación estaba llena del sonido de nuestras respiraciones entrecortadas y de las palabras no pronunciadas que flotaban en el aire, cargadas de arrepentimiento.

Alcanzó un pañuelo de la mesilla de noche, ese pequeño cuadrado blanco que parecía tan fuera de lugar en medio del torbellino de nuestra pasión. Con una ternura que parecía casi cruel ante nuestro deseo frustrado, limpió la evidencia de nuestra unión, la prueba física de su autocontrol. Lo observé, sintiendo una extraña mezcla de excitación y tristeza, mi cuerpo aún temblando por el cese repentino de su contacto.

Después, me besó para darme las buenas noches, sus labios permanecieron sobre los míos, una disculpa silenciosa por el vacío que ahora me invadía. Su beso era tierno, casi reverente, como si me adorara en esencia. Sin embargo, era un gesto agridulce, un recordatorio implacable del abismo infranqueable que existía entre nosotros. Cuando nuestras bocas se separaron, sentí el calor de su aliento contra mi piel, una última caricia antes de que se girara hacia la noche.

Nuestros ojos se encontraron en la penumbra, y por un momento, vi el dolor reflejado en su mirada. Era el mismo que el mío, un dolor compartido que iba más allá de lo físico hasta el núcleo mismo de nuestro ser. Pero habíamos hecho nuestra elección, una elección nacida del miedo y la duda, y debíamos vivir con las consecuencias. Con un suspiro, me giré, dándole la espalda, el calor de su cuerpo ya desvaneciéndose en mi memoria.

El silencio que siguió fue ensordecedor, el único sonido era el suave susurro de las cortinas mientras la brisa nocturna danzaba por la habitación. Miré la pared, mi mente llena de pensamientos sobre lo que podría haber sido, de la vida que habíamos decidido no crear. El dolor sordo entre mis piernas era un recordatorio constante del placer negado, un eco fantasmal de la familia que habíamos elegido no tener.

Me quedé a su lado después, mirando el techo, con el corazón dolorido por una decepción que no podía nombrar del todo. Me había besado, me había abrazado, me había hecho el amor como siempre lo hacía: con ternura, con cuidado. Pero faltaba algo. Algo que había tenido miedo de admitir que quería.

21

La Fábrica de Chismes

El salón de la duquesa Abernathy siempre era el epicentro de los cotilleos de la sociedad, pero hoy el murmullo de los chismes se sentía más fuerte, más afilado, más personal. Al entrar en la habitación, podía prácticamente notar el peso de las miradas, esas miradas curiosas lanzadas desde detrás de abanicos que se agitaban con nerviosismo y tazas de té elevadas. No era raro que alguien en mi posición—una recién casada con uno de los solteros más codiciados de la sociedad—atrajera atención, pero el tono de las conversaciones de hoy me resultaba diferente. Más directo. Más peligroso.

Sabía que este momento llegaría. Desde la boda, solo era cuestión de tiempo antes de que el *ton* comenzara a especular sobre por qué Edmund Fairchild había decidido casarse repentinamente conmigo de entre todas las personas. Al fin y al cabo, fue la mayor sorpresa de la temporada. Algunos, estaba segura, creían que era una historia de amor, una unión improbable pero encantadora entre dos personas que se conocían desde hacía años. Otros, sin embargo, sospechaban que había algo más detrás de la historia.

Y no se equivocaban.

Podía escuchar los susurros a mi alrededor mientras avanzaba por la habitación, mi sonrisa firmemente en su lugar incluso cuando los tentáculos del chisme se enroscaban a mi alrededor como una soga.

—¿Has oído? Todo fue muy repentino, ¿no? Y sin embargo… ¿nada de noticias sobre un heredero? —murmuraba una mujer detrás de su abanico.

—Quizás sea estéril —susurró otra voz, más baja pero no menos venenosa—. O tal vez nunca hubo intención de tener un heredero.

Mis mejillas ardieron mientras pasaba junto a ellas, fingiendo no escuchar, pretendiendo que sus palabras no me herían tanto como lo hacían. La especulación había comenzado casi

inmediatamente después de nuestra boda, pero ahora que habían pasado casi seis meses sin señales de un niño, los rumores habían cobrado vida propia.

Los matrimonios repentinos siempre invitaban al escrutinio, pero el nuestro parecía estar en el centro de una tormenta. No había grandes gestos románticos ni muestras públicas de afecto que sugirieran un apasionado romance. Y sin un embarazo que justificara la prisa de nuestra unión, la sociedad había sacado sus propias conclusiones. Algunos susurraban que Edmund solo se había casado conmigo por obligación, mientras que otros creían que había un oscuro secreto detrás de nuestras sonrisas.

Y ahora… empezaban a decir que yo era estéril.

Me dirigí hacia el rincón más alejado de la habitación, lejos de las peores cotillas, y me senté, con las manos temblando levemente mientras intentaba alisar la tela de mi vestido. El escozor de sus palabras persistía, inundando mis pensamientos incluso cuando intentaba apartarlas.

"Estéril". La palabra en sí se sentía como un golpe. Era cruel, y lo peor de todo, no era verdad. Pero ¿cómo podría defenderme cuando ni siquiera yo podía explicar la ausencia de un hijo en nuestro matrimonio? El acuerdo que Edmund y yo habíamos hecho era privado, un pacto silencioso entre ambos. Pero a la sociedad no le importaba eso. Para ellos, un matrimonio sin hijos era un fracaso—especialmente un matrimonio como el nuestro, donde se esperaba un heredero casi de inmediato.

Mientras me sentaba allí, con el corazón apesadumbrado por el peso de su juicio, no podía evitar sentir cómo la presión aumentaba. El *ton* me observaba, esperando algún signo de que había cumplido con mi deber como esposa de Edmund. Y con cada mes que pasaba, sus susurros se volvían más fuertes, sus sospechas más oscuras.

Al otro lado de la habitación, vislumbré a la propia duquesa Abernathy, con esos ojos astutos que brillaban con un placer mal disimulado mientras lanzaba una mirada en mi dirección. Siempre había sido una experta en usar el chisme como arma, y no me cabía duda de que gran parte de la especulación sobre mi matrimonio había comenzado en su salón. Se alimentaba del escándalo, y nuestra unión le había proporcionado abundante material.

Respiré hondo, intentando calmar el latido acelerado de mi corazón. No era solo el chisme lo que me molestaba—era el hecho de que, en algunos aspectos, temía que tuvieran razón. Edmund y yo no habíamos hablado mucho sobre hijos desde nuestro matrimonio. Había sacado el tema una o dos veces, pero cada vez, él había desviado la conversación con delicadeza, recordándome los términos que habíamos acordado.

Pero ahora, con los ojos de la sociedad firmemente puestos en nosotros, sentía cómo ese acuerdo comenzaba a pesarme. Y no se trataba solo de las expectativas de los demás, sino de las mías propias. Yo quería más. Quería un futuro que incluyera una familia, hijos nuestros. Pero Edmund… él había dejado claro que eso no formaba parte de su plan.

El pensamiento me oprimió el pecho, con un dolor sordo de decepción asentándose en lo más profundo de mí. ¿Cuánto tiempo podría mantener esta farsa? ¿Cuánto tiempo podría soportar los susurros, los rumores, la especulación sobre por qué aún no había traído al mundo un heredero? Y lo peor, ¿cuánto tiempo más podría seguir viviendo en un matrimonio que, aunque lleno de respeto y cordialidad, me dejaba deseando algo más?

A medida que avanzaba la tarde, me excusé y salí del salón, deseosa de escapar del ambiente asfixiante de juicios y chismes. El trayecto en carruaje de regreso a la Mansión Fairchild fue silencioso, pero mi cabeza no paraba de dar vueltas. No podía sacudirme la sensación de que todo se estaba cerrando sobre mí—que mi matrimonio, mi futuro, pendían de un hilo muy frágil.

Al llegar a casa, encontré a Edmund en la biblioteca, como de costumbre, concentrado en algunos documentos de la finca esparcidos frente a él. Levantó la vista cuando entré, una pequeña sonrisa asomando en las comisuras de sus labios.

—Beatrice —me saludó cálidamente, dejando los papeles a un lado—. ¿Qué tal estuvo el té?

Dudé, sin saber cómo responder. ¿Cómo podría contarle sobre los crueles susurros, la especulación sobre mi supuesta infertilidad? ¿Cómo explicarle la presión que sentía, el peso sofocante de las expectativas sociales sobre mí? Y lo peor, ¿cómo decirle que, en el fondo, temía que él nunca quisiera lo mismo que yo—hijos, una familia, un futuro que fuera más allá de este cuidadoso arreglo que habíamos construido?

—Fue… como esperaba —dije finalmente, mi voz sonando más baja de lo que pretendía.

Levantó una ceja, notando claramente que algo no iba bien. —¿Como esperabas? —repitió, levantándose y acercándose a mí—. ¿Qué ocurre?

Lo miré, buscando en su rostro alguna señal de que entendía, de que podía captar lo que intentaba decir sin necesidad de que se lo explicara todo. Pero Edmund seguía tan sereno como siempre, su expresión calmada, su preocupación genuina pero no lo suficientemente profunda como para aliviar la tormenta que tenía dentro.

—Estaban hablando de nosotros —dije, las palabras saliendo antes de que pudiera contenerlas—. Sobre… la falta de un heredero.

Suspiró, sus hombros tensándose ligeramente. —Ya veo.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir? —pregunté, mi frustración saliendo a la superficie—. ¿“Ya ves”? Edmund, piensan que soy estéril. Creen que hay algo mal en mí.

Frunció el ceño, con una expresión de preocupación. —Beatrice, sabes que eso no es cierto. Acordamos…

—Sí, acordamos —lo interrumpí, mi voz más aguda de lo que pretendía—. Pero eso no impide que hablen. Que asuman. Y no me impide a mí desear algo más.

Sus ojos se suavizaron, pero permaneció en silencio, colocando sus manos con suavidad sobre mis hombros. —Beatrice…

Negué con la cabeza, apartándome de su toque. —Solo… no sé cuánto más podré seguir fingiendo que esto es suficiente.

Hubo un instante de silencio, y por un momento, pensé que diría algo—lo que fuera—que hiciera esto más llevadero. Pero en su lugar, hizo lo de siempre. Me besó. Al principio, suave, y luego con más intensidad, como si intentara borrar la tensión entre nosotros con sus labios.

Y por un rato, funcionó. Terminamos en la cama, nuestros cuerpos entrelazados, nuestras respiraciones fusionándose en la oscuridad. Pero incluso cuando nos unimos, incluso cuando me sostuvo cerca y susurró mi nombre, sabía que el verdadero problema seguía ahí, sin ser mencionado ni resuelto.

Y en el silencio que siguió, el peso de esa verdad se posó sobre mí como un sudario.

22

Bajo la Superficie

El silencio durante la cena había sido pesado, casi insoportable. El tintineo de los cubiertos, el suave roce de los platos, todo parecía más fuerte de lo normal, llenando el vacío de conversación entre Edmund y yo. No éramos ajenos a las comidas silenciosas, pero esta noche la tensión entre nosotros vibraba con una energía palpable, alargando la distancia, aunque estuviéramos sentados frente a frente en la misma mesa.

Empujé un trozo de pollo asado por mi plato, sin hambre. Mi mente no dejaba de dar vueltas a la conversación que habíamos tenido en el salón días atrás. Los chismes en el salón de la duquesa Abernathy, la presión del ton, todo seguía pesando sobre mí como una nube negra, más agobiante de lo que quería admitir. Y luego estaba Edmund. Edmund, con sus expresiones inescrutables y su comportamiento siempre sereno. Edmund, que no había cedido ni un milímetro en lo que ahora me daba cuenta de que deseaba más que nada: una familia.

Él no había vuelto a mencionar el tema. Yo tampoco. Pero la cuestión flotaba en el aire entre nosotros como un fantasma no deseado. Y lo odiaba.

A medida que la cena avanzaba, ya no pude soportarlo más. Dejé el tenedor a un lado y levanté la vista, atrapando la mirada de Edmund al otro lado de la mesa. Él levantó la vista de su plato, frunciendo levemente el ceño ante mi repentino movimiento.

—Edmund —dije en voz baja, mi tono era cauto pero decidido—, ¿podemos hablar? De verdad.

Él me observó por un momento, sus ojos se suavizaron, y luego asintió, apartando su plato. —Por supuesto.

Me levanté, dejando el comedor sin mirar atrás, y caminé hacia el salón donde habíamos compartido tantas conversaciones incómodas antes. Pero esta vez, estaba decidida a que las cosas fueran diferentes. Tenía que haber algo más debajo de este arreglo formal que habíamos

construido entre nosotros. Tenía que haber más que esta tensión interminable, estos silencios sin fin.

Edmund me siguió, y una vez que nos sentamos, con el fuego crepitando suavemente en la chimenea, el peso del momento se asentó a nuestro alrededor. Durante unos minutos, simplemente nos quedamos allí, el único sonido era el crujir de los leños. Ni siquiera estaba segura de cómo empezar.

Pero, para mi sorpresa, Edmund fue el primero en hablar.

—Sé que las cosas no han sido fáciles —dijo en voz baja, su tono rompiendo el silencio—. Y soy consciente de que no he estado tan… atento a tus sentimientos como debería.

Parpadeé, sorprendida por la confesión. Edmund rara vez hablaba de emociones, ni de las suyas ni de las de los demás. Su exterior calmado y controlado siempre había sido impenetrable, por lo que escucharle reconocer mis sentimientos me tomó por sorpresa.

—No se trata solo de atención —dije, mi voz suave pero firme—. Se trata de nosotros. De dónde estamos y hacia dónde vamos. Siento que… no te conozco realmente, Edmund. No al verdadero tú.

Miró hacia otro lado por un momento, fijando la vista en el fuego como si estuviera reuniendo sus pensamientos. Cuando finalmente habló, su voz era más baja, más reflexiva.

—Tienes razón —admitió—. Me he mantenido a la defensiva. No fue intencionado al principio, pero ha sido difícil… —Dejó la frase en el aire, como si le costara encontrar las palabras adecuadas—. Dejar que alguien entre. Incluso alguien tan importante como tú.

Me enderecé un poco, mi corazón acelerándose al oír sus palabras. Esto era lo más cercano que había estado a admitir que, de hecho, había levantado un muro entre nosotros. —¿Por qué? —pregunté, mi voz apenas un susurro.

Él suspiró, sus hombros se relajaron levemente, como si el peso de sus propios pensamientos finalmente lo hubiera alcanzado. —Supongo que comenzó después de la muerte de mis padres. Cuidar de Isabella, gestionar la finca, lidiar con todo lo que conllevaba el título, sentía que no había espacio para nada más. No quería dejar que nadie se acercara. Era más fácil centrarme en mis responsabilidades.

Asentí, comenzando a entender. Edmund había llevado el peso del legado de su familia durante años, al igual que yo con mi propia familia. El sentido del deber, la necesidad de proteger a quienes amábamos, era algo que compartíamos, aunque no lo hubiéramos reconocido hasta ahora.

—Te hiciste cargo de tantas cosas —dije en voz baja—, por Isabella, por tu familia. Puedo entender por qué sería difícil pensar más allá de eso.

Él me miró, sus ojos buscando los míos, y por primera vez vi algo en ellos que no había visto antes: vulnerabilidad. —No fue solo el deber —continuó, su voz ahora más suave—. Fue la culpa. Siempre he sentido que fallé a Isabella al no asegurarme de que se casara con alguien de más… prestigio. Quería protegerla, asegurarme de que estuviera bien cuidada, pero no pude controlar esa parte de su vida. No pude controlarlo todo.

Las palabras flotaron en el aire entre nosotros, y de repente me di cuenta de cuánto las decisiones de Edmund, incluido nuestro matrimonio, habían sido impulsadas por esa necesidad de controlar, de arreglar lo que él creía que estaba roto. Y ahora, aquí estábamos, en un matrimonio que se había construido sobre términos prácticos en lugar de amor o afecto. Un matrimonio que, a pesar de todas sus ventajas, carecía de la conexión emocional que ambos anhelábamos pero teníamos demasiado miedo de admitir.

Dudé por un momento, sin saber si debía hablar, pero las palabras ya estaban en mis labios antes de poder detenerlas. —¿Es por eso que no quieres tener hijos? ¿Porque tienes miedo de perder el control de nuevo?

Su mirada vaciló, algo indescifrable cruzó por su rostro antes de que bajara la vista. —En parte —confesó—. Pero también es porque no quería cargar a nadie más con mis responsabilidades. No quería crear un futuro que no podía prometer que sería mejor.

Su sinceridad me tomó por sorpresa, y me encontré extendiendo la mano a través del pequeño espacio que nos separaba, colocando mi mano sobre la suya. —No tienes que controlarlo todo, Edmund —dije suavemente—. No tienes que cargar con todo esto solo.

Me miró entonces, realmente me miró, como si me estuviera viendo por primera vez. Había algo más suave en su mirada ahora, una especie de aceptación silenciosa que no había estado allí antes. —No sé si sé cómo dejar eso —admitió.

Sonreí levemente, apretando su mano. —No tienes que hacerlo todo de una vez. Pero tal vez… tal vez podríamos descubrirlo juntos.

Por un momento, ninguno de los dos habló, el silencio se extendió entre nosotros, no en tensión esta vez, sino en algo nuevo. Algo prometedor.

—No quiero que seas infeliz, Beatrice —dijo suavemente—. Sé que este matrimonio comenzó como un arreglo, pero… me importas. Más de lo que esperaba.

Mi respiración se detuvo ante su confesión. No era una declaración de amor, pero era un comienzo. Un destello de algo más profundo que no me había atrevido a esperar.

—Tú también me importas, Edmund —susurré, mi voz temblando levemente con el peso de mis propias emociones—. Más de lo que pensé que lo haría.

Nos quedamos allí por un momento, nuestras manos aún entrelazadas, ambos atrapados en este raro momento de vulnerabilidad. Había una especie de alivio en ello, una sensación de conexión que había faltado durante tanto tiempo. Pero incluso mientras sentía que nos acercábamos, sabía que ambos seguíamos siendo cautelosos, aún con miedo de avanzar demasiado rápido. El delicado equilibrio de nuestro arreglo seguía intacto, pero ahora había algo más entre nosotros, algo frágil, pero real.

No puedo culpar del todo a Edmund, yo también quería este matrimonio con todas sus consecuencias. Yo también utilicé el matrimonio para saldar la deuda de mi familia. Así que Edmund no fue completamente egoísta, lo fui yo. Yo, que sabía lo que me esperaba en este matrimonio, insistí de todos modos.

Esa noche, mientras estábamos acostados juntos, el silencio entre nosotros se sintió diferente. Menos pesado. Menos solitario. Y por primera vez, me permití creer que tal vez, solo tal vez, podríamos encontrar nuestro camino juntos.

Aunque ninguno de los dos supiera exactamente hacia dónde nos llevaría ese camino.

23

Una Noche de Consecuencias Imprevistas

La casa estaba en silencio cuando Edmund regresó esa noche, pero era un silencio distinto al habitual. Un silencio que se aferraba al aire, denso y expectante. Pude escuchar sus pasos resonando en el pasillo mientras yo estaba sentada junto al fuego en mi camisón, acariciando distraídamente la cubierta del libro que no me había molestado en leer. Era tarde, más tarde de lo usual para él, y aunque me había acostumbrado a sus hábitos tranquilos y predecibles, esta noche algo se sentía diferente.

La puerta del salón chirrió al abrirse, y levanté la vista para encontrarlo de pie en el umbral. Su abrigo estaba ligeramente torcido, la perfecta corbata que siempre llevaba estaba suelta, y había un brillo en sus ojos que me decía que había estado bebiendo. No lo suficiente para estar borracho, pero sí lo justo para suavizar los bordes de esa compostura que llevaba como una armadura.

—Beatrice —dijo, su voz baja, casi titubeante.

Dejé el libro a un lado, mi corazón ya comenzando a acelerarse al verlo. Algo en la forma en que me miraba, desenfocado, casi vulnerable, me ponía nerviosa de una manera que no podía definir del todo.

—Edmund —lo saludé suavemente, sin saber qué decir.

Él dio un paso más en la habitación, cerrando la puerta tras de sí. La luz titilante del fuego proyectaba largas sombras en su rostro, y observé cómo se pasaba una mano por el cabello, su habitual aire de control deslizándose lo suficiente como para que lo notara.

—Salí con unos amigos —dijo, su voz era tranquila, casi un pensamiento suelto—. Tomé unas copas. Más de lo habitual, supongo.

Asentí, aunque no estaba segura de por qué me lo estaba diciendo. Edmund rara vez hablaba de sus noches fuera, y casi nunca mencionaba sus sentimientos personales. Pero esta noche era

diferente. Esta noche algo estaba saliendo a la superficie, y no estaba segura de si estaba preparada para lo que eso revelaría.

Dio unos pasos más hacia mí, luego se detuvo, su mirada fija en el fuego. —Siempre estás aquí, esperándome —dijo, más para sí mismo que para mí—. Y no sé por qué nunca me di cuenta de lo mucho que significa eso.

Parpadeé, sorprendida por la crudeza de sus palabras. —Soy tu esposa —dije suavemente, mi voz temblando un poco—. ¿Dónde más iba a estar?

Entonces me miró, sus ojos más oscuros de lo habitual, llenos de algo que no lograba identificar del todo. —No te casaste conmigo por amor, Beatrice. Lo sé. Y yo tampoco me casé contigo por amor. Pero… tal vez eso fue un error.

Sus palabras flotaron en el aire, pesadas e inesperadas. Por un momento, no pude respirar, no pude pensar. ¿Esto estaba realmente sucediendo? ¿Edmund estaba finalmente admitiendo lo que ambos habíamos tenido demasiado miedo de decir durante tanto tiempo?

—Yo… —comencé, pero mi voz se quebró.

Él cruzó el espacio que nos separaba en unas pocas zancadas, colocándose frente a mí, su expresión indescifrable. Extendió la mano, sus dedos rozaron mi mejilla, y pude sentir el calor de su toque filtrándose en mi piel. Rara vez Edmund me tocaba así, con tanta suavidad, con tanta intención. Mi corazón latía con fuerza ahora, mi mente dando vueltas con las implicaciones de sus palabras.

—Tal vez hemos estado escondiéndonos detrás de este arreglo por demasiado tiempo —murmuró, su voz baja y áspera—. Tal vez es hora de que dejemos de fingir.

Antes de que pudiera responder, se inclinó y me besó. No fue como las otras veces, esos besos cuidadosamente controlados que se sentían más como un deber que como deseo. Este beso era diferente. Era más profundo, más intenso, lleno de una urgencia que me dejó sin aliento. Pude saborear el alcohol en sus labios, pero había algo más allí también, algo crudo, algo real.

No me aparté. No podía. En su lugar, me incliné hacia él, mis manos se deslizaron por su cabello mientras devolvía el beso con igual fervor. El fuego crepitaba en la chimenea, el único sonido en la habitación aparte de la aceleración de nuestras respiraciones mientras el beso se profundizaba, mientras nuestros cuerpos se acercaban más.

—Beatrice —susurró contra mis labios, su voz llena de algo que nunca antes había escuchado en él: necesidad.

Sus manos encontraron mi cintura, acercándome a él mientras tropezábamos hacia el dormitorio, la puerta cerrándose tras nosotros con un suave golpe. Mi corazón latía con fuerza en

el pecho, y mi mente daba vueltas con la repentina inmediatez de todo. Pero no me detuve. No dudé. Por primera vez desde nuestro matrimonio, lo deseaba. No como mi esposo por deber, sino como hombre. Como Edmund.

Nuestra ropa cayó en una prisa desordenada, cada toque era una promesa silenciosa de cerrar la brecha que había crecido entre nosotros. Su cuerpo estaba caliente contra el mío, sus manos temblaban mientras exploraban cada centímetro de mi piel. El whisky había aflojado sus inhibiciones, pero era la emoción desnuda en sus ojos lo que realmente me embriagaba.

Entró en mí con un gemido, y esta vez no hubo pausa, no se retiró. Nos movimos juntos como si fuéramos uno, nuestros cuerpos hablando un lenguaje que habíamos olvidado. La habitación giraba a nuestro alrededor, un torbellino de pasión que habíamos mantenido contenida durante demasiado tiempo. El sonido de nuestro acto llenaba el aire, una sinfonía de necesidad y deseo que parecía sacudir los cimientos mismos de la casa.

Al alcanzar el clímax, nuestras miradas se encontraron, y en ese momento vi el amor y el miedo que nos habían separado. Pero fue el amor el que prevaleció, el amor el que nos había reunido. Y mientras descendíamos de las alturas del placer, supe que nuestras vidas nunca volverían a ser las mismas. El futuro era incierto, pero en ese momento, éramos completos.

La noche pasó en un remolino de sábanas enredadas y nombres susurrados, una especie de intimidad desesperada que ninguno de los dos nos habíamos permitido antes. No hubo más palabras, no más explicaciones, solo la crudeza del momento, el peso de todo lo que habíamos dejado sin decir aplacándonos.

Para cuando la primera luz del amanecer se filtró por las cortinas, yo yacía a su lado, con la realidad de lo que acababa de suceder asentándose en mí. Edmund dormía, su respiración lenta y constante, su brazo descansando suavemente sobre mi cintura. Miré al techo, mi corazón aún acelerado, mi mente dando vueltas con mil preguntas.

¿Qué significaba esto? ¿Había sido solo el alcohol relajando su guardia, o realmente algo había cambiado entre nosotros? ¿Era el comienzo de algo nuevo, o volveríamos a nuestros papeles cuidadosamente construidos por la mañana, fingiendo que nada había cambiado?

No sabía las respuestas. Lo único que sabía era que, por primera vez en nuestro matrimonio, sentía una cercanía con Edmund que no me había dado cuenta de que me faltaba. Y eso me aterraba.

La mañana siguiente fue incómoda, tal como había temido que sería. Edmund se despertó antes que yo, ya vestido para cuando me levanté. No dijo mucho, solo un educado —Buenos días — antes de marcharse para el día, dejándome con una sensación de vacío en el pecho.

No hablamos sobre lo que había pasado la noche anterior. Ninguno de los dos lo mencionó. Era como si ambos tuviéramos demasiado miedo de reconocer el cambio que había ocurrido entre nosotros, demasiado inseguros de lo que significaba o hacia dónde nos llevaría.

Pero la tensión entre nosotros había crecido, de eso no había duda. Ya no era la fría y distante tensión de dos extraños en un matrimonio de conveniencia. Era algo más cálido, algo más peligroso. Y sabía que, fuera lo que fuera que viniera después, estábamos al borde de algo que no podíamos controlar.

Mientras me sentaba sola en el salón esa noche, el fuego parpadeando suavemente en la chimenea, no pude evitar preguntarme: ¿Era este el comienzo de algo real? ¿O todavía nos escondíamos detrás de los muros que habíamos construido, demasiado asustados para dejarlos caer?

Solo el tiempo lo diría. Pero en el fondo, sabía que, pasara lo que pasara, ya no había vuelta atrás.

24

Un Descubrimiento Impactante

Todo empezó con las náuseas, una extraña y persistente sensación de malestar que me asaltaba cada mañana como un invitado no deseado. Al principio, lo ignoré. Estrés, me decía a mí misma. Eso tenía que ser. Al fin y al cabo, tenía suficientes preocupaciones como para que cualquiera se sintiera fuera de equilibrio. Los interminables chismes, la presión de la sociedad y la tensión entre Edmund y yo eran las cosas que me mantenían despierta por la noche, no una dolencia imaginaria.

Pero las náuseas no desaparecieron. Seguían ahí, burlándose de mí cada vez que me sentaba a desayunar. El olor del té me revolvía el estómago, y con solo ver una tostada, tenía que levantarme de la mesa. Al principio era algo leve, fácil de ignorar. Pero con el paso de los días, mi cuerpo comenzó a traicionarme de otras maneras. Me dolían los pechos, más de lo que había experimentado nunca, y cada roce de la tela contra mi piel me provocaba una punzada aguda de incomodidad.

Al principio, lo atribuí al agotamiento. Había estado lidiando con tantas cosas últimamente, tanto emocional como físicamente, que no me sorprendía que mi cuerpo reaccionara. Pero la molestia persistía, al igual que la fatiga que me pesaba como un plomo. Me encontraba quedándome dormida a mitad del día, algo muy raro en mí. Normalmente era tan capaz, tan enfocada. Ahora, sentía que me arrastraba por cada hora.

No fue hasta que noté el retraso de mis reglas que la verdad empezó a tomar forma en mi mente.

Esa mañana, me senté en el borde de la cama, con el corazón latiendo con fuerza mientras contaba los días. No podía ser. Simplemente no podía. Pero cuanto más contaba, más encajaban las piezas. Las náuseas, la sensibilidad, el cansancio… todas señales que había ignorado tontamente, todas apuntando a la misma y aterradora conclusión.

Llevé una mano temblorosa a mi estómago, la habitación parecía girar a mi alrededor. No. No, era imposible. Edmund y yo solo habíamos sido íntimos una vez, solo una vez. Seguramente eso no podía ser suficiente.

Pero a medida que la realidad se asentaba, la magnitud de lo que estaba sucediendo me golpeó como una ola gigantesca.

¿Estoy embarazada?

Apenas podía respirar mientras las palabras resonaban en mi mente, una y otra vez. Estaba esperando un hijo de Edmund. Un hijo que ninguno de los dos había planeado, que ninguno de los dos quería. Era una locura, completamente absurda. ¿Cómo podía haber sucedido algo tan trascendental con solo una noche?

Tenía que saberlo con certeza. No podía seguir caminando con esta incertidumbre mordiéndome por dentro, esta posibilidad salvaje devorándome. Así que hice algo que nunca habría considerado antes. Me las arreglé para concertar una visita a una comadrona discreta en el pueblo, bajo el pretexto de un simple recado. Sabía los riesgos, los chismes, el juicio si alguien lo descubría, pero no podía soportar no saberlo. Necesitaba confirmación.

El consultorio de la comadrona era modesto pero limpio, escondido en una parte del pueblo donde nadie de mi posición pensaría en buscar. Cuando llegué, me recibió amablemente, aunque sus ojos, sabios y perspicaces, parecían ver más allá de mi fachada nerviosa. Tras un breve examen, confirmó lo que tanto temía.

—Estás embarazada —dijo, con voz suave, aunque sus palabras me golpearon como un martillo en el pecho.

La miré, con la garganta apretada mientras la verdad se asentaba finalmente en mí. Estaba esperando un bebé. Después de una sola noche con Edmund. Una noche en la que ambos habíamos bajado la guardia, cuando él había soltado su cuidadoso control lo suficiente como para que esto sucediera. Me parecía imposible. ¿Cómo podía algo tan decisivo surgir de un solo encuentro?

—Solo hace falta una vez —dijo la comadrona, como si leyera mis pensamientos—. Estas cosas pasan más de lo que crees.

Asentí, atónita, apenas capaz de procesar lo que me estaba diciendo. Esto era real. No era una fantasía descabellada, ni una dolencia provocada por el estrés. Estaba esperando un hijo. El hijo de Edmund.

La comadrona me dio algunos consejos: descansar, comer bien, cuidarme. Pero sus palabras se convirtieron en un murmullo distante, perdidas en el torbellino de pensamientos que giraban

en mi cabeza. Para cuando salí, estaba aturdida, mis pasos eran lentos e inseguros mientras me dirigía de regreso al carruaje.

El trayecto de vuelta a casa fue un borrón. No podía dejar de pensar en la gravedad de la situación. ¿Qué iba a hacer? ¿Cómo iba a decírselo a Edmund? Mi corazón retumbaba en mi pecho al imaginar su reacción. Edmund había sido tan claro, tan firme en que no quería hijos. Todo su plan era dejar su título y la finca a su sobrino Henry. Y ahora… ahora todo había cambiado.

¿Se enfadaría? ¿Se decepcionaría? ¿Pensaría que lo había hecho a propósito? Mi estómago se encogió ante la idea. Edmund no era un hombre cruel, pero sí alguien que respetaba su palabra. Habíamos hecho un pacto, un acuerdo claro sobre la naturaleza de nuestro matrimonio, y yo lo había complicado con esta consecuencia inesperada e incontrolable.

Cuando el carruaje llegó a Mansión Fairchild, sentí una ola de pánico apoderarse de mí. No podía decírselo. No aún. No estaba lista para ver la expresión de sorpresa, de incredulidad o, peor aún, de arrepentimiento en sus ojos. Esto no era lo que él quería. No era lo que habíamos planeado. Y, sin embargo, aquí estaba yo, esperando su hijo, un hijo que lo cambiaría todo.

Bajé del carruaje con las piernas temblando mientras entraba en la casa. Mi mano fue instintivamente a mi vientre de nuevo, descansando allí como si quisiera proteger el secreto que ahora guardaba. Por ahora, me lo guardaría para mí. Tenía que hacerlo. Necesitaba tiempo, tiempo para averiguar cómo decírselo a Edmund, cómo prepararme para la tormenta que inevitablemente seguiría a esta revelación.

Pero, en el fondo, sabía que la verdad no podría permanecer oculta para siempre. Pronto, mi cuerpo me traicionaría, y el secreto saldría a la luz. Y cuando ese día llegara, no tenía idea de lo que sucedería. ¿Me rechazaría Edmund? ¿O este giro inesperado de los acontecimientos nos obligaría a enfrentar aquello que habíamos estado evitando todo este tiempo: nuestros verdaderos sentimientos el uno por el otro?

Por ahora, todo lo que podía hacer era esperar. Y tener esperanza.

25

El Creciente Secreto

Los días pasaban con una lentitud desesperante. Cada mañana me encontraba mirándome al espejo un poco más de tiempo, observando cómo los sutiles cambios en mi cuerpo se volvían más evidentes. Mi vientre, antes plano, ahora tenía una ligera curva, una curva que, a pesar de mis esfuerzos por ocultarla bajo capas de tela, se hacía cada vez más difícil de disimular.

Me había convertido en una experta en distracción: vestidos sueltos, sentarme estratégicamente en la mesa, evitar que los sirvientes, o peor aún, Edmund, prestaran demasiada atención. Era un delicado juego de equilibrio, y con cada día que pasaba, sabía que la farsa no duraría mucho. Pero aún no estaba lista para contárselo. No cuando todavía no sabía cómo reaccionaría. No con ese miedo constante de perderlo todo cerniéndose sobre mí como una nube de tormenta.

Por la noche, las cosas eran aún más complicadas. Edmund se había vuelto más atento últimamente, más cariñoso de formas que hacían que mi corazón se llenara de culpa y confusión. Sus besos eran más suaves, sus caricias duraban un poco más que antes. Y en la cama, su brazo se enroscaba a mi alrededor, atrayéndome hacia él mientras yacíamos juntos en la oscuridad.

Fue en una de esas noches, cuando su mano se deslizó por mi cintura y descansó sobre mi estómago, que sentí cómo la tensión llegaba a su punto más álgido.

—Beatrice… —murmuró, su voz adormilada y suave—. Noto algo diferente.

Mi corazón saltó hasta la garganta. Me quedé inmóvil, conteniendo la respiración mientras sentía su mano presionar suavemente contra mi vientre creciente. Pude sentir la pregunta detrás de su toque, la confusión comenzando a filtrarse en su voz. Estaba notando, finalmente estaba notando.

Rápidamente cubrí su mano con la mía, apartándola de la curva de mi estómago y llevándola

hacia mi cintura. Solté una risa forzada, tratando de sonar despreocupada. —He estado… comiendo más de lo habitual últimamente —dije, la mentira saliendo de mis labios con una facilidad preocupante—. Creo que he engordado un poco.

Sus dedos volvieron a rozar mi cintura, y contuve la respiración, rezando para que aceptara la explicación. Que no insistiera más.

Edmund se movió ligeramente a mi lado, apoyándose en un codo. Podía sentir su mirada sobre mí, buscando, como si intentara averiguar si le estaba diciendo la verdad o si estaba ocultando algo más. Mi corazón latía con fuerza, mi pulso resonaba en mis oídos.

—Nunca te ha importado mucho ganar peso antes —dijo en voz baja, con un leve toque de sospecha en sus palabras.

Tragué saliva, obligándome a sostener su mirada, aunque el pánico me carcomía por dentro. —Bueno, no es algo de lo que me sienta precisamente orgullosa —respondí con una pequeña sonrisa, esperando desviar su preocupación—. Supongo que todas esas cenas opulentas finalmente me han pasado factura.

Guardó silencio por un momento, sus ojos oscuros observándome de esa manera que siempre me hacía sentir que podía ver a través de mí. Contuve la respiración, esperando, preguntándome si ese sería el momento en que todo se desmoronaría. Cuando la verdad saldría a la luz, estuviera o no preparada para ello.

Pero entonces, lentamente, asintió. Su mano volvió a subir hasta mi costado, y se inclinó para besarme en la frente, sus labios cálidos contra mi piel.

—No te preocupes por eso —murmuró, acomodándose de nuevo en las almohadas—. Eres perfecta tal como eres.

Las palabras estaban destinadas a consolarme, y en cierto modo lo hicieron. Pero también me llenaron de una sensación de pavor. Me creyó, por ahora. Pero, ¿cuánto tiempo más podría mantener esta mentira? ¿Cuánto pasaría antes de que mi vientre creciente revelara la verdad?

Me giré de lado, dándole la espalda, con las manos reposando protectoras sobre mi estómago. La culpa me corroía, enredándose en una maraña que no se deshacía. Nunca había querido engañar a Edmund, no de esta manera. Pero estaba aterrada. Aterrada de lo que sucedería cuando descubriera que estaba esperando su hijo, el hijo que él nunca había querido.

Los días pasaban con un ritmo extraño y pesado. Me volví más hábil para ocultar los signos, más cautelosa en cómo me movía, cómo me vestía. Las náuseas habían comenzado a disminuir, gracias a Dios, pero los cambios en mi cuerpo se volvían cada vez más difíciles de ignorar. Mi

cintura se ensanchaba, mis vestidos me quedaban cada vez más ajustados, hasta el punto de que pronto no podría ocultarlo.

En las comidas, evitaba el tema de los hijos con una intensidad que rozaba la obsesión. Las conversaciones en sociedad sobre herederos y legados se habían vuelto insoportables, y a menudo me excusaba temprano de la cena o evitaba las reuniones por completo. Solo era cuestión de tiempo antes de que alguien más se diera cuenta. Y entonces empezarían las preguntas.

Pero era por la noche, cuando Edmund me abrazaba, que el secreto se sentía más pesado. Notaba su mano deslizándose sobre mi cuerpo, su toque suave pero inadvertido, pero cada vez que se acercaba demasiado a mi vientre, sentía cómo se me cortaba la respiración.

—¿Estás segura de que estás bien? —me preguntó una noche, su voz suave en la oscuridad —. Has estado… diferente últimamente.

Dudé, mi corazón palpitaba. —Solo estoy cansada —dije, la mentira sonando vacía incluso para mis propios oídos—. Un poco abrumada, tal vez.

No respondió, pero podía sentir la tensión en él, cómo se reprimía para no hacer más preguntas. Sabía que sentía que algo no andaba bien, pero por ahora me estaba dando espacio.

Sabía, sin embargo, que ese espacio no duraría para siempre.

Una noche, mientras estábamos acostados, lo sentí moverse a mi lado de nuevo, su mano, una vez más, descansando sobre mi vientre. Esta vez no la apartó, y mi pulso se aceleró.

—Beatrice… —comenzó, su voz baja—, ¿estás segura de que esto es solo por comer?

Podía oír la duda en su voz, la creciente sospecha que se colaba en su tono. Mi mente buscaba una excusa, algo que explicara los cambios que estaba sintiendo. Pero no había nada. No podía seguir mintiéndole para siempre.

Me volví hacia él, con el corazón pesado. Busqué sus ojos, preguntándome si ya lo sabía y solo esperaba que yo lo confirmara.

—No quiero que te preocupes —dije en voz baja, mi voz temblando ligeramente—. Todo está bien.

Frunció el ceño, su mano aún descansaba en mi estómago, su pulgar acariciando suavemente la curva que ahora era imposible de ignorar. Pude ver las preguntas formándose en su mente, el temor no dicho empezando a afianzarse.

Pero no podía decírselo. No aún.

—Confío en ti —dijo después de una larga pausa, aunque pude oír la incertidumbre en su voz. Se inclinó y me besó suavemente, y por un momento, me permití creer que este momento

duraría. Que podría mantener la verdad oculta un poco más.

Pero mientras yacía allí, sintiendo el peso de su mano sobre mi vientre, supe que la verdad se aproximaba. Y cuando llegara, todo cambiaría.

26

Déjà Vu

Había algo que estaba cambiando en Beatrice, algo que me rondaba la cabeza y no me dejaba en paz. Al principio fue sutil: su cuerpo se volvía más suave, sus movimientos más lentos, más deliberados. Noté que sus vestidos empezaban a quedarle un poco más ajustados en la cintura, la tela tirante cuando se sentaba o se reclinaba.

No debería haber sido algo de lo que preocuparse, en realidad. Las personas cambian. Pero ya había visto esto antes, ¿verdad? La manera en que el cuerpo de una mujer cambiaba, cómo su vientre parecía crecer, lento al principio, y luego de golpe. Le pasó igual a Isabella. Ella había ocultado su embarazo tanto como pudo, pensando que nadie notaría los pequeños cambios, pero yo también lo había notado entonces.

Y ahora, con Beatrice, no podía quitarme de encima la sensación de que la historia se estaba repitiendo.

Una noche, estaba en mi estudio, mirando el fuego, intentando dar sentido a los pensamientos que revoloteaban en mi cabeza. No estaba listo para preguntárselo directamente; no tenía certeza en mis sospechas, y no quería acusarla de algo que podría no ser cierto. Después de todo, no es como si Beatrice hubiera estado enferma. No había señales de náuseas ni cambios en su dieta que el personal pudiera haber notado.

Incluso le había preguntado al cocinero una vez, casualmente, esperando obtener alguna pista. Pero ella solo sonrió y me dijo que el apetito de la señora Beatrice seguía siendo el mismo de siempre, constante y moderado, sin antojos raros ni repulsiones repentinas.

Eso, por sí solo, me hizo detenerme a pensar. Si Beatrice estuviera embarazada, debería haber algún cambio. Recuerdo que Isabella vomitaba violentamente durante sus primeros meses, sin poder ni siquiera mirar ciertos alimentos sin ponerse verde. Sin embargo, aquí estaba Beatrice, tan tranquila y equilibrada como siempre. Entonces, ¿cómo podía estar embarazada?

Y luego estaba el asunto de las veces que había tocado su estómago, mi mano rozando su vientre por la noche mientras yacíamos juntos. No siempre lo notaba blando, como recordaba. A veces, estaba firme bajo mi palma, como si una leve dureza hubiera echado raíces bajo su piel. Pero incluso entonces, dudaba de mí mismo. Si estuviera encinta, su vientre debería estar más redondeado, más evidente a estas alturas, ¿no?

Suspiré, frustrado conmigo mismo por darle tantas vueltas al asunto. No era posible.

Había sido cuidadoso, muy cuidadoso. Cada vez que habíamos estado juntos, me había asegurado de apartarme, de liberar fuera de ella. Era un método infalible, ¿no? Había funcionado para nosotros antes, y había funcionado para tantos otros. No había razón para creer que algo había cambiado.

Y, sin embargo, no podía dejar de darle vueltas.

Las sombras parpadeaban en las paredes mientras el fuego chisporroteaba suavemente, y me incliné hacia adelante, frotándome las sienes. Quizá le estaba dando demasiadas vueltas. Quizá Beatrice simplemente había ganado algo de peso; al fin y al cabo, la vida había sido estresante para ella. Las presiones de la sociedad, los rumores sobre nuestro matrimonio, las expectativas que siempre parecían seguirla como una nube negra… Era suficiente para que cualquiera buscara consuelo en la comida o relajara su vigilancia sobre su aspecto.

Pero eso no explicaba la firmeza bajo mi mano. Eso no explicaba por qué, cada vez que la tocaba ahí, sentía esa extraña y fugaz sensación de familiaridad, como si ya hubiera pasado por esto antes.

Déjà vu, como dicen los franceses.

Cerré los ojos, tratando de quitarme esos pensamientos de la cabeza. No estaba seguro de nada. No podía estarlo. Pero tampoco podía ignorarlo más.

Tenía que hablar con ella. Tenía que preguntárselo, aunque temiera la respuesta.

Porque cuanto más dejaba que esta incertidumbre fermentara, más loco me iba a volver. Y si me equivocaba, al menos lo sabría. Al menos podría despejar la duda y seguir adelante, concentrándome en la vida que habíamos acordado construir juntos.

Pero si tenía razón… Si Beatrice estaba esperando un hijo mío, a pesar de todo lo que había hecho para evitarlo…

Entonces, ¿qué?

27

Huyendo de la Verdad

El día en que ya no pude ocultar la verdad llegó antes de lo que esperaba.

Había sido una cosa engañar a Edmund durante un tiempo, echando la culpa de los cambios en mi cuerpo a comidas indulgentes y agotamiento, pero ahora, mientras me miraba en el espejo de mi dormitorio, no había manera de negarlo. Mi barriga ya no era la ligera curva que podía disimular bajo vestidos sueltos. Estaba redonda, firme, inconfundiblemente la de una mujer embarazada.

Edmund había estado fuera de la ciudad durante una semana, atendiendo un asunto en una de sus propiedades en el norte. Era ese tipo de viajes que lo mantenía alejado de casa durante días, asegurándose de que la finca funcionara sin problemas. Su ausencia debería haberme dado algo de respiro, tiempo para pensar, para planear cómo decirle lo del bebé. En cambio, se convirtió en una pesadilla de pensamientos descontrolados, y cuando regresó, la sutil hinchazón de mi vientre se había convertido en algo que ya no podía ocultarse.

No había esperado que ocurriera tan rápido, pero la verdad era que, con cinco meses de embarazo, mi cuerpo había cambiado de formas que no podía seguir disimulando. Hace una semana, podía vestirme con túnicas holgadas y fingir que la leve redondez no era más que consecuencia de comidas pesadas. Pero ahora, no había manera de fingir. La barriga estaba redondeada, firme, y crecía más con cada día que pasaba.

Coloqué mi mano sobre la protuberancia, mis dedos temblaban levemente mientras trazaba su contorno. ¿Cómo había llegado a esto tan rápido? Me había engañado a mí misma, pensando que tenía más tiempo para ocultarlo, más tiempo para averiguar qué decirle a Edmund. Pero ahora, mientras mi reflejo me devolvía la mirada, el peso del secreto era demasiado para soportar. Era ridículo pensarlo ahora, considerando cómo el bebé parecía decidido a hacerse notar.

Edmund lo sabría. Tendría que saberlo.

Pero, ¿diría algo? ¿O continuaríamos con el juego de fingir? La idea de su reacción—la decepción, tal vez incluso la ira—me aterraba. Sabía lo que sentía acerca de los hijos. Ese había sido el pilar de nuestro acuerdo: un matrimonio de conveniencia, sin herederos que complicaran las cosas. Y, sin embargo, aquí estaba yo, esperando precisamente aquello contra lo que ambos habíamos jurado.

Mi corazón se aceleraba mientras imaginaba el enfrentamiento. Su decepción, su enojo, tal vez incluso su arrepentimiento por haberse casado conmigo. Había dejado clara su postura sobre los hijos, y aquí estaba yo, con nuestro hijo creciendo dentro de mí, un hijo que había estado ocultando de él, día tras día.

Era demasiado. No podía enfrentarlo. No así.

Y entonces, tomé la única decisión que pensé que podía. Me iría.

Isabella. Ella me ayudaría. Siempre había sido mi amiga más querida, y seguramente, si alguien podía entender, sería ella. Podría quedarme con ella un tiempo, lejos de Edmund, lejos del escrutinio del *ton* y de los susurros perennes de la sociedad. Me daría tiempo, tiempo para averiguar cómo decírselo, tiempo para prepararme para la tormenta que inevitablemente se desataría.

Empaqué mis cosas en silencio, con el corazón pesado mientras reunía mis pertenencias. Sentía que estaba huyendo de más que solo de Edmund; estaba huyendo de la verdad, de las consecuencias de las decisiones que habíamos tomado. Pero, ¿qué otra opción tenía? La tensión en nuestra casa era insoportable, y sabía que si me quedaba, la verdad saldría a la luz de la peor manera posible.

Mientras bajaba las escaleras, informé a los sirvientes que iba a visitar a Isabella por unos días. El mayordomo me lanzó una mirada preocupada, pero no hizo preguntas. Estaba acostumbrado a mis frecuentes visitas a Isabella, y por eso le estaba agradecida. Cuantas menos personas sospecharan que algo estaba mal, mejor.

El trayecto en carruaje hasta la casa de Isabella se sintió interminable, el rítmico traqueteo de las ruedas sobre los adoquines no hacía nada por aliviar el nudo de ansiedad que se retorcía en mi estómago. Mi mano descansaba sobre mi barriga todo el camino, un instinto protector que no me había dado cuenta de que se había vuelto una segunda naturaleza. Me sentía culpable, culpable por huir, culpable por dejar a Edmund sin una explicación. Pero, ¿qué opción tenía? Necesitaba tiempo. Tiempo para pensar, para respirar.

Cuando llegué a la finca de Isabella, mi mano descansaba protectora sobre mi vientre, como si quisiera proteger la vida que crecía dentro de mí del mundo exterior. El trayecto en carruaje había parecido interminable, cada bache en el camino un recordatorio del tiempo que intentaba ganar.

Isabella me esperaba en la entrada, con su cálida y familiar sonrisa. Pero en cuanto sus ojos se posaron en mi abultado vientre, esa sonrisa vaciló. Se quedó helada, sus ojos se agrandaron por la sorpresa.

—¡Beatrice! —exclamó, su voz temblaba mientras se apresuraba hacia mí. Sus brazos estaban abiertos, pero sus ojos estaban llenos de preguntas—. Tú… —Se detuvo, sin necesidad de terminar la frase. La verdad era tan clara como el día.

Tragué saliva, sintiendo mis mejillas arder de vergüenza mientras susurraba: —Estoy embarazada, Isabella.

El silencio que siguió fue sofocante, sus ojos iban y venían entre mi rostro y la inconfundible redondez de mi vientre. Pareció pasar una eternidad antes de que me envolviera en un abrazo fuerte, sus brazos rodeándome como si pudiera protegerme del juicio del mundo.

—Oh, Beatrice —murmuró, su voz cargada de simpatía—. ¿Por qué no me lo dijiste antes?

Las lágrimas llenaron mis ojos mientras me aferraba a ella, mis manos aferrándose a sus mangas como si fuera lo único que me mantenía anclada. —Tenía miedo —admití, con la voz quebrada—. No sabía cómo reaccionaría Edmund. Él… no está preparado para esto. No lo quería.

Isabella se apartó un poco, sus manos descansaron en mis hombros mientras buscaba mi mirada. —Edmund te quiere —dijo con suavidad—. Cualesquiera que fueran sus planes, necesita saberlo. No puedes ocultarle esto para siempre.

Me mordí el labio, asintiendo mientras me limpiaba las lágrimas que amenazaban con caer. —Lo sé, pero… necesito más tiempo. No puedo decírselo aún. Él… no lo entenderá.

Me miró por un largo momento, su ceño fruncido con preocupación. —Puedes quedarte el tiempo que necesites —dijo suavemente—. Pero no puedes seguir huyendo, Beatrice.

Asentí, aunque el nudo de miedo en mi pecho seguía apretado. Ella no lo entendía, no del todo. ¿Cómo podría hacerlo, cuando no había sido completamente honesta? Isabella pensaba que esto solo se trataba de la reticencia de Edmund a tener hijos. No sabía que todo nuestro matrimonio se había construido sobre esa premisa: que no tendríamos hijos. Nunca.

Durante los días siguientes, Isabella me cuidó, asegurándose de que tuviera todo lo que necesitaba y dándome el consuelo que tanto ansiaba. No hablábamos mucho del embarazo,

aunque sabía que ella estaba conteniendo sus propias preocupaciones, esperando a que yo me abriera cuando estuviera lista. Sentía alivio en su presencia, pero el peso de mi secreto seguía oprimiéndome.

Una mañana, mientras estábamos sentadas juntas en su jardín, ya no pude contenerme más. Tenía que hablar sobre ello. Tenía que decir las palabras en voz alta, aunque no estuviera lista para enfrentarlas.

—No sé cómo reaccionará Edmund —confesé, mi voz apenas un susurro—. Él nunca quiso hijos. Esa era toda la base de nuestro matrimonio. Ese era el acuerdo. Sin herederos. Sin complicaciones. Y ahora…

Los ojos de Isabella se agrandaron por la sorpresa, y dejó su taza a un lado, sus manos entrelazándose en su regazo. —Pero siempre has querido una familia, Beatrice —dijo con suavidad—. ¿Cómo pudiste aceptar eso?

Tragué saliva, mirando mis manos mientras trazaba distraídamente el borde de mi taza de té. —En ese momento tenía sentido. Nuestro matrimonio no era… tradicional. No pensé que importaría. Pero ahora… —miré mi vientre, el peso del secreto presionando más que nunca—. Ahora todo es diferente.

Isabella permaneció en silencio por un momento antes de alargar la mano y tomar la mía, apretándola con suavidad. —Beatrice, tienes que hablar con Edmund. No puedes pasar por esto sola. Él merece saberlo.

Asentí, pero la verdad era que no estaba lista. No estaba lista para enfrentar a Edmund, para admitir que había dejado que las cosas se descontrolaran tanto. Y no estaba lista para decirle que, a pesar de nuestro acuerdo, yo quería a este bebé. Más de lo que había querido cualquier cosa en mi vida.

Isabella me miró, su expresión era suave pero firme. —Él te quiere, Beatrice. Puede que no haya planeado esto, pero eso no significa que no lo aceptará. No puedes seguir huyendo de él. Tienes que decírselo.

Suspiré, sintiendo el peso de sus palabras caer sobre mí. Sabía que tenía razón. No podía esconderme para siempre. Pero el miedo a su reacción aún me agarraba con fuerza.

—Tengo miedo —admití, mi voz temblando—. ¿Y si él no quiere este bebé? ¿Y si… se arrepiente de haberse casado conmigo?

Isabella me tomó la mano, apretándola con suavidad. —No lo hará —dijo con firmeza—. Edmund puede ser terco, pero le importas. Y una vez que lo sepa… una vez que entienda lo que está en juego, creo que también querrá a este bebé.

Sus palabras me dieron un pequeño alivio, pero aún no estaba lista para creerlas del todo. Todavía había tanta incertidumbre, tanto miedo.

Pero una cosa estaba clara: no podía huir para siempre. Tarde o temprano, tendría que volver con Edmund. Y cuando llegara ese momento, tendría que enfrentar la verdad, tanto para mí como para la vida que crecía dentro de mí.

Por ahora, tenía a Isabella. Y por eso, estaba infinitamente agradecida.

Pero, en el fondo, sabía que esta paz no podría durar. Eventualmente, tendría que enfrentar la realidad de mis decisiones. Y cuando llegara ese momento, solo esperaba que Edmund lo entendiera.

Por ahora, solo podía esperar y tener esperanza.

28

La Casa Vacía

La casa se sentía inquietantemente silenciosa. Estaba de pie al pie de la escalera, sosteniendo la carta que Beatrice había dejado, mi mente daba vueltas luchando por comprender lo que estaba leyendo. Se había ido a la casa de Isabella, eso estaba claro, pero la carta era breve, ofreciendo poca explicación. No había mención de por qué se había marchado tan repentinamente, ni indicación de cuándo planeaba regresar. Simplemente… se había ido.

Arrugué ligeramente la carta en mi mano, la frustración y la confusión bullían en mi pecho. Beatrice había estado distante durante semanas, su comportamiento cada vez más errático, evitándome más de lo habitual. Había sentido que algo no iba bien, pero cada vez que intentaba abordar el tema, lo evadía, dándome alguna excusa sobre estar cansada o sentirse abrumada. Le había creído, o al menos, había querido creerle.

Pero ahora… ahora no estaba tan seguro.

Caminé por los pasillos de la casa, el eco de mis pasos más fuerte de lo habitual, amplificando el vacío que ella había dejado tras de sí. Su ausencia era palpable, un espacio hueco donde ella debería haber estado. Algo estaba mal, muy mal, y podía sentirlo como una piedra en el pecho. Cuanto más lo pensaba, más me pesaba.

Me encontré en el salón, mirando la misma silla donde solía sentarse por las noches, leyendo o fingiendo hacerlo. Mi mirada se desvió hacia la ventana, donde solía observar los jardines, su rostro tan a menudo perdido en sus pensamientos. El recuerdo de su toque, el calor de su cuerpo junto al mío, persistía en mi mente, pero ahora se sentía lejano, como un sueño que no podía alcanzar.

¿Por qué se había ido? ¿Qué la había empujado a marcharse?

Y, más importante, ¿por qué no me lo había dicho?

El ton (la alta sociedad), por supuesto, ya estaba lleno de rumores. Había escuchado

fragmentos de varias personas conocidas: susurros en las fiestas, murmullos en los salones. Especulaban sobre las razones de su repentina ausencia, con teorías que iban desde tensiones maritales hasta la posibilidad de una enfermedad secreta.

—¿Te has enterado de lo de la señora Beatrice? —dijo una mujer el otro día, con ese tono de preocupación fingida—. No se la ha visto en semanas. A saber si está enferma… o si hay algo más en ese matrimonio.

Otra añadió: —Dicen que tienen problemas. Ya sabes cómo es esto, matrimonios apresurados, secretos detrás de las puertas.

Esas palabras me fastidiaban, pero mantuve la compostura. Tenía que hacerlo. Después de todo, ¿qué iba a decir? ¿Que no tenía idea de por qué mi mujer había desaparecido de repente? ¿Que yo también estaba a oscuras?

No iba a echar leña al fuego. Pero eso no evitaba que sintiera el aguijón. Aquello de lo que tanto había intentado protegerme—el escrutinio de la sociedad, los ojos curiosos del ton—ahora estaba dirigido directamente hacia mí. Y la ausencia de Beatrice solo echaba más leña al fuego.

No dejaba de repasar las últimas semanas en mi mente, buscando pistas, señales de qué la había llevado a marcharse. ¿Había hecho algo mal? ¿Me había perdido de algo crucial? La culpa me carcomía, cada pregunta sin respuesta apretando más el nudo en mi estómago.

Hubo momentos en los que creí ver algo en sus ojos, algo más allá del cansancio habitual. Una especie de tristeza, un miedo que era demasiado orgullosa para expresar. Pero cada vez que preguntaba, lo zanjaba con una sonrisa que nunca llegaba a sus ojos.

Debería haber insistido más. Debería haber sabido que algo estaba mal.

No podía sacudirme la sensación de que la había fallado de alguna manera. Que lo que la había llevado a marcharse había estado cocinándose durante algún tiempo, justo delante de mí, y yo había sido demasiado ciego para verlo. Le había prometido cuidarla, protegerla, y sin embargo, había huido—con Isabella, nada menos—sin decirme una palabra.

El pensamiento de que Beatrice se hubiera confiado a Isabella en lugar de a mí me removía algo por dentro. No eran celos exactamente, pero sí algo parecido. Yo tendría que haber sido la persona a la que acudiera. Yo debería haber sido quien le diera seguridad, quien ganara su confianza.

Pero no lo fui.

Di vueltas por la habitación, con la frustración hirviendo justo bajo la superficie. Necesitaba verla, hablar con ella. Necesitaba respuestas. La incertidumbre era insoportable, y los rumores

que corrían en la sociedad solo lo empeoraban. Si esto seguía mucho más tiempo, no habría forma de parar la ola de especulaciones.

Sabía dónde estaba Beatrice. La casa de Isabella no estaba lejos, podía coger el caballo y presentarme allí para exigir una explicación. Pero algo me detenía. Quizá era el orgullo, o tal vez el miedo. El miedo de que lo que Beatrice me había estado ocultando fuera algo para lo que no estaba preparado.

Me dejé caer pesadamente en la silla que ella había ocupado tantas veces, el peso de todo lo que había pasado cayendo sobre mí como una losa. La habitación se sentía más fría, más vacía sin su presencia.

No me gustaba. No me gustaba este silencio, esta incertidumbre. Beatrice siempre había sido una constante en mi vida: tranquila, firme, confiable. Y ahora, por primera vez, se sentía como un enigma que no podía descifrar.

Cerré los ojos, intentando pensar con claridad, pero todo lo que veía era a ella. Su suave sonrisa, su cabello rubio miel reflejando la luz, su toque delicado cuando pensaba que no me daba cuenta. Y luego, la forma en que había estado últimamente: distante, distraída, y ahora… desaparecida.

No podía quitarme de encima la sensación de que algo había cambiado entre nosotros, algo que no había captado del todo hasta ahora. El recuerdo de aquella noche—la única noche en que habíamos bajado nuestras defensas cuidadosamente construidas—se repetía en mi cabeza. ¿Había sido eso el detonante? ¿Había sido demasiado para ella?

Me pasé una mano por el pelo, la frustración creciendo. Necesitaba saberlo. Necesitaba entender.

Me levanté de golpe, la decisión tomando forma en mi mente antes de que pudiera pararme a pensarlo. No podía quedarme aquí sentado, esperando que las respuestas llegaran solas. Si Beatrice no estaba lista para enfrentarse a mí, entonces yo iría a ella. Ya había esperado suficiente.

Con una renovada determinación, salí del salón y me dirigí a los establos. El trayecto hasta la casa de Isabella sería corto, pero en esos kilómetros esperaba poner en orden lo que necesitaba decir.

Necesitaba saber por qué Beatrice se había ido.

Y necesitaba saber qué había hecho yo para alejarla.

Porque, fuera lo que fuera, me había dejado con un vacío que no estaba seguro de cómo llenar.

29

La Verdad Revelada

El viaje a la residencia de Isabella fue eterno, cada paso del caballo resonaba en mi cabeza como el tic-tac de un reloj, marcando el paso hacia algo inevitable. Mis manos se apretaban en las riendas, mi pecho era una mezcla de frustración, preocupación y algo más que no podía identificar. Beatrice se había marchado sin dar explicaciones, sin una razón clara, y no sabía qué me encontraría cuando llegara.

La finca de Isabella apareció ante mí, con las puertas abriéndose justo al llegar. Apenas lo noté, mi mente estaba demasiado ocupada con pensamientos sobre lo que Beatrice podría estar ocultando. Sabía que algo serio la había llevado a irse, lo sentía en lo más profundo, pero no tenía ni idea de qué podía ser. Había intentado repasar cada momento, cada pequeño detalle que tal vez pasé por alto, pero nada cuadraba.

Cuando llegué, Isabella ya me esperaba fuera. Estaba erguida, con su expresión tranquila, aunque había algo en su mirada que no pude descifrar. Caminó hacia mí antes de que pudiera siquiera desmontar, con las manos cruzadas frente a ella.

—Edmund —me saludó con voz suave pero firme—. Hay algo que necesitas saber antes de entrar…

—¿Dónde está Beatrice? —la interrumpí, mi paciencia al límite—. ¿Por qué se fue?

Isabella suspiró, sus ojos recorrían mi rostro, como si eligiera cuidadosamente las palabras. —Está adentro. Pero tienes que calmarte antes de hablar con ella.

¿Calmarme? Mi cabeza iba a mil por hora, la frustración aumentaba. No había recorrido todo este camino para que me dijeran que me calmara. Necesitaba respuestas. —¿Por qué se fue? —repetí, mi voz cada vez más tensa—. ¿Qué está ocultando?

Isabella dio un paso adelante y puso su mano en mi brazo, un gesto inusual entre nosotros. —Beatrice… está embarazada, Edmund.

El mundo pareció tambalearse por un instante, sus palabras me golpearon como un puñetazo en el pecho. ¿Embarazada? ¿Cómo podía ser?

Retrocedí, mis ojos se entrecerraron mientras intentaba procesar lo que acababa de decir. —Eso es imposible —murmuré, sacudiendo la cabeza. No podía ser. Beatrice y yo siempre habíamos sido cuidadosos. Me aseguré de eso.

Isabella seguía observándome, apretando ligeramente mi brazo. —Está embarazada —repitió, más bajo esta vez, como si al decirlo de nuevo, amortiguara el impacto—. Con tu bebé.

Mi hijo. Ahí, en el vientre de Beatrice, estaba mi bebé.

El suelo bajo mis pies se sentía inestable mientras trataba de asimilar lo que acababa de escuchar. Mi pecho se apretaba, una mezcla de sorpresa, ira y confusión me embargaba. Embarazada. Beatrice estaba esperando un hijo mío. Un hijo que nunca habíamos planeado. Un hijo que yo había dicho claramente que no quería.

—¿Dónde está? —pregunté, con la voz áspera, mientras el control se me escapaba.

Isabella retrocedió un paso, pero mantuvo la mirada firme. —Debes hablar con ella, pero hazlo con calma. Está asustada, Edmund. Tiene miedo de lo que vayas a decir.

¿Asustada? Yo era el que estaba completamente desconcertado. Todo lo que había planeado, todo lo que creía controlar, había dado un vuelco inesperado.

Sin decir nada más, pasé junto a Isabella, con el corazón martilleando en mi pecho mientras entraba en la casa. Mis pensamientos eran un caos: ira, incredulidad, miedo. Apenas podía pensar con claridad, pero tenía que verla. Tenía que hablar con Beatrice. Tenía que entender por qué me lo había ocultado.

La puerta rechinaría ligeramente al abrirse. El aroma familiar de la finca de Isabella me golpeó como un golpe en el estómago. Siempre había sido un lugar de consuelo, pero ahora se sentía extraño, como si estuviera entrando en territorio enemigo. Miré alrededor de la habitación, mi corazón en la garganta, hasta que la vi.

Beatrice estaba de pie junto a la ventana, de espaldas a mí, con las manos apoyadas en el alféizar. Se giró lentamente cuando me oyó entrar, y cuando nuestros ojos se encontraron, sentí que el aire se atascaba en mi garganta.

Su vientre era inconfundible ahora, redondeado y lleno, tensando la tela de su vestido. Verlo me golpeó como un mazazo, la realidad de su embarazo era imposible de negar.

Ella estaba embarazada de mi hijo.

Mi garganta se secó y mis manos temblaron ligeramente a los costados. —Estás embarazada —dije con la voz ronca, aún en shock.

Los ojos de Beatrice se agrandaron y sus labios se entreabrieron, buscando las palabras correctas. —Yo… sí —murmuró, casi inaudible—. Lo estoy.

La miré, incapaz de procesar todo de golpe. Mi cabeza no paraba, preguntas y acusaciones se arremolinaban en una tormenta de emociones. ¿Por qué no me lo había dicho? ¿Por qué había huido? ¿Por qué estaba allí, mirándome con esos ojos tan llenos de miedo, como si yo fuera el causante de este caos?

—¿Por qué no me lo dijiste? —exigí, la frustración desbordándose—. ¿Por qué huiste?

Ella se estremeció al oír mi tono, y sus manos, instintivamente, se movieron hacia su vientre, como si quisiera protegerlo de mis palabras. —Tenía miedo —admitió, con la voz temblorosa—. No sabía cómo decírtelo. Sé… sé lo que piensas de los hijos.

Tragué saliva con dificultad, notando el nudo en mi pecho que no paraba de apretarse. —¿Y pensaste que huir era la solución?

—Necesitaba tiempo —dijo, su voz quebrada—. Tiempo para pensar, para entender qué hacer. No quería atraparte, Edmund. No quería que sintieras que…

—¿Que qué? —interrumpí, dando un paso hacia ella, con los puños apretados a los lados—. ¿Que me estás forzando a algo que nunca quise?

Su rostro se desmoronó, sus ojos se llenaron de lágrimas. —Sí —susurró—. Justo eso.

La observé, con el corazón latiendo a mil, dividido entre las ganas de explotar y el impulso de abrazarla y hacer que todo estuviera bien. Pero nada de esto se sentía bien. Todo mi mundo se estaba desmoronando, y Beatrice, mi esposa, la mujer a la que había prometido cuidar, me había ocultado esto.

—Necesito que vuelvas a casa —dije al final, con una voz más firme de lo que realmente me sentía—. Lo resolveremos. Pero no puedes quedarte aquí.

Beatrice parpadeó, sus manos aún sobre su vientre. —¿Y qué pasa con el niño? —preguntó en voz baja, sus ojos buscaban en los míos algo, cualquier cosa, que le diera esperanza.

El niño. Nuestro hijo.

Tragué con fuerza, sintiendo el pecho oprimido. —Hablaremos de eso —respondí, aunque ni siquiera yo sabía qué significaba—. Pero ahora… tienes que volver a casa.

Ella vaciló, sus ojos se desviaron hacia la puerta, como si pensara en otra huida. Pero finalmente, asintió, y sus hombros se hundieron en señal de derrota.

Mientras salíamos de la casa de Isabella, el peso de lo que acababa de ocurrir cayó sobre mí como una losa. Beatrice estaba embarazada. Mi vida, mis planes, mi futuro perfectamente organizado… todo estaba a punto de cambiar.

Y no tenía claro si estaba preparado para ello.

30

El Punto de Quiebre

El trayecto de regreso a la Mansión Fairchild fue asfixiante. El silencio entre Beatrice y yo era denso, cargado de palabras no dichas, una tensión en el aire como una tormenta a punto de estallar. Me senté rígido en mi asiento, con las manos apretadas alrededor de las riendas, la mente aún tambaleándose por la conmoción de haberla visto—haber visto su vientre—y la realidad que había tratado de evitar durante tanto tiempo.

Estaba claro ahora. Estaba embarazada. Ya no se podía negar.

Beatrice estaba sentada a mi lado, su postura rígida, su rostro vuelto hacia la ventana. No había dicho una palabra desde que salimos de la casa de Isabella, pero podía sentir el peso de su presencia, la súplica silenciosa de comprensión que colgaba entre nosotros. Pero no podía decir nada. Aún no. Mis emociones eran un lío enredado de ira, confusión y culpa.

Había pensado que éramos cautelosos. Había pensado que tenía todo bajo control. Pero ahora, todo había salido de mi alcance, y no podía detener la ola de resentimiento que comenzaba a crecer dentro de mí.

Cuando el carruaje se detuvo frente a la casa, pude sentir cómo la tensión me oprimía el pecho. Esto tenía que abordarse. No podía seguir ignorándose. No podíamos seguir fingiendo que esto no estaba ocurriendo.

Sin decir una palabra, bajé del carruaje, sin molestarme en esperar por ella, y me dirigí al interior de la casa. La puerta se cerró tras de mí con un fuerte golpe, el sonido reverberando (haciendo eco) a través de los silenciosos pasillos. Beatrice me siguió, sus pasos suaves pero cargados de la misma tensión que había estado gestándose entre nosotros durante semanas.

Entramos en el salón, el fuego crepitaba suavemente en la chimenea, lanzando sombras temblorosas sobre las paredes. Era casi demasiado pacífico, demasiado calmado para la tormenta

que estaba a punto de desatarse. Me paré junto a la chimenea, dándole la espalda, mirando las llamas, mis pensamientos corriendo a toda velocidad.

—No puedo creer que no me lo hayas dicho —dije, mi voz baja pero dura, la frustración que había estado conteniendo comenzando a filtrarse—. ¿Ibas a mantenerlo en secreto? ¿De mí?

Beatrice vaciló en la entrada, su mano descansando en el marco de la puerta como si necesitara apoyo. —No estaba segura de cómo decírtelo —susurró, su voz temblorosa—. Dijiste que no querías hijos, Edmund. Dejaste eso muy claro.

Me giré, con la ira encendiéndose en mi pecho. —¿Y pensaste que huir era la solución? ¿Que ocultármelo era la respuesta?

Sus ojos se llenaron de lágrimas, pero no se inmutó. —Tenía miedo —dijo, su voz subiendo de tono—. Has estado tan distante, tan frío. ¿Cómo se supone que te iba a decir que estaba esperando justamente lo que no querías?

—¡He estado distante porque tú has estado evitándome! —respondí, mi frustración desbordándose—. Has estado ocultándome cosas durante semanas. ¿Y ahora esperas que simplemente… qué? ¿Que acepte esto como si no fuera nada?

Ella dio un paso adelante, sus manos temblaban. —Nunca esperé que estuvieras feliz por esto, Edmund. Solo no quería que me odiaras por ello.

—¿Odiarte? —repetí, incrédulo—. Esto no tiene nada que ver con el odio, Beatrice. Tiene que ver con nosotros. Con el hecho de que no confiaste lo suficiente en mí como para decirme la verdad.

Sus ojos destellaron de ira entonces, y dio otro paso hacia mí. —¡No querías la verdad! —gritó, con la voz quebrándose—. Nunca quisiste nada de esto. Dejaste perfectamente claro desde el principio que los hijos no formaban parte del plan. Entonces, ¿por qué iba a cargarte con algo que no querías?

Sus palabras me golpearon como un puñetazo en el estómago, y sentí cómo la ira aumentaba, retorciéndose dentro de mí como una fiera a punto de desatarse. —¿Cuál era tu plan, Beatrice? —pregunté, con la voz cada vez más alta—. ¿Esconderte en casa de Isabella hasta que naciera el bebé? ¿Qué ibas a hacer entonces?

Ella negó con la cabeza, las lágrimas corriendo por su rostro. —¡No lo sé! No sé lo que iba a hacer. Solo necesitaba tiempo para pensar, para descubrirlo.

—¡Deberías habérmelo dicho! —dije entre dientes, mis puños apretados a los lados—. Deberías haber confiado en mí lo suficiente como para decírmelo, en lugar de escapar como una cobarde.

La palabra “cobarde” quedó suspendida en el aire entre nosotros, afilada y amarga. Beatrice se estremeció como si la hubiera golpeado, su rostro se contrajo de dolor.

—No huí porque sea una cobarde —dijo, su voz temblorosa pero desafiante—. Hice lo que hice porque sabía cómo reaccionarías. Porque sabía que esto no era lo que querías. No podía soportar verte mirarme con arrepentimiento.

La miré, con el pecho agitado, el peso de sus palabras cayendo sobre mí. La verdad en ellas dolía más de lo que quería admitir. Había estado evitando esto, evitando lo que éramos, durante tanto tiempo, escondiéndome tras la practicidad de nuestro matrimonio. Y ahora, todo lo que había tratado de controlar se desmoronaba.

—Nunca quise hijos —dije en voz baja, la admisión colgando pesadamente entre nosotros—. Eso siempre fue parte del acuerdo.

Sus ojos estaban llenos de un dolor que no había visto antes, y presionó una mano sobre su vientre, protectora. —Bueno, ahora estoy embarazada —dijo, con la voz desgarrada—. Y no es algo que pueda deshacer.

La habitación se sentía como si se estuviera cerrando sobre mí, las paredes apretándose mientras la realidad de sus palabras me hundía. Estaba embarazada. Con mi hijo. Y nada de lo que dijera, nada de lo que hiciera, cambiaría eso.

Me giré, con las manos aferrándose al borde de la chimenea, intentando estabilizarme. Mi mente era una tormenta de emociones conflictivas: ira, culpa, miedo. No sabía cómo sentirme, ni qué decir. Todo lo que había planeado, todo lo que había construido mi vida alrededor, se estaba desmoronando.

—Necesito aire —murmuré, alejándome de la chimenea y dirigiéndome hacia la puerta. No podía quedarme aquí, no podía enfrentarla más. No con este peso colgando entre nosotros.

—Edmund, espera…

Pero no lo hice. Salí de la habitación, de la casa, y el aire fresco de la noche me golpeó como una bofetada mientras me alejaba de todo.

Necesitaba espacio. Necesitaba pensar. Porque en este momento, todo lo que sentía era el abrumador impulso de huir lo más lejos posible de este desastre.

31

El Peso del Silencio

Lo vi salir por la puerta, el sonido del portazo resonando por toda la casa como un golpe final. La habitación se sentía de repente más fría, más vacía, como si todo el calor hubiera salido con él.

Me quedé allí, con el corazón latiendo desbocado en el pecho, intentando respirar mientras la realidad de lo que acababa de suceder me abrumaba. Edmund se había ido. Ni siquiera había mirado atrás.

El peso de todo me golpeó de una sola vez, y me desplomé en el suelo, mis rodillas cediendo bajo mí mientras un sollozo escapaba de mi garganta. Mis manos fueron instintivamente a mi vientre, abrazándolo como si eso pudiera de alguna manera mantenerme unida. Pero me estaba desmoronando. Estaba cayendo a pedazos de una forma que no me había permitido antes.

—Edmund… —susurré, con la voz rota, aunque sabía que no podía oírme. Las lágrimas nublaron mi visión mientras me balanceaba hacia adelante, el dolor en mi pecho extendiéndose hasta que sentí que no podía respirar.

¿Qué había hecho?

Quería que él entendiera, que viera cuánto estaba sufriendo, cuánto miedo tenía. Pero en lugar de eso, lo había alejado aún más. Y ahora se había ido. Sollozaba más fuerte, aferrándome el estómago, sintiendo la calidez y la vida que crecía dentro de mí, un recordatorio de lo que lo había alejado.

¿Cómo habíamos llegado a esto? Habíamos empezado con las cosas tan claras. Un matrimonio práctico, una unión basada en el respeto mutuo, sin las complicaciones de los hijos o el amor. Y ahora, todos esos planes cuidadosamente trazados se habían desmoronado.

—No sé qué hacer —susurré, mi voz apenas audible sobre el sonido de mis propios sollozos —. No sé cómo arreglar esto.

Quería al bebé, había llegado a aceptar eso, incluso a encontrar una extraña alegría en la idea de traer una nueva vida al mundo. Pero no quería perder a Edmund. No podía perderlo. Ahora era más que solo mi esposo de nombre. En algún momento del camino, a pesar de todo, me había enamorado de él.

Me había enamorado de él.

Pero ahora se había ido, y el miedo a perderlo para siempre me estaba asfixiando. ¿Cómo se suponía que iba a hacer esto sola? ¿Cómo se suponía que iba a criar a este niño, a enfrentar el futuro, si Edmund no estaba a mi lado?

El dolor de todo era demasiado para soportarlo, y me doblé, apretando mi vientre con más fuerza como si pudiera proteger al bebé de la tormenta que rugía dentro de mí. Las lágrimas corrían por mi rostro, y sollozaba tan fuerte que sentía que el aire me faltaba.

—Por favor —grité, aunque no sabía si estaba llamando a Edmund o a algún poder superior para que interviniera—. Por favor… no me dejes.

Pero la casa estaba en silencio. No había nadie que escuchara mis gritos, nadie que me abrazara o me dijera que todo iba a estar bien. Estaba sola, y el vacío de eso se sentía como un abismo abriéndose bajo mis pies.

Quería gritar, enfurecerme contra la injusticia de todo. Había intentado ser fuerte, mantener todo unido, pero ahora me estaba rompiendo. Las lágrimas fluían incontrolablemente, mi cuerpo temblaba con la fuerza de mis sollozos. Nunca me había sentido tan impotente, tan perdida.

Presioné mi frente contra el suelo frío, mis lágrimas empapando la alfombra bajo mí.

—Lo amo —susurré, la confesión finalmente liberándose, aunque era demasiado tarde—. Lo amo.

Pero el amor no era suficiente. No si él no quería esto, si no me quería a mí o al bebé. Y no sabía cómo hacer que se quedara, cómo hacer que viera que podíamos ser una familia, que esto no tenía por qué separarnos.

El bebé pateó suavemente contra mi mano, y sentí que otro sollozo subía por mi garganta. —Te amo también —le susurré al niño que crecía dentro de mí, aunque mi voz estaba ahogada por el dolor. No tenía idea de cómo iba a hacer esto, pero sabía una cosa: lo haría. Lo haría, por el bien del bebé, aunque tuviera que hacerlo sin Edmund.

Pero la idea de enfrentar el futuro sin él era demasiado para soportar. Me quedé allí en el suelo, acurrucada, abrazando mi vientre, llorando hasta que ya no me quedaron más lágrimas.

¿Qué se suponía que debía hacer ahora? ¿Cómo iba a seguir adelante cuando el hombre al que amaba se había marchado?

La casa estaba tan callada, tan vacía, y me quedé con nada más que el sonido de mis propios sollozos desgarrados, resonando en el espacio vacío que él había dejado atrás.

32

La Larga Lucha

Desde aquella noche en que Edmund salió furioso, nuestra casa se había vuelto un témpano. No físicamente—no, las chimeneas seguían encendidas, los sirvientes continuaban con sus quehaceres, y yo me sentaba a cenar cada noche fingiendo que todo estaba en orden. Pero el calor entre nosotros—entre Edmund y yo—se había esfumado.

Podía sentirlo en cada rincón de la casa. La forma en que apenas me miraba cuando coincidíamos en la misma habitación. Cómo me evitaba, con la mirada perdida en cualquier lugar menos en mí, cada vez que intentaba iniciar una conversación. Era como si hubiera dejado de existir para él—ya no era su esposa, ya no era la mujer a la que una vez había abrazado con ternura. Solo era una sombra en su campo de visión, algo que soportaba, pero nunca reconocía.

Los primeros días después de nuestra discusión, me aferré con uñas y dientes a la esperanza de que las cosas mejorarían. Que volvería a mí, que encontraríamos una forma de hablar de todo —del bebé, del desastre en que habíamos convertido nuestro matrimonio. Pero a medida que los días se convertían en semanas, esa esperanza se esfumaba.

Edmund apenas me dirigía la palabra. Se iba temprano por la mañana, a supervisar el trabajo en la finca o a atender negocios en la ciudad, y volvía tarde por la noche, siempre cansado, siempre distante. Compartíamos la misma cama, pero incluso eso se había convertido en una formalidad. Ya no me tocaba, ya no me buscaba en la oscuridad como antes. Y yo… no sabía cómo cerrar la brecha que se había abierto entre nosotros.

Me sentaba sola en el salón, con las manos descansando sobre mi vientre, sintiendo los suaves y reconfortantes movimientos del bebé dentro de mí. Era curioso cómo algo tan pequeño podía darme consuelo cuando todo lo demás a mi alrededor se desmoronaba. El bebé era lo único que me hacía sentir que no estaba completamente sola, aunque me sentía más aislada que nunca.

El chisme en la alta sociedad había cambiado, claro. La noticia de mi embarazo corrió como

la pólvora, y por primera vez, los murmullos no giraban en torno a escándalos o desgracias. Ahora recibía felicitaciones e invitaciones a tés y fiestas donde otras mujeres, algunas también embarazadas, hablaban de la maternidad y de lo que les deparaba el futuro.

Pero me daba igual. ¿De qué servían las felicitaciones cuando el hombre cuya opinión más me importaba estaba frío y distante? ¿De qué servía la aprobación de la sociedad cuando, cada vez que me sentaba frente a Edmund en la mesa durante la cena, ni siquiera me dirigía una mirada?

Las noches eran lo peor. El silencio entre nosotros se extendía como un abismo sin fin, y aunque estaba físicamente presente, me sentía completamente sola. Echaba de menos aquellos días en los que reíamos, cuando la conversación fluía sin esfuerzo, cuando sentía que nos conocíamos de verdad. Ahora, cada palabra que intercambiábamos era pesada, torpe, como si fuéramos completos desconocidos.

Una noche, tras otra cena sumida en el más absoluto silencio, me encontré de pie junto a la ventana de nuestro dormitorio, mirando el jardín en penumbra. La luz de la luna dibujaba un suave resplandor sobre los setos y flores bien cuidados, y por un momento, imaginé cómo habría sido si las cosas hubieran sido distintas. Si Edmund y yo hubiéramos podido hablar de este bebé, del futuro. Si hubiéramos podido amarnos de la manera en que, en secreto, había llegado a desear, a pesar de que nuestro matrimonio era más un trato práctico que otra cosa.

Pero esa no era nuestra realidad.

La puerta crujió detrás de mí, y me giré para ver a Edmund entrar en la habitación, con esa expresión tan distante de siempre. No dijo ni una palabra mientras cruzaba la estancia, dirigiéndose al armario para recoger su ropa de dormir.

Lo observé durante un momento, con el corazón encogido. Quería decir algo—lo que fuera—para romper el silencio que se había instalado entre nosotros. Pero cada vez que intentaba encontrar las palabras, se me atragantaban en la garganta, y no conseguía hablar.

—Edmund —susurré por fin, mi voz apenas audible.

No respondió, ni siquiera se molestó en girarse para mirarme. Era como si yo no existiera, y esa indiferencia suya me dolió más de lo que habría imaginado.

—Edmund, por favor —insistí, con un tono más firme esta vez, notando la desesperación que empezaba a asomar en mi voz—. No podemos seguir así.

Esta vez se detuvo, aunque aún me daba la espalda, plantado frente al armario. Sus hombros se tensaron ligeramente, pero seguía sin decir ni pío.

—Yo… yo no sé qué hacer —admití, con la voz temblorosa—. Sé que no querías esto. Sé que el bebé no estaba en los planes. Pero yo… yo estoy llevando a tu hijo, Edmund. Y te necesito. Necesito que me hables, que estés aquí.

El silencio que siguió pareció eterno, y yo contenía la respiración, esperando cualquier palabra, cualquier señal de que me había escuchado. Pero cuando al fin se giró, su rostro estaba inexpresivo, sus ojos fríos como el hielo.

—No hay nada de qué hablar —dijo, con una frialdad que me atravesó—. Estás embarazada. Ya está hecho. Nos encargaremos.

Sus palabras me golpearon como una bofetada. “Nos encargaremos.” Como si nuestro hijo, la vida que llevaba dentro, no fuera más que otro inconveniente que había que gestionar.

Las lágrimas nublaron mi vista, y aparté la mirada rápidamente, no quería que viera cuánto daño me habían hecho sus palabras. Sabía que así es como se sentía, pero oírlo en voz alta lo hacía real de una forma para la que no estaba preparada.

Pasó junto a mí sin decir más, deslizándose en la cama como si fuera una noche cualquiera. Pero nada de esto se sentía normal.

Me quedé de pie junto a la ventana durante un buen rato, observando cómo la luz de la luna bailaba sobre el jardín, con una mano descansando protectora sobre mi vientre. Quería gritar, llorar, suplicarle que nos viera—que me viera. Pero sabía que no serviría de nada. No ahora.

Me metí en la cama a su lado, pero el espacio entre nosotros era un océano, frío y distante. Me quedé mirando al techo, mi mente iba a mil, llena de pensamientos que no podía detener.

Lo amaba. De alguna manera, a pesar de todo, a pesar de su indiferencia, a pesar de la distancia que se había formado entre nosotros, me había enamorado de él. Y eso me estaba destrozando.

Pero, ¿qué se supone que debía hacer cuando él no podía—o no quería—amarme de vuelta?

33

Una Red de un Secreto

Las noticias de mi embarazo corrieron por Londres más rápido de lo que jamás habría imaginado. Parecía que, en cuanto regresé de la casa de Isabella, con mi vientre ya bien abultado después de cinco meses de gestación, no había manera de ocultarlo más. La barriga se había vuelto demasiado prominente como para disimularla bajo las amplias faldas y los vestidos sueltos que antes me servían de refugio.

Ahora, a donde quiera que fuera, no faltaban los susurros. Miradas curiosas me seguían a cada paso, y las damas de la sociedad, que antes apenas me dedicaban una segunda mirada, ahora venían con felicitaciones y preguntas sobre el bebé, con esas sonrisas dulzonas que nunca llegaban a sus ojos. El ton estaba encantado con la noticia de un heredero para los Fairchild, pero yo… no lograba compartir su entusiasmo.

Me quedé delante del gran espejo de mi dormitorio, acariciando distraídamente la curva redondeada de mi vientre. El bebé se movía dentro de mí, una sensación suave que debería llenarme de alegría, pero en lugar de eso, solo sentía agotamiento. Me miré al espejo: mi rostro pálido, los ojos enrojecidos e hinchados de tanto llorar en la soledad. Había intentado con todas mis fuerzas mantener las cosas unidas, hacer de este embarazo algo que pudiera acercarnos a Edmund y a mí, pero parecía que solo había conseguido alejarnos aún más.

Escuché un suave golpe en la puerta, y antes de que pudiera responder, se abrió, revelando a mi madre y a mis hermanas menores. Entraron en silencio, y sus ojos se posaron inmediatamente en mí, con la preocupación escrita en sus rostros.

—Beatrice —dijo mi madre con suavidad, acercándose con las manos entrelazadas—. Vinimos tan pronto como nos enteramos.

Forcé una sonrisa, esperando que no notaran lo forzada que era.

—Madre, Amelia, Charlotte, Lydia… gracias por venir.

Amelia, la mayor después de mí, fue la primera en acercarse. Su cabello dorado capturaba la luz mientras me miraba con ojos amplios y llenos de preocupación.

—Te ves… diferente, Beatrice —dijo con cautela, su voz cargada de inquietud—. ¿Estás bien?

Tragué saliva, sabiendo que no se refería solo al embarazo. Todas podían verlo: el cansancio reflejado en mi rostro, las marcas de las lágrimas todavía frescas en mis mejillas. Pero, ¿qué podía decirles? ¿Que Edmund y yo apenas habíamos cruzado palabra desde el día de nuestra discusión? ¿Que, a pesar del hijo que llevaba dentro de mí, él se había convertido en un fantasma en nuestra casa, evitándome a cada paso?

No podía decirles eso. No podía dejar que supieran lo rota que estaba nuestra relación.

—Sí —mentí, intentando que mi voz sonara firme pese al dolor que sentía en el pecho—. Todo está bien.

Mi madre se acercó más, sus ojos agudos escudriñándome con esa habilidad suya para no dejar pasar ni el más mínimo detalle. Sabía que no había creído mi respuesta.

—¿Dónde está Edmund? —preguntó con voz aparentemente casual—. Debería estar aquí contigo, celebrando esta noticia.

Vacilé, buscando desesperadamente una excusa. La verdad era que Edmund estaba desaparecido, al menos emocionalmente. Había estado distante desde el incidente, desde nuestra pelea, y ahora que mi embarazo ya no podía ser ignorado, parecía aún más ausente. No tenía ni idea de dónde estaba la mayor parte del tiempo, y los pocos momentos que compartíamos estaban cargados de silencios incómodos y evasivas.

—Está… ocupado con los asuntos de la propiedad —dije, esforzándome por mantener una sonrisa tranquila—. Hay mucho que hacer, y no quiso preocuparme con ello.

Amelia frunció el ceño, claramente sin estar convencida.

—Pero, Beatrice, debería estar aquí, contigo.

Charlotte, la más observadora de todas, dio un paso adelante y me tocó suavemente el brazo.

—¿De verdad todo está bien entre tú y Edmund? —preguntó con voz suave pero directa.

Abrí la boca para responder, pero no salió palabra alguna. ¿Cómo podía explicar lo que estaba ocurriendo sin contar más de la cuenta? ¿Cómo decirles que mi matrimonio, que una vez estuvo lleno de esperanza, aunque frágil, se había convertido en algo que apenas reconocía?

—Solo estoy cansada —dije finalmente, en un susurro—. Ha sido mucho con el embarazo y todo. Pero Edmund y yo… estamos bien.

No era del todo mentira. No habíamos discutido desde aquella noche, pero solo porque apenas nos hablábamos. El silencio entre nosotros era como una niebla espesa, imposible de atravesar, pero no podía dejar que mi familia lo viera. No podía permitir que supieran lo perdida que me sentía.

Lydia, la más joven y perspicaz de mis hermanas, cruzó los brazos y me lanzó una mirada afilada.

—No pareces estar bien —dijo de manera directa, con los ojos entrecerrados—. Y eso de "está ocupado con asuntos de la propiedad" no me lo trago. Aquí pasa algo, Beatrice.

Suspiré, sabiendo que no podía ocultarles todo, pero tampoco podía permitir que pensaran mal de Edmund. A pesar de todo, aún lo amaba. Y seguía creyendo que, de alguna manera, podríamos encontrar el camino de vuelta el uno hacia el otro.

—Lydia, por favor —dije con voz cansada—. Edmund está haciendo lo mejor que puede. Ha sido difícil para los dos, pero lo estamos llevando. Estaremos bien.

Mi madre extendió la mano y la colocó sobre mi brazo, su toque era suave pero firme.

—Beatrice, no tienes que fingir con nosotras. Si algo va mal, puedes contárnoslo.

Tragué saliva con fuerza, luchando contra el nudo en mi garganta. Quería contárselo todo, dejar que el peso de mis preocupaciones se desbordara y buscar su consuelo. Pero no podía. No podía admitir que mi matrimonio se estaba desmoronando, que Edmund y yo éramos prácticamente unos extraños viviendo bajo el mismo techo. Ya no se trataba solo de mí. Tenía que proteger a mi hijo, pensar en nuestro futuro, y eso significaba mantener nuestras luchas en privado.

—Os agradezco vuestra preocupación —dije en voz baja, mirando a cada una—. Pero de verdad, todo estará bien. Solo necesito algo de tiempo.

La mano de mi madre permaneció en mi brazo, y sus ojos recorrieron mi rostro con esa intuición de madre que parece saber cuando algo va mal, incluso cuando intento ocultarlo lo mejor posible.

—Beatrice —dijo suavemente, con la voz cuidadosamente medida—. Sé que siempre has sido independiente, pero esto es diferente. Un bebé… es algo que no deberías enfrentar sola. ¿Por qué no nos lo dijiste antes? ¿Por qué no dijiste nada?

Pude sentir la tensión creciendo en mi pecho, el peso del secreto amenazando con ahogarme. ¿Cómo decirles que lo había estado ocultando? Que había estado aterrada por la reacción de Edmund, por lo que significaría para nuestro matrimonio y para el futuro que tanto deseaba para mi hijo.

—Yo… no me di cuenta —empecé, con la voz firme a pesar del nudo en el estómago—. Al principio pensé que los cambios en mi cuerpo se debían al estrés. No fue hasta hace poco, cuando mi vientre empezó a crecer… que lo supe. Antes de eso, no lo sospechaba.

El ceño de mi madre se frunció, y su preocupación se hizo más profunda mientras me observaba detenidamente.

—Pero, querida, ya estás bastante avanzada. ¿Cómo es posible que no lo supieras hasta ahora?

Dudé, la mentira pesaba en mi lengua.

—No estaba prestando atención —dije en voz baja, forzando una pequeña y torpe sonrisa—. Ha habido tantas cosas últimamente, con el trabajo de Edmund y… todo lo demás. Debí de haber pasado por alto las señales.

Amelia, que había estado escuchando en silencio desde su asiento junto a la ventana, intervino finalmente, con su voz ligera pero curiosa.

—Pero Beatrice, ¿no sentiste nada? ¿Náuseas, o algo? Ya tienes al menos cinco meses, ¿no?

Sonreí débilmente, negando con la cabeza.

—He tenido suerte, supongo. No tuve náuseas. Solo he estado… cansada. Por eso pensé que era otra cosa. No me esperaba esto.

Lydia, siempre tan astuta, entrecerró ligeramente los ojos mientras se inclinaba hacia adelante.

—¿Así que solo te diste cuenta cuando tu barriga empezó a notarse? —Había un toque de incredulidad en su voz, aunque intentaba disimularlo.

Asentí rápidamente, tratando de mantener la historia en pie.

—Sí, exactamente. No fue hasta que noté que la ropa me quedaba más ajustada que lo comprendí. Para entonces, ya era evidente.

Charlotte, la más callada y reflexiva de todas, apoyó la barbilla en la mano.

—Supongo que tiene sentido… Con todo lo que has estado viviendo, es fácil que se te pase alguna cosa. Pero, ¿y Edmund? ¿Cómo reaccionó cuando se lo contaste?

Me quedé paralizada ante la pregunta, mi corazón empezó a latir con fuerza. Todas me miraban ahora, esperando mi respuesta, y no tenía ni idea de cómo explicar la verdad: que no se lo había contado, que lo había estado ocultando tanto a él como a ellas.

Dudé.

—Edmund estaba… muy feliz cuando lo supo.

Amelia, siempre optimista, se inclinó hacia adelante en su silla, con el rostro iluminado.

—¡Debe de estar encantado! Al fin y al cabo, tener un heredero es lo que todo hombre sueña, ¿no?

Asentí rápidamente, tratando de seguir con la farsa.

—Sí, estaba emocionado —dije, aunque mi garganta se apretaba al hablar—. Ha estado hablando de lo emocionado que está por ser padre.

Por dentro, mi corazón latía acelerado y un ligero atisbo de culpa me invadía. La verdad era que Edmund no había estado ni emocionado ni contento. Se había quedado en shock, incluso molesto, y la distancia entre nosotros había crecido desde que se enteró del embarazo. Pero no podía contarles eso. No ahora.

Bajé la mirada, colocando mi mano protectora sobre mi vientre, como si el bebé pudiera sentir mi preocupación.

Por favor, que sea niña, rogué en silencio, frotando mi vientre en círculos lentos. Si es una niña, tal vez Edmund no se sienta decepcionado. Tal vez no odie a nuestro hijo.

La voz de mi madre me sacó de mis pensamientos.

—Bueno, siempre has sido fuerte, Beatrice. Estoy segura de que serás una madre estupenda.

Asentí, aún acariciando distraídamente mi vientre, esperando que no pudieran ver el torbellino de emociones que se desataba bajo la superficie.

—Gracias, madre —murmuré.

Lydia, la más perspicaz de mis hermanas, se inclinó hacia adelante con una chispa de curiosidad en los ojos.

—¿Y cómo lleva Edmund la idea de tener un heredero? —preguntó—. ¿Ya está pensando en el futuro?

Forcé otra sonrisa, aunque la pregunta me aceleraba el corazón.

—Sí —mentí de nuevo—. Está… está muy centrado en el futuro ahora. Pero ambos queremos que el bebé nazca sano, eso es lo más importante.

Amelia sonrió de oreja a oreja, claramente emocionada con la idea.

—Ay, Beatrice, no puedo esperar a ver qué tipo de padre será Edmund. Siempre parece tan serio, pero seguro que se ablanda en cuanto tenga al bebé en brazos.

Solté una risa suave, aunque el sonido me resultaba hueco en los oídos.

—Eso espero.

A medida que la conversación continuaba, hice todo lo posible por desviarla de los temas más pesados. Mis hermanas me siguieron el juego, cambiando a temas más ligeros: la moda, los últimos cotilleos de la sociedad y sus propios planes para la próxima temporada. Escuché, asentí

y sonreí cuando hacía falta, pero mis pensamientos volvían una y otra vez a Edmund y al creciente secreto entre nosotros.

El bebé dio una pequeña patada dentro de mí, un recordatorio constante de la verdad que estaba tratando con todas mis fuerzas de reprimir.

Eventualmente, llegó la hora de despedirse. Cuando nos levantamos para decir adiós, mi madre se acercó a mí con una cálida sonrisa. Colocó su mano con suavidad sobre mi vientre redondeado, su toque era tierno.

—Deberías estar feliz, querida —dijo con una voz llena de ánimo—. El día de dar a luz llegará antes de que te des cuenta. Y tendrás un bebé precioso del que estar orgullosa.

Asentí, intentando devolverle la sonrisa, aunque mi corazón pesaba.

—Sí —susurré—. Supongo que no falta mucho ya.

—Muy bien, querida —dijo con suavidad—. Pero si necesitas algo, lo que sea, sabes que estamos aquí para ti.

Asentí, agradecida por su apoyo, aunque no pudiera compartir toda la verdad con ellas.

—Gracias.

Cuando salieron de la habitación, me quedé quieta, de pie junto a la puerta, hasta que el sonido de sus pasos se desvaneció. Instintivamente, llevé las manos a mi vientre y solté un suspiro que no sabía que estaba conteniendo. La tensión de la conversación, de las mentiras que había tejido para proteger el frágil equilibrio de mi vida, me dejó más exhausta que nunca.

Edmund ya se había retirado a su propio mundo, pero ahora yo hacía lo mismo, escondiéndome detrás de la máscara de esposa feliz mientras rezaba en silencio para que el niño que crecía dentro de mí lograra cerrar la brecha entre nosotros.

Suspiré y volví a acariciar mi vientre, sintiendo los suaves movimientos de nuestro hijo, y cerré los ojos.

—Por favor, que seas niña —susurré, sintiendo cómo el bebé se movía con delicadeza en respuesta—. Por favor, haz que todo mejore.

Eso era todo lo que podía esperar ahora. Por el bien de este pequeño ser, tenía que seguir adelante. Por ahora, eso tendría que bastar.

34

El Peso del Arrepentimiento

Me quedé tumbado en la oscuridad, mirando al techo, mientras el silencio entre nosotros se hacía tan denso como lo había sido durante semanas. Beatrice estaba a mi lado, su respiración era constante, aunque podía sentir la tensión que irradiaba de ella, incluso sin mirarla. Estaba sufriendo, eso lo sabía. Pero, ¿qué se suponía que debía hacer? No encontraba las palabras adecuadas para arreglar las cosas, y cada vez que abría la boca, parecía que lo único que salía eran más errores.

Le había dicho que “lo afrontaríamos”, como si el niño que crecía dentro de ella fuera solo otro problema que solucionar, otro asunto que tachar de la lista. Pero no era así como me sentía, no de verdad. La realidad era que mis emociones estaban hechas un lío, enredadas y enmarañadas, imposibles de desentrañar.

Parte de mí —Dios me ayude— se sentía feliz. Saber que Beatrice llevaba a mi hijo despertaba algo muy profundo en mí, algo que no me había permitido sentir hasta ahora. La idea de ser padre, de formar una familia con ella, no era tan insoportable como había pensado. No lo había planeado, no lo había querido al principio, pero ahora que era real, ahora que estaba ocurriendo… no podía evitar ese destello de orgullo, de algo más, que había echado raíces en mi pecho.

Pero ese sentimiento se desvanecía rápidamente bajo el peso de la traición, que se asentaba como una piedra en mi estómago.

Desde el principio lo dejé claro: los hijos no formaban parte del plan. Había sido la base de nuestro acuerdo. Nosotros éramos prácticos, Beatrice y yo. Habíamos construido este matrimonio sobre la razón, no sobre emociones, y estaba tan seguro de que estábamos en la misma página.

Y ahora… esto.

Giré ligeramente la cabeza, mirando a Beatrice en la penumbra. Estaba de espaldas a mí, acurrucada de lado, con las manos descansando sobre su vientre. Todavía me resultaba extraño pensar que dentro de ella había un niño, un niño que habíamos creado, a pesar de que ambos habíamos jurado que esto nunca pasaría.

No podía culparla del todo. No es que ella hubiera planeado esto más de lo que lo había hecho yo. Pero me sentía… traicionado. Traicionado por la situación, por el destino y, sí, por Beatrice. Había confiado en ella, y ahora lo que ambos habíamos acordado que nunca ocurriría, estaba ocurriendo.

Pero, en el fondo, sabía que no era su culpa. No era culpa de nadie, en realidad. Habíamos sido cuidadosos, pero incluso los planes mejor trazados a veces se desmoronan. También fue mi descuido aquella noche, bajando la guardia, creyendo que lo tenía todo bajo control cuando no era así. Esto era tan responsabilidad mía como de ella..

Suspiré, pasándome una mano por la cara, sintiendo el peso de mi propia culpa apretándome. Beatrice había estado asustada, y yo lo había empeorado. En lugar de ser el hombre que necesitaba, en lugar de tranquilizarla o encontrar una manera de enfrentar esto juntos, la había alejado. Le había devuelto su miedo en plena cara, haciéndole sentir que era su carga llevarlo sola.

Eso no era justo. Ni para ella, ni para el hijo que estaba esperando.

Pero, ¿qué se suponía que debía hacer ahora? Había pasado tanto tiempo convenciéndome de que los niños no formaban parte de mi futuro, de que no me interesaba continuar con el linaje Fairchild. Ya había decidido que todo iría a Henry, el hijo de Isabella. Ese era el plan. Tenía todo el sentido del mundo.

Y sin embargo, aquí estábamos.

Sentí algo moverse dentro de mí, algo que no quería nombrar. La idea de tener un hijo con Beatrice, de empezar una familia con ella… era aterradora. Pero no era tan horrible como lo había pensado antes. De hecho, cuanto más me permitía pensar en ello, más me daba cuenta de que tal vez, solo tal vez, esto no era el desastre que me había imaginado.

Volví a dirigir la mirada al techo, mientras la culpa y la confusión me corroían. Beatrice no merecía la frialdad que le había mostrado. No merecía el silencio, la distancia que había creado entre nosotros. Estaba asustada, y yo no había hecho nada más que hacerla sentirse más sola.

El problema era que no sabía cómo arreglarlo. No sabía cómo hablar con ella, cómo decirle que, en parte, la idea del bebé me hacía ilusión. Que yo también tenía miedo, pero eso no

significaba que no me importara. ¿Cómo podría explicarle todo esto si ni siquiera yo lo entendía del todo?

Aún podía ver la expresión en su rostro cuando la confronté: miedo, culpa, y una tristeza tan profunda que me hizo un nudo en el pecho. Creía que la odiaba. Pude verlo en sus ojos, en la forma en que se estremecía cada vez que le hablaba, como si esperara que estallara en cualquier momento.

Y Dios, había sido cruel. Había dicho cosas que no sentía, la había apartado justo cuando más me necesitaba.

Suspiré de nuevo, el sonido pesado en el silencio de la habitación. Quería acercarme a ella, abrazarla, decirle que no la odiaba, que lo sentía por todo. Pero las palabras se me quedaban atascadas en la garganta, atrapadas por mi propio orgullo, mi propio miedo.

En su lugar, me quedé allí, mientras la distancia entre nosotros se sentía más grande que nunca, y mis pensamientos giraban en una maraña de culpa, arrepentimiento y algo que aún no estaba listo para llamar esperanza.

Nunca había querido tener hijos, pero ahora que Beatrice estaba embarazada… ¿podría realmente darle la espalda a esto? ¿Podría ignorar los pequeños destellos de emoción que sentía al pensar en el niño que traeríamos al mundo?

No lo sabía. Pero lo que sí sabía era que no podía seguir así. No podía seguir fingiendo que Beatrice no existía, que este niño no venía en camino.

Algo tenía que cambiar.

Y ese cambio debía empezar por mí.

Mañana. Mañana hablaría con ella. Le diría cómo me sentía, sobre el bebé, sobre nosotros. Quizá no tenía todas las respuestas todavía, pero no podía seguir huyendo de esto.

Solo esperaba que no fuera demasiado tarde.

35

La Sabiduría de una Hermana

Estaba sentado en la biblioteca, mirando fijamente las llamas del fuego que chisporroteaban en la chimenea, cuando la puerta chirrió y se abrió. Isabella entró. No la había visto desde aquella noche en su casa, cuando encontré a Beatrice, y no esperaba su visita.

Su rostro, como siempre, estaba sereno, pero había algo más en sus ojos: una especie de determinación, tal vez. No dijo nada al principio, solo cruzó la habitación y se sentó en la silla frente a mí, con las manos entrelazadas en su regazo.

La observé, sabiendo muy bien que no había venido a charlar de cosas triviales. Isabella nunca tenía paciencia para eso cuando algo le rondaba la cabeza. Llevaba la misma expresión que ponía cuando éramos niños, justo antes de echarme la bronca por hacer alguna tontería.

Y tenía la sensación de que este iba a ser uno de esos momentos.

—Edmund —comenzó, con voz suave pero firme—, tenemos que hablar.

Suspiré, recostándome en mi silla.

—Me lo imaginaba cuando entraste.

Ignoró mi sarcasmo, sin apartar la mirada de la mía.

—He estado observándote —dijo con tono serio—. Y he estado observando a Beatrice. Algo entre vosotros no va bien, y eso la está destrozando.

Apreté la mandíbula y aparté la vista. Por supuesto que se había dado cuenta. Seguro que todos lo habían notado ya. La distancia entre Beatrice y yo no era precisamente sutil. Pero no sabía cómo arreglarlo. Ni siquiera sabía por dónde empezar.

—Beatrice está a punto de dar a luz —continuó Isabella, con la voz más suave—. Está asustada, Edmund. Teme lo que va a pasar, cómo reaccionarás, lo que este bebé significa para vuestro futuro juntos.

Se me hizo un nudo en el estómago al pensar en Beatrice asustada. Sabía que lo estaba, claro.

Había intentado ocultarlo, pero lo había visto en sus ojos, en la forma en que se encogía cuando me acercaba a ella. La culpa de eso pesaba sobre mí como una losa, y no tenía ni idea de cómo deshacer el daño que había causado.

Isabella se inclinó un poco hacia adelante, con la mirada intensa.

—Tienes que dejar de pensar en la herencia, en el título y en la propiedad. Has estado tan centrado en dejarle todo a Henry, en seguir con este plan que te has marcado, que estás perdiendo de vista lo que de verdad importa.

La miré, sorprendido.

—Pero ya lo prometí…

—No me debes nada —me interrumpió con firmeza—. No necesito que Henry herede tu título o tus propiedades. Quiero que seas feliz, Edmund. Eso es lo único que siempre he querido. Has cargado con el peso de la responsabilidad durante tanto tiempo, pero no tiene por qué ser así.

Sus palabras me golpearon como un puñetazo en el pecho. Durante tantos años, me había convencido de que estaba haciendo lo correcto, dejando el título y la propiedad al hijo de Isabella. Había sido mi manera de asegurarme de que ella estaría bien, de aliviar la culpa por las decisiones que había tomado en su vida. Pero ahora, sentado aquí, escuchándola, me di cuenta de que me había aferrado a una idea que ya no tenía sentido.

—No sé cómo arreglar esto —admití, con la voz baja—. La he alejado, y no sé cómo hacerla volver.

La expresión de Isabella se suavizó, y extendió la mano, colocándola sobre la mía.

—Empiezas hablando con ella —dijo con dulzura—. Empiezas diciéndole cómo te sientes, mostrándole que te importa. Beatrice te quiere, Edmund. Necesita saber que tú también la quieres, y que este bebé, vuestro bebé, importa.

Tragué saliva con esfuerzo, sintiendo cómo el nudo en mi garganta crecía. Había tenido tanto miedo de lo que este bebé representaba, de cómo lo cambiaría todo, pero en el fondo sabía que Isabella tenía razón. El bebé no era solo una interrupción en mis planes. Era mi hijo. Y no podía seguir huyendo de eso.

—No sé cómo decírselo —murmuré, sorprendiéndome a mí mismo por lo vulnerable que sonaba mi voz—. No sé si puedo ser el esposo que ella necesita, el padre que este niño merece.

Isabella me dedicó una sonrisa tierna y me apretó la mano.

—Ya lo eres, Edmund. Solo tienes que creértelo.

Cerré los ojos un momento, dejando que sus palabras me calaran hondo. ¿Podría ser tan sencillo? ¿Podría realmente dejar atrás todos esos miedos y dudas que me llevaban frenando

tanto tiempo?

Isabella se acomodó en su silla, su expresión volvió a ser tranquila.

—Va a dar a luz en nada —dijo en voz baja—. No tardes mucho, Edmund. Te necesita ahora más que nunca.

Asentí, sintiendo el peso de sus palabras caer sobre mí como una losa. Sabía que tenía razón. Beatrice me necesitaba, y no podía seguir escondiéndome de lo que estaba pasando.

Cuando Isabella se levantó para marcharse, se detuvo junto a la puerta y se giró para mirarme una última vez.

—Tú también te mereces ser feliz, Edmund —dijo suavemente—. Y no la encontrarás si sigues huyendo de las personas que te quieren.

Con esas palabras, salió de la habitación, dejándome solo con mis pensamientos y el pesado silencio que llenaba la casa.

Me quedé allí un buen rato, mirando las llamas del fuego, dándole vueltas a todo lo que me había dicho. La verdad era que no sabía cómo arreglar las cosas con Beatrice. Pero también sabía que no podía seguir así. No podía seguir apartándola, fingiendo que el bebé no importaba.

Porque la verdad es que sí importaba. Ellos dos importaban.

Me levanté, sintiendo la responsabilidad del momento caer sobre mí, y me dirigí hacia la habitación de Beatrice. El corazón me latía con fuerza en el pecho mientras me acercaba a la puerta, y mi mano dudó sobre el pomo por un instante.

Esto era todo. Este era el momento en que todo podía cambiar, si lo permitía.

36

Un Momento Demasiado Tarde

La casa estaba en silencio, el peso de la conversación con Isabella me aplastaba como una losa. Sus palabras resonaban en mi cabeza: *Tú también te mereces ser feliz, Edmund. Y no lo vas a encontrar si sigues huyendo de los que te quieren.*

Sabía que tenía razón. Había pasado demasiado tiempo escondiéndome, esquivando una verdad que ya era imposible de ignorar. Beatrice estaba esperando a mi hijo —nuestro hijo— y la había apartado cuando más me necesitaba. La culpa me retorcía el estómago, pero estaba decidido a arreglar las cosas. Tenía que hacerlo bien por ella.

Salí de la biblioteca con pasos decididos, sabiendo exactamente dónde estaría. El jardín, su refugio favorito. Solía esconderse allí, entre las flores, buscando algo de paz cuando todo se le hacía cuesta arriba. La había visto allí tantas veces, perdida en sus pensamientos, acariciando los pétalos de las rosas mientras el resto del mundo se desvanecía.

Pero esta vez, no se iba a esconder. Esta vez, estaría a su lado.

Salí al fresco aire de la tarde, el aroma a rosas me envolvió como si fuera un viejo amigo. El corazón me latía con fuerza mientras caminaba por el sendero de piedra, ensayando las palabras que le diría: cómo me disculparía por haber sido tan frío, por fallarle justo cuando más me necesitaba. Le diría que estaba listo para ser padre, que quería estar con ella y con nuestro hijo.

Pero antes de llegar, un ruido me interrumpió. Giré la cabeza hacia los establos y vi un caballo desbocado, con los ojos como platos, corriendo enloquecido. Me quedé paralizado un momento, con el pánico creciendo en mi pecho. El caballo iba directo al jardín, directo a Beatrice.

—¡No! —grité, con la voz desgarrada por el terror, pero ya era demasiado tarde.

El caballo embistió, los cascos resonaban contra el suelo, y antes de que pudiera hacer nada, el animal la golpeó, tirándola al suelo con un sonido seco y espantoso.

El tiempo pareció detenerse, y sentí que el corazón se me detenía en el pecho al verla caer, su cuerpo quedó inmóvil sobre la hierba. Corrí hacia ella, mis piernas pesadas, incapaz de controlar mi propio cuerpo, mientras mi mente gritaba que no podía estar pasando.

—¡Beatrice! —caí de rodillas a su lado, mis manos temblaban mientras la tocaba, con el miedo paralizante de lo que podría encontrar. Estaba pálida, abrió los ojos por un segundo antes de cerrarlos de nuevo, su respiración era superficial, débil.

No podía respirar. El terror me apretaba la garganta mientras la acunaba en mis brazos, la realidad de lo que acababa de pasar me golpeaba como un puñetazo.

—¡Ayuda! —grité, con la voz rota y desesperada, mirando hacia la casa—. ¡Alguien, ayúdeme!

Los sirvientes corrieron hacia nosotros, pero yo apenas notaba su presencia. Se arrodillaban a nuestro lado, con voces frenéticas y llenas de alarma. Alguien gritó por un médico, pero todo parecía distante, como si estuviera atrapado en una pesadilla de la que no podía despertar.

—Está sangrando —susurré, con la voz temblorosa—. Ella… ella está sangrando.

No podía perderla. No así. No justo ahora, cuando acababa de darme cuenta de cuánto la necesitaba, de cuánto la amaba.

Los sirvientes estaban allí, pero yo apenas los notaba. Mis ojos solo veían la mancha oscura y creciente en su vestido, formando un charco a su alrededor.

El estómago se me revolvió, y sentí como el mundo se inclinaba a mi alrededor.

—Beatrice, por favor, quédate conmigo —supliqué, con la voz rota mientras la abrazaba con más fuerza, mis manos temblaban—. Por favor, no me dejes.

Sus ojos volvieron a abrirse un instante, y me miró, el dolor se reflejaba en su rostro.

—Edmund… —susurró, tan débil que apenas pude escucharla.

—Estoy aquí —logré decir, con las lágrimas quemándome los ojos—. Estoy aquí. Lo siento tanto. Lo siento tanto, Beatrice.

La realidad de la situación me aplastaba como una losa. Ella había resultado herida porque me retrasé, porque no había estado allí antes. Y ahora… ahora podría perderla. Mi pecho se encogía bajo el peso de ello, con el miedo de no tener la oportunidad de arreglarlo.

—Debería haber… Debería haber estado allí para ti —continué, con la voz quebrada—. Debería haberte dicho antes cuánto significas para mí. Te quiero, Beatrice. Te quiero más que a nadie en este mundo, y lamento todo lo que he hecho.

Ella hizo una mueca, su mano aferrada a su vientre, y sentí cómo mi corazón se detenía al ver cómo la sangre seguía extendiéndose.

—El bebé —susurró, el rostro deformado por el dolor.

Miré su vientre abultado, sintiendo cómo el miedo me apretaba la garganta.

—Te ayudaremos —prometí, con la voz trémula—. Estarás bien. El bebé estará bien. Solo aguanta, por favor, Beatrice. Aguanta.

Los siguientes momentos fueron un torbellino de prisas y caos—los sirvientes levantando a Beatrice, llevándola dentro, mientras yo los seguía como un zombi, con la mente entumecida por el terror. El médico llegó rápido, pero nada parecía lo suficientemente rápido. Cada segundo era una agonía mientras esperaba fuera de la habitación donde estaba Beatrice, escuchando los sonidos apagados de dolor y pánico.

Pasaron horas, o tal vez minutos, antes de que me permitieran entrar.

La habitación olía a sangre y sudor, y Beatrice yacía pálida y frágil en la cama, su respiración era débil. El médico trabajaba incansablemente, sus manos se movían con una eficiencia practicada, pero el miedo en sus ojos me decía todo lo que necesitaba saber.

Era grave. Peor de lo que me atrevía a imaginar.

—Edmund —susurró débilmente, su voz me sacó del estado de shock.

Me acerqué a su lado, arrodillándome junto a la cama y tomando su mano entre las mías.

—Estoy aquí —le susurré, con la voz quebrada por la emoción—. Estoy aquí.

Ella levantó la mirada hacia mí, con los ojos nublados por el dolor.

—Lo siento —murmuró, su voz apenas audible.

—No, no te disculpes —dije rápidamente, con el alma hecha pedazos—. No tienes nada de qué disculparte. Esto es mi culpa. Yo debería haber estado allí. Debería haber…

Me apretó la mano, su agarre débil pero suficiente para callarme.

—Edmund… el bebé…

Asentí, con las lágrimas brotando por mi rostro.

—El bebé está por llegar. Solo tienes que aguantar. Por favor, Beatrice. No puedo perderte.

La voz del médico cortó la tensión como un cuchillo.

—Está perdiendo demasiada sangre. Tenemos que actuar rápido.

Miré a Beatrice, sintiéndome roto al ver el miedo en sus ojos, el dolor marcado en cada línea de su rostro.

—Lo siento tanto —volví a susurrar, con la voz rota—. Lo siento tanto, Beatrice. Por favor, quédate conmigo. Te quiero. Te quiero tanto.

Los siguientes momentos fueron un borrón. La respiración dificultosa de Beatrice, las frenéticas instrucciones del médico y mi propia voz, suplicando que no se fuera. Nunca me había

sentido tan impotente en mi vida, nunca había sentido tanto arrepentimiento por las cosas que no había dicho, por las cosas que había dado por sentadas.

Lo único que podía hacer era sostener su mano y rogar su perdón, con el corazón rompiéndose un poco más con cada segundo que pasaba.

37

El Nacimiento de una Hija

El mundo era un torbellino de dolor, miedo y agotamiento. Jamás había sentido un dolor tan salvaje, un ardor crudo que consumía cada parte de mí. Mi cuerpo parecía desgarrarse, y la hemorragia empeoraba todo. Oía la voz del médico, sus palabras demasiado rápidas y frenéticas para entenderlas, y el urgente susurro de la comadrona junto a mí, diciéndome que respirara, que empujara, que me mantuviera fuerte.

Pero todo lo que podía sentir era ese dolor abrumador y el miedo afilado que me envolvía.

Y Edmund.

Él estaba allí, sujetando mi mano, su agarre fuerte y desesperado. Su voz, habitualmente tan firme, temblaba, llena de preocupación y culpa.

—Estoy aquí, Beatrice —seguía repitiendo, con la voz rota por la emoción—. Estoy aquí. Te quiero. Lo siento tanto.

Quería responder, decirle que no era su culpa, que no le culpaba por nada de esto, pero no podía. El dolor era demasiado. Lo único que podía hacer era apretar su mano, aferrándome a él como si fuera mi salvavidas mientras mi cuerpo luchaba por traer a nuestro hijo al mundo.

Me sentía agotada, como si estuviera perdiendo la consciencia. La habitación giraba a mi alrededor, los sonidos se mezclaban en un caos. Sentía cómo la pérdida de sangre me debilitaba, mi cuerpo gritaba en protesta, pero no podía rendirme. No ahora. No cuando nuestro hijo me necesitaba.

El bebé. Nuestro bebé.

Otra ola de dolor me atravesó, y grité, apretando la mano de Edmund con todas mis fuerzas.

—No puedo… —jadeé, las palabras apenas un susurro—. No puedo hacerlo…

—Sí puedes —Edmund susurró, con una determinación que apenas ocultaba su miedo. Con su otra mano me acariciaba el cabello con ternura, sus ojos reflejaban una mezcla de temor y

resolución—. Eres la persona más fuerte que conozco. Puedes hacerlo, Beatrice. Tú puedes.

Quería creerle, pero el dolor era insoportable. Mi cuerpo me pedía parar, descansar, pero sabía que no podía. No aún.

—Empuje, mi señora —me urgió la comadrona, su voz suave pero firme—. El bebé ya está aquí. Solo un empujón más.

Un empujón más. Podía hacerlo. Tenía que hacerlo.

Apreté los dientes, reuniendo la poca fuerza que me quedaba, y empujé con todo lo que tenía. El dolor era cegador, y por un momento pensé que me desmayaría. Pero entonces, de repente, todo terminó.

Un llanto llenó la habitación, un sonido agudo y fuerte que cortó la neblina de dolor y agotamiento. Parpadeé, con la visión borrosa, dándome cuenta de lo que acababa de pasar. El bebé… nuestro bebé… ya estaba aquí.

La comadrona se movió rápidamente, envolviendo su pequeño y arrugado cuerpecito en una suave manta.

—Es una niña —dijo, su voz cálida y llena de orgullo—. Una hermosa y saludable niña.

No podía creerlo. Después de todo, el dolor, el miedo, la incertidumbre… había traído a nuestra hija al mundo.

—Una niña… —susurré, con la voz débil, y sentí cómo las lágrimas corrían por mis ojos.

La comadrona colocó suavemente al bebé en mis brazos, y la miré—nuestra hija—mi corazón se llenó de emociones que ni siquiera sabía cómo nombrar. Era tan pequeña, su diminuto rostro arrugado mientras lloraba, su piel suave y rosada. Era perfecta.

Sentí un sollozo subir por mi garganta, pero esta vez no era por miedo ni por dolor. Era por el amor abrumador que me envolvía mientras la sostenía, mientras la miraba por primera vez. Mi hija. Nuestra hija.

La mano de Edmund seguía sobre la mía, firme pero temblorosa. Lo miré, con lágrimas corriendo por mi rostro. Sus ojos estaban fijos en la bebé, su expresión llena de asombro y algo más profundo, algo crudo y vulnerable que nunca había visto en él.

—Es hermosa —susurró, con la voz cargada de emoción—. Beatrice… es perfecta.

Asentí, incapaz de hablar, las lágrimas fluyendo libremente ahora. A pesar de todo—el miedo, el dolor, la incertidumbre—este era un momento de pura alegría. El peso de los últimos meses, la tensión entre nosotros, parecía disolverse en presencia de nuestra hija.

—Lo siento —Edmund volvió a decir, con la voz quebrada mientras se inclinaba para besar mi frente—. Lo siento tanto por todo. No sabía cuánto deseaba esto. Cuánto te deseaba a ti.

Sus palabras atravesaron la neblina de agotamiento, y lo miré, mi corazón desbordado de amor por este hombre que había tenido tanto miedo a la paternidad, tanto miedo a lo desconocido. Había luchado, pero estaba aquí. Se había quedado.

Me aferré a su mano con más fuerza, sintiendo que, a pesar de todo lo que habíamos pasado, ahora éramos completos.

La mano de Edmund se apartó suavemente de la mía mientras se inclinaba hacia nuestra hija, sus dedos temblaban al sostener su pequeño cuerpo por primera vez. Sus ojos, aún llenos de asombro, se suavizaron al mirarla, su rostro era una mezcla de maravilla y profundo arrepentimiento. Le observé, con lágrimas aún cayendo por mis mejillas, mientras él la sostenía, su expresión completamente cruda, vulnerable de una manera que nunca antes había visto en él.

Bajó la cabeza, sus labios rozaron la parte superior de su delicada cabecita mientras cerraba los ojos. Por un momento, la habitación quedó en completo silencio, salvo por el suave sonido de la respiración de nuestra hija y las palabras susurradas de Edmund.

—Lo siento —murmuró, con la voz quebrada—. Lo siento tanto, mi dulce niña. No lo sabía… no lo entendía.

La besó de nuevo, su respiración entrecortada mientras la acercaba más, con los brazos protectores y cariñosos.

—He sido un necio —continuó, con los ojos brillantes mientras la miraba, su pulgar acariciando suavemente su diminuta mejilla—. Pensé que podía evitar esto… evitarte a ti. Pero ahora que estás aquí, me doy cuenta de cuánto ya me he perdido.

La imagen de él sosteniéndola, disculpándose así, rompió algo dentro de mí. Sentí una punzada en el corazón, no de tristeza, sino de un abrumador torrente de amor por ambos: este hombre que había estado tan perdido en sus miedos, y esta pequeña niña que había llegado a nuestras vidas y lo había cambiado todo.

La voz de Edmund se suavizó, llena de emoción mientras le hablaba.

—Te prometo que seré mejor. Seré el padre que mereces. No huiré más. Estaré aquí… para las dos.

Su mirada se desvió hacia mí, y nuestros ojos se encontraron en un entendimiento silencioso. No hacían falta más palabras, no ahora. Todo lo que habíamos pasado—la distancia, las discusiones, el dolor—parecía insignificante en comparación con este momento. El amor que sentíamos por esta pequeña, perfecta criatura había cerrado la brecha entre nosotros, sanando heridas que ni siquiera sabíamos que estaban abiertas.

—Te amo —susurró Edmund a nuestra hija, su voz apenas audible mientras la besaba de nuevo—. Te quiero más de lo que jamás pensé posible.

Volvió a mirarme, sus ojos llenos de algo más profundo, algo real.

—Y te amo a ti, Beatrice —dijo, con la voz temblorosa por el peso de todo lo que no se había dicho—. Siempre te he amado. Solo tenía demasiado miedo para admitirlo.

Mi respiración se cortó al extender la mano, rozando suavemente su brazo con mis dedos.

—Yo también te amo, Edmund —susurré, con el corazón lleno—. Siempre lo he hecho.

En ese momento, con nuestra hija entre nosotros, el mundo exterior desapareció. Toda la tensión, toda la incertidumbre, se disipó, dejando solo a los tres, una familia finalmente unida por el amor que tanto habíamos luchado por encontrar.

Edmund se inclinó hacia mí, besándome suavemente, el calor de sus labios quedó en los míos mientras susurraba:

—Gracias, Beatrice. Por todo. Por ella.

Sonreí entre lágrimas, con el corazón lleno de felicidad mientras lo miraba a él y a nuestra hermosa hija, sintiendo cómo el peso de los últimos meses se desvanecía, reemplazado por la esperanza—esperanza por el futuro, por nosotros, por la vida que construiríamos juntos como una familia.

Nos quedamos allí mucho tiempo, solo los tres—Edmund, nuestra hija y yo—envueltos en el silencio, en la alegría de este nuevo comienzo. El dolor y el miedo de las últimas horas se desvanecieron, reemplazados por algo más cálido, algo más fuerte.

Mientras miraba a nuestra hija, su pequeña mano aferrada a mi dedo, supe que todo sería diferente ahora. Nuestras vidas habían cambiado de maneras que nunca habría imaginado, pero era un cambio que recibía con los brazos abiertos.

Habíamos pasado por tanto—malentendidos, miedo, dudas—pero en este momento, con nuestra hija en mis brazos y Edmund a mi lado, sabía que estaríamos bien. Nos quedaba un largo camino por delante, pero lo recorreríamos juntos.

Y nuestra hija… nuestra hermosa y perfecta hija… estaría en el centro de todo.

38

Una Decisión Familiar

A medida que pasaban los días tras el nacimiento de nuestra hija, la casa se llenaba de una nueva energía. Sus suaves balbuceos y pequeños llantos resonaban por los pasillos, transformando lo que antes era un lugar frío y distante en algo cálido y lleno de vida. La tensión que antes existía entre Edmund y yo parecía cosa del pasado, reemplazada por algo mucho más profundo: el amor compartido por la pequeña vida que habíamos creado.

Estaba sentada junto a la ventana en la habitación de la bebé, acunándola en mis brazos mientras dormía, con sus diminutos dedos agarrando mi pulgar. Su suave y rítmica respiración era el sonido más reconfortante del mundo, y no podía dejar de mirarla. Aún me costaba creer que fuera nuestra—que, a pesar de todas las dudas y miedos, habíamos creado a este ser tan perfecto y hermoso.

La puerta crujió al abrirse, y Edmund entró. Su mirada se suavizó de inmediato al vernos. Cruzó la habitación con cuidado, sin querer despertarla. La paternidad lo había transformado de una manera que me sorprendía; aquella torpeza inicial al tratar con bebés se había desvanecido rápidamente a medida que se acostumbraba a sostenerla, calmarla e incluso cambiarla, con una ternura que no había esperado.

—Está dormida otra vez —murmuró, con una pequeña sonrisa mientras se agachaba a mi lado, su mano descansando suavemente sobre la espalda de nuestra hija.

Asentí, sintiendo una calidez dentro de mí mientras lo observaba.

—Hoy ha estado muy tranquila —susurré—. Creo que por fin se está acostumbrando.

Edmund rió suavemente, sus dedos rozando la suave mejilla de nuestra hija.

—Es perfecta, Beatrice. Absolutamente perfecta.

Nos quedamos sentados en un cómodo silencio un rato, simplemente observándola dormir. El amor que sentía por este pequeño ser humano era abrumador, pero había algo más revoloteando

debajo de la superficie, algo de lo que sabía que, tarde o temprano, tendríamos que hablar.

Finalmente, rompí el silencio, con una voz tranquila pero firme.

—Edmund… tenemos que hablar sobre lo que viene.

Al principio, no me miró; su mirada seguía fija en nuestra hija. Pero pude notar la tensión en su mandíbula, la forma en que su cuerpo se tensaba ligeramente al mencionar el futuro. Sabía, al igual que yo, de qué iba esa conversación.

—Lo sé —dijo en voz baja, su mano acariciando suavemente la espalda de nuestra hija—. También he estado pensando en ello.

Respiré hondo, intentando calmarme.

—Sé que esto no estaba en tus planes, que no esperabas tenerla. Pero ahora que está aquí… quiero ser honesta contigo. No quiero presionarte para tener más hijos si eso no es lo que deseas.

Edmund finalmente me miró, con una expresión suave pero seria.

—Beatrice, la amo más de lo que jamás creí posible. Pero… creo que con un solo hijo es suficiente.

Asentí, con el corazón algo pesado, pero a la vez aliviado. Sabía que esa sería su respuesta, me había preparado para ello, pero escucharlo decirlo aún provocó una mezcla de emociones que me invadieron.

—Lo entiendo —susurré, casi en un susurro—. Nunca quise imponerte más de lo que estuvieras listo para aceptar.

Él tomó mi mano, entrelazando sus dedos con los míos.

—No se trata de una carga, Beatrice. Quiero darle todo a ella. Y quiero que tengamos una buena vida juntos, los tres. Pero… también sé que Henry necesitará heredar el título y la propiedad algún día. Eso siempre estuvo en los planes.

Hizo una pausa antes de agregar, con la voz más suave:

—Pero si tenemos otro hijo, prometo que seré mejor. Estaré a tu lado siempre, te lo prometo.

Las palabras de Edmund me hicieron llorar. Gracias, Edmund, pensé, mi corazón reconociendo su promesa sincera.

Miré a nuestra hija, su pequeño cuerpo acurrucado contra mi pecho. La idea de no tener más hijos era agridulce, pero sabía que Edmund tenía razón. Henry, su sobrino, necesitaría la herencia, y Edmund ya había hecho esa promesa a Isabella. No podía pedirle que la rompiera.

—La vamos a criar juntos —dijo Edmund en voz baja, su pulgar acariciando suavemente mis nudillos—. Le daremos la mejor vida que podamos. Y para mí, ella es suficiente. Más que suficiente.

Las lágrimas inundaron mis ojos mientras lo miraba, mi corazón se llenaba de gratitud y amor.

—Lo es —susurré, con la voz entrecortada por la emoción—. Es todo lo que podría haber soñado.

Edmund se inclinó y me besó suavemente en la frente, sus labios cálidos y suaves contra mi piel.

—Tú también eres suficiente, Beatrice —murmuró—. Tú y ella… sois mi familia ahora. Y eso es todo lo que necesito.

Nos quedamos en silencio de nuevo, pero ya no se sentía pesado. Había una paz en saber que habíamos tomado la decisión correcta para nosotros, para nuestra familia.

—Me aseguraré de que Henry esté bien cuidado —continuó Edmund después de un momento, con voz firme—. Heredará todo, tal como planeamos. Pero nuestra hija tendrá todo lo que necesite también. Me encargaré de eso.

Asentí, sintiendo un profundo alivio asentarse en mí.

—Confío en ti, Edmund —dije suavemente—. Sé que lo haremos bien.

Sonrió, su mano descansando en mi hombro mientras se inclinaba un poco más.

—Lo haremos, Beatrice. Lo haremos.

Mientras miraba a nuestra hija, que seguía durmiendo plácidamente en mis brazos, sentí una claridad y una calma que no había experimentado en meses. Nuestra vida juntos no sería exactamente lo que había imaginado, pero no importaba. Nos teníamos el uno al otro. Teníamos a nuestra hija. Y eso era más que suficiente.

—Te amo —susurré, las palabras salieron antes de que pudiera detenerlas. Pero ya no quería detenerlas. No más.

Edmund sonrió, sus ojos cálidos al encontrarse con los míos.

—Yo también te amo —dijo suavemente, con voz llena de convicción.

Mientras el sol comenzaba a ponerse fuera de la ventana, bañando la habitación en un resplandor dorado, supe que habíamos tomado la decisión correcta. Nuestro futuro ahora estaba claro, y estaba lleno de amor, esperanza y la promesa de una vida que construiríamos juntos.

39

La Reflexión Final

Me encontraba al borde del jardín, mientras el suave viento jugueteaba con mi pelo, observaba a nuestra hija perseguir una mariposa por el césped. Su risa resonaba en el aire, pura y brillante, llenando mi corazón de calidez. Apenas tenía dos años, pero ya mostraba la misma determinación que su padre: cuando se proponía algo, nada podía detenerla.

Detrás de mí, oí el suave sonido de unos pasos y sentí la presencia familiar de Edmund a mi lado. Deslizó su mano en la mía, entrelazando nuestros dedos con facilidad, como si siempre hubieran estado destinados a estar juntos de esa manera. Nos quedamos en silencio por un momento, observando cómo nuestra hija saltaba por el jardín, sus pequeñas piernas tropezando con el césped desigual, pero sin rendirse nunca.

—Es tan parecida a ti —murmuró Edmund, con una voz baja y llena de orgullo—. Terca, decidida, incapaz de rendirse.

Sonreí, apretando su mano.

—Pero tiene tu paciencia. Se nota cómo analiza todo antes de actuar. Eso lo ha sacado de ti.

Él rió suavemente.

—Quizás. Pero definitivamente es una Whitford. Ese carácter arrollador es inconfundible.

Reí, apoyándome en él mientras nos quedábamos allí, uno junto al otro, disfrutando de la simple belleza del momento. Nos había costado años llegar a este lugar de paz y entendimiento, pero ahora, no podía imaginar la vida de otra manera.

A medida que el sol comenzaba a bajar en el cielo, bañando el jardín con una suave luz dorada, me encontré reflexionando sobre el camino que nos había traído hasta aquí. No había sido fácil, ni mucho menos. Habíamos enfrentado muchas pruebas: malentendidos, dudas, y momentos en los que no estaba segura de si lo lograríamos. Pero lo habíamos hecho. Juntos.

Miré a Edmund, su perfil fuerte iluminado por la luz tenue. Parecía tan diferente del hombre

con el que me casé, aunque no físicamente. Era algo más profundo, algo en la forma en que se comportaba ahora: más ligero, más en paz. El duque distante y reservado que conocí se había desvanecido. En su lugar estaba el hombre que se había convertido en mi compañero, mi amante y el padre de nuestra hija.

—Hemos recorrido un largo camino, ¿verdad? —dije en voz baja, dejando que el peso de todo lo que habíamos superado impregnara mis palabras.

Él me miró, su expresión era tierna, mientras su pulgar acariciaba suavemente el dorso de mi mano.

—Sí, lo hemos hecho —respondió—. Mucho más de lo que alguna vez pensé que podríamos.

Asentí, sintiendo el peso de aquellos primeros días presionar ligeramente mi pecho, aunque ya no de una manera dolorosa. El miedo y la duda que una vez llenaron mi corazón habían sido reemplazados por algo más firme, algo más fuerte.

—Cuando pienso en cómo empezamos —dije en voz baja—, nunca imaginé que acabaríamos así. Nosotros. Una familia. Y, sin embargo, se siente… perfecto.

Edmund sonrió, sus ojos cálidos al encontrarse con los míos.

—Eso es porque lo construimos juntos —dijo suavemente—. A través de todos los errores, a través de todos los momentos difíciles, encontramos nuestro camino el uno hacia el otro. Y ahora… estamos aquí.

Apoyé la cabeza en su hombro, suspirando con satisfacción mientras observaba a nuestra hija arrancar una flor y levantarla hacia el cielo, como si se la ofreciera al sol.

—Me alegra que no nos rindiéramos —susurré—. Hubo tantos momentos en los que dudé de que lo lograríamos, pero ahora no puedo imaginar la vida de otra manera.

El brazo de Edmund se deslizó alrededor de mi cintura, acercándome más a él.

—Yo tampoco —admitió—. Pero estoy agradecido cada día de que no lo hicimos. Tú y nuestra hija… habéis cambiado mi vida por completo, Beatrice.

Levanté la cabeza para mirarlo, mi corazón hinchado de amor.

—Tú también lo has cambiado todo para mí.

Hubo una época en que nuestro matrimonio era más un trato práctico, algo que se sentía más como un contrato que como una verdadera unión. Éramos desconocidos en muchas cosas, unidos más por las circunstancias que por el amor. Pero, en algún momento, todo cambió. Poco a poco, y sin darnos cuenta, habíamos construido algo real, algo duradero.

Me había enamorado de él, y él se había enamorado de mí.

No era perfecto. Teníamos nuestros momentos, como cualquier pareja. Pero la diferencia ahora era que sabíamos cómo enfrentar las tormentas. Habíamos aprendido a comunicarnos, a ser honestos el uno con el otro y a luchar por lo que habíamos construido.

—¿Alguna vez te arrepientes? —pregunté suavemente, antes de poder detenerme.

Edmund frunció el ceño levemente, mirándome con confusión.

—¿Arrepentirme de qué?

—De la decisión de no tener más hijos —aclaré—. Sé que lo decidimos juntos, pero… a veces me pregunto si fue lo correcto.

Se quedó en silencio un momento, su ceño fruncido en pensamiento. Luego sacudió la cabeza, su mirada firme y segura.

—No —dijo con convicción—. No me arrepiento. Hicimos lo mejor para nosotros, para nuestra familia. Y además, la tenemos a ella —añadió, señalando a nuestra hija, que ahora caminaba hacia nosotros con una flor en la mano—. Ella es todo lo que necesito.

Sonreí, sintiendo cómo los últimos vestigios de duda se desvanecían. Tenía razón. Nuestra hija era suficiente. Nuestra familia era suficiente.

Cuando llegó hasta nosotros, con su carita iluminada de emoción, levantó la flor hacia mí, con los ojos grandes y brillantes.

—¡Mamá, mira! ¡Es para ti!

Me arrodillé, tomando la delicada flor de sus manos y presionando un beso en su frente.

—Gracias, cariño —susurré, con el corazón lleno.

Edmund se agachó a mi lado, rodeándonos a ambas con su brazo mientras nuestra hija se aferraba a mi cuello, riendo.

En ese momento, no sentí nada más que paz, nada más que felicidad. Habíamos recorrido un largo camino para llegar aquí, a este lugar de amor y unidad, y ahora, mientras el sol se ponía en otro día, sabía que enfrentaríamos lo que viniera juntos.

Éramos una familia —quizás no convencional, pero una familia hecha de amor, confianza y el vínculo inquebrantable que habíamos forjado tras todo lo que habíamos vivido.

Y al mirar a los ojos de Edmund, supe que nuestro futuro, independientemente de lo que trajera, sería brillante.

Nos teníamos el uno al otro, y eso era lo único que importaba.

* * *

Puedes leer la historia del **príncipe Ian** y **Lydia Whitford** en El príncipe problemático (título provisional). ¿Y si, durante todo este tiempo, el famoso príncipe Ian, conocido por su reputación de juerguista y su interminable persecución de mujeres, en realidad es el que está siendo cazado?

Lydia Whitford, con su ingenio afilado y un encanto que no deja indiferente, no es solo otra conquista más. Tiene sus propios planes, y el príncipe Ian podría ser justo lo que necesita para llevarlos a cabo. Pero cuando Lydia se adentra en el mundo de Ian, las tornas cambian de manera inesperada. Por primera vez, Ian se encuentra atrapado en un juego que no puede controlar, donde su corazón, su reputación y su futuro están en juego.

About the Author

Cressida Blythewood es autora de novelas románticas de la Regencia, famosa por sus cálidas y conmovedoras historias de amor que transportan a los lectores a una época de elegancia, ingenio y pasión duradera. Con un profundo afecto por la época de la Regencia, Cressida teje historias que celebran el poder del amor para superar los límites sociales, los malentendidos y las pruebas personales, al tiempo que se asegura de que sus personajes encuentren el camino hacia un final feliz.